



FERNANDO DIEZ DE MEDINA

EL ALFARERO DESVELADO

Ensayos

1964

*
*
*
*

© Rolando Diez de Medina, 2005
La Paz - Bolivia

INDICE

[La Patria del Sur](#)
[Juan XXIII](#)
[Copakawana](#)
[Hermann Hesse](#)
[Una Estatua de Cervantes](#)
[Azorín](#)
[Cuatro Siglos de Polémica](#)
[Alfonso Reyes](#)
[Del Hombre Continental](#)
[Rómulo Gallegos](#)
[Estampa de Carangas](#)
[Retrato de un Amigo](#)

[Una Historia muy Grande para un Historiador muy pequeño](#)

[Del Mar Boliviano y su Retorno a la Montaña](#)

[Bolívar Mixtificado por John Masters](#)

¡Aprisa, aprisa! Cuenta tus cántaros de greda: no son muchos, y los años que te quedan para aumentar su número disminuyen.

Que arda el barro en tus manos y la vasija se hinche armoniosa como caderas femeninas. Pequeño, duro, concentrado será el sostén del recipiente. Con amplitud de ola las paredes cilíndricas. Y en el remonte hacia el cuello, la curva final sea altanera y rotunda como contorno de montaña.

¡Aprisa, aprisa! Nada detenga tu trabajo. El barro cocido no espera. Los tintes están listos. Las grecas aguardan el trazo de tu inspiración. ¡Es tan dulce el temblor de los pinceles sobre la arcilla todavía estremecida por el nacimiento de las formas!

No hagas caso del vecino envidioso que se mofa de tus ánforas. Ni te envanezcan los falsos cumplidos de otro que te quiere mal. Da vueltas al torno sin descanso. No importa que te roben una pieza: vendrán nuevas. Ni que se quiebre alguna: amorosamente la reconstituirás. Tu recompensa brota de la acción alegre. Producir, producir...

¡Aprisa, aprisa! No basta el día para colmar tu anhelo. A veces la medianoche te verá curvado sobre los cántaros tempranos, y el alba sorprenderá tus pensamientos como pájaros locos. Quieres hacer felices a tantos y tan pocos comprenden tu mensaje.

¿Por qué lamentarse? No es la obra concluida: es el camino que recorres modelando un ánfora el que da sentido a tu vigilia.

¡Aprisa, aprisa! Cada nuevo libro es un vaso de ternura y de belleza que te aproxima a tus hermanos de América.

LA PATRIA DEL SUR

Si de América se trata, va caducando ya la vieja fórmula geográfica: la imagen de las cuatro Américas, una al norte, otra al centro, las islas del Caribe y la del sur.

En el proceso de aproximación, de simplificación que sacude al mundo, no caben el divisionismo regional ni los nacionalismos estrechos. Se piensa en términos mayores. Se prepara la sociedad mundial. El hombre de la era atómica pide síntesis, unidad, novedad de visión y dimensiones, porque se ha de vivir de un otro modo en el modificado asilo terráqueo.

Comencemos por reconocer que en el sentido más simple y general, hay sólo dos Américas: una al norte de origen sajón, inglés, transeuropeo; otra al sur donde se cruzan el indio y el hispano, el portugués y el negro, latinos y mestizos.

América la ajena, lejana, desconocida. La de los gringos y los yanquis.

América, la nuestra, la que abarca desde México hasta el Cabo de Hornos.

Una gran patria continental ya bien organizada al norte. Otra no menos grande todavía en formación al sur.

Los próximos Cien años verán una pugna gigantesca entre la civilización septentrional, desarrollada ya, y la civilización meridional naciente apenas pero rápida de fuerza y de sentido. Que esa pugna termine en saludable integración.

No somos, ya, simples micos a la búsqueda del canon europeo. Ni tributarios de otras naciones por el espíritu. Ni células vasallas del Norte avasallador en la materia. Menos —todavía— áreas disponibles para el ferrado imperialismo socialista de Moscú.

Estos gobiernos nuestros a veces divorciados de sus pueblos. Estos generales que disputan a los políticos la rueda del mando. Estas economías paradójales que se asientan sobre privilegios de tipo feudal, monopolios abiertos y encubiertos, subdesarrollo y bajos niveles de vida. Estas muchedumbres ansiosas que apelan a la reforma constitucional o a la revolución sangrienta en demanda de justicia. Este hervor de razas y de clases en pos de personería. Estos pueblos iguales y disímiles a un tiempo mismo. Estos doscientos veinte millones de seres que salen al reencuentro de sí mismos, y que no quieren parecerse a nadie porque sólo pretenden ser ellos: nada más! Esto es verdaderamente nuestra América, el continente que despierta.

No es la circunstancia del África, recién alumbrando. Del Asia inmensa y sapientísima. De la vieja Europa siempre renovada. Ni Rusia ni Norteamérica nos entienden porque ignoran los

nódulos vitales de nuestras jóvenes repúblicas surgentes. Desconocen el laberinto psíquico y la tensión social dentro de los cuales nos movemos.

Sería equívoco alegar terceras posiciones de neutralismo oportunista. Pero no es improbable que los métodos de la democracia pregonada y del socialismo coercitivo, resulten insuficientes para encauzar el estallido social y espiritual del hemisferio. En odres viejos o en vasos nuevos, la Patria del Sur entregará los zumos de su propia vid.

Las materias primas de esta inmensa región del planeta ya no son fácil presa. Ni sus hombres dóciles a la hegemonía de civilizaciones mejor desarrolladas. Hoy exigimos igualdad jurídica, equidad para el trato económico, democracia de norma y de conducta en el área interna y en el campo internacional.

¿Es un ideal pertenecer al mundo libre? Pues que el mundo libre comience por medir su responsabilidad frente a las urgencias, desigualdades y el olvido de cuatrocientos años en que se mantuvo al Continente que Muda de Piel.

Algo harán —deben hacer— las finanzas, la técnica, las modernas economías de producción acelerada, las máquinas y los expertos de naciones más organizadas, para combatir el subdesarrollo y ayudarnos en un crecimiento racional. Pero el deber inmediato, la responsabilidad mayor, el esfuerzo individual y de conjunto, el quehacer primordial, corresponden a los americanos del Sur: somos nosotros mismos, capaces o ineficaces, ligeros o tardos, los que vamos a edificar y a sostener la nueva sociedad continental.

No es que sean nocivas las ayudas exteriores. Se acogen y agradecen. Mas cuando un hombre y un pueblo reducen el propio esfuerzo, acostumbándose a vivir con parte del trabajo ajeno, están labrando ya la futura esclavitud. Por esto diremos que no son tanto el dinero y la técnica los que transformarán el mundo americano, cuanto la severa moral del individuo y la conciencia responsable de sus grupos sociales.

Es un contrasentido hablar de pobreza y de retraso, aquí donde la naturaleza pródiga y el territorio ilimitado sólo piden el esfuerzo inteligente.

El ritmo de avance en el progreso no puede ser impuesto desde afuera. Es una ley interior la que hace caminar a las naciones.

Si queremos patria grande y fecunda para la nueva mitad de América que surge, partir del hombre americano, habilitarlo para que pueda manejarse útil y eficaz en la inestable pluralidad del acontecer contemporáneo.

En nuestra América inmensos espacios vacíos nos llaman, nos aguardan. Es más lo que se ha de conquistar que lo habitado. No hay proporción justa entre tierra y poblador. Sólo el Brasil podría contener un millar de millones de seres humanos, y no ejerce el dominio organizado de su vasto escenario geográfico sino en parte reducida. Extensa, anchísima, desconocida en dos tercios de su magnitud telúrica, la nueva América debe explorar, poblar y organizar esas grandiosas cavidades cósmicas. Mientras Europa conoce, controla casi al metro cuadrado sus fuerzas de tensión y de expansión, nuestro hemisferio —y todo aquello que incluimos en el concepto de patria continental del Sur— flota todavía en brumas de misterio y lejanía.

No hemos despertado a la conciencia dinámica del mundo moderno.

No se trata, únicamente, de la oquedad desierta en los ámbitos geográficos. Existe otra, inmensa, ignorada también, que hace parte de la problemática nuestra: la forman el medio interno, la soledad y el aislamiento, el subdesarrollo, el sentimiento de frustración, la aplastante inmensidad del contorno en relación al habitante, la fuerza de inercia circundante.

Son dos los espacios vacíos que el hombre continental debe explorar y organizar. El de afuera: geográfico, económico, social, proeza utilitaria que dará incalculables beneficios materiales. El de adentro: que atañe a la conducta, al destino de cada individuo, selva virgen apenas

entrevista. Crear formas activas de trabajo, acomodarse a las nuevas técnicas de producción, dominar el acceso a los territorios y la circulación de gentes y riquezas, será pues tan urgente como formar valores, modelar un espíritu, un estilo de vida para rematar en conciencias vigilantes y no en ciudadanos de cartón.

Cuando enfrente y dé sentido realizador a los dos espacios vacíos que lo envuelven, alcanzará su plenitud vital el hombre del continente.

El mal de América. Vivimos codo a codo y nos ignoramos recíprocamente.

Conocemos mejor la política de Washington, de Moscú, del Mercado Común Europeo, que cuanto sucede en Guatemala, México, Uruguay. La revolución francesa se enseña en las escuelas con mayor detención que la revolución mexicana. Sabemos quien fue Rubens pero pocos oyeron de Portinari. Shostakovich atrae más que Ginastera. Sartre tiene mayor número de lectores que Gallegos. La novedad de Roma, el escándalo de París, los altibajos del mercado en Londres, pueblan diarios y radios con mayor rapidez y extensión que sucesos esenciales de la actividad diaria en nuestras veinte repúblicas.

Faltan cátedras de americanidad donde se enseñe la realidad histórica y geográfica, política y económica, social y cultural de cada uno de estos jóvenes países en formación.

Soñamos viajes transatlánticos, nunca el amoroso recorrido por tierras americanas. Queremos estar al día, aprender, conocer el mundo y damos espaldas a la propia casa. Miramos en exceso al horizonte lejano con olvido del contorno entrañable, de las áreas vecinas que nos rodean.

Para ser la Patria del Sur nos faltan cohesión, acercamiento, comunicación constante, esa convivencia efectiva de afectos e intereses que va transformando a las naciones dispersas en grandes y sólidos bloques de proyección continental.

Y algo imprescindible: superar el nacionalismo estrecho, las pequeñas querellas, el egoísmo localista, aprendiendo a pensar, a obrar en dimensión americana.

El mundo tiende a la unidad. Las grandes coordenadas de la teoría y la política modernas buscan las síntesis que aproximan, superan las divergencias que desunen.

Estados Unidos es un bloque continental. Rusia otro. La gran Europa del sueño napoleónico empieza a caminar. China, India, son vastas confederaciones de pueblos y espacios geográficos. África lucha por su cohesión. Hasta las islas oceánicas se agrupan en sistemas mayores para subsistir. Naciones y economías se aglutinan, se contraponen mediante fuerzas de presión y volúmenes compactos que persiguen recíproco equilibrio. La complejidad social, la técnica financiera, han modificado el juego internacional. El estilo masivo de nuestra época exige grandes unidades de estructura y de operación.

Democracia y socialismo se tocan en un vértice esencial: la necesidad de integración. La sociedad contemporánea, en lo nacional y en lo internacional, es de orden multicelular: todos trabajan con todos, para todos, nadie puede esquivar su concurso.

La era de las naciones insulares terminó.

Soledad, en el campo magnético de la vida mundial, equivale a caducidad. Ahora política, economía, técnica, cultura se intercomunican cualesquier que sean las moradas y los estilos habituales de los hombres del planeta.

Cohesión, entendimiento, son los signos del tiempo.

Ahora bien: ¿qué papel juega la América Latina —o lo que se ha dado en llamar la América Latina, y que preferimos denominar la gran Patria Continental del Sur— en este grandioso despertar de los bloques de naciones?

Ninguno, o casi ninguno. Nuestra América —la de habla española y portuguesa— es casi una ficción: no gravita en la política mundial. Su integración económica, su reintegración política, son, por ahora, dos bellas utopías. La Confederación del Sur, soñada por algunos visionarios, no salió del plano especulativo. La Patria del Sur consiste en un inmenso escenario geográfico —más de la mitad de un continente— habitado por 220.000.000 de seres humanos. Veinte naciones dispersas en cuatro áreas naturales: México al norte; seis en Centroamérica; tres en el Caribe; y diez al sur. Estos veinte países actúan, por lo general, como células aisladas y no en función de una sociedad continental. Se vieron casos, en conferencias internacionales, donde los recién nacidos Estados africanos, se comprendían y acercaban mejor que los Estados latinoamericanos entre sí. Por eso es lícito decir que dentro del juego gravitante de la política internacional, no existe nuestra América.

Integrar estas veinte naciones tumultuosas, desordenadas, parece tarea de gigantes. El Estado multinacional se vislumbra muy lejano.

Diez años atrás se concedía prioridad a las cuestiones de otros continentes. Pero la lucha por la hegemonía política y el desplazamiento de los mercados mundiales abrieron nuevo horizonte al hemisferio meridional.

Antes ni nos miraban. Ahora todos pretenden planear, enderezar, ayudar y disponer de nuestra América. La verdad es que tenemos parte de culpa: los pequeños orgullos nacionales redujeron la fuerza del bloque hemisférico. Inestabilidad local e inhabilidad para la acción conjunta, nos debilitan en los cónclaves mundiales. Nos faltan continuidad para el trabajo responsable y llana honradez política. Somos veleidosos, actuamos desorientados. Preferimos la pelea doméstica, la visual de campanario, al enfrentamiento sagaz de los problemas continentales.

No existe una "línea americana" ni en política, ni en economía, ni en el plano social y espiritual.

Nuestros Estados nacionales dispersos, desdeñosos, recelosos entre sí, minados por la inercia interna, son víctimas de la desinteligencia vecinal, de la incoherencia en los esfuerzos, de la fractura de sus economías divergentes, del aislamiento de sus formas culturales. El mundo, entonces, nos mira como un sub-continente, todavía en lento proceso de ajuste y desarrollo orgánico.

No somos dueños de nuestro destino. Faltos de conciencia continental, de una dinámica operativa para resistir y absorber las presiones exteriores, dejamos que nos muevan hilos desde afuera. Como no aprendimos a gobernarnos, estamos siendo gobernados. Esas huelgas y revoluciones crónicas ¿no expresan un estado permanente de confusión y descontento?

La Alianza para el Progreso —noble en el propósito, generosa en magnitud material— corre riesgo de frustración por la pesantez burocrática y la falta de adecuación psicológica. No refleja, no sirve con eficacia ni a los Estados Unidos ni a las naciones del Sur. Aparenta venir impuesta, condicionada, cuando debió surgir como necesidad natural requerida y manejada por el doble mando de los que dan y los que reciben. Rusia utiliza el trampolín cubano y la industria checoeslovaca para desquiciar nuestras instituciones democráticas. China estima que una línea dura de prédica y de acción impondrá el socialismo en nuestra América. De Gaulle manifiesta que no ve, para ella, otra alternativa que el comunismo o la ayuda técnica franco-alemana. ¡Como si no existieran otras naciones en el mundo libre! Inglaterra, Alemania, Francia, Italia y otros países europeos, en tardío reconocimiento, perdidos los mercados africanos, tratan de volcarse al área latinoamericana el mejor mercado potencial del futuro.

La Patria del Sur, cuna de veinte naciones vírgenes, con economías débiles y sociedades dislocadas, es el campo propicio para todos.

¿Pero cuáles son la posición y el criterio de los propios americanos del sur, frente a esta unanimidad de intereses convergentes que nos acosan?

Carecemos de una política internacional que nos fisonomice en la tensión de fuerzas del planeta. No tenemos un frente táctico y de acción que represente la voluntad concertada de nuestros países. Somos una masa teórica, vacilante en la política mundial; en el hecho un hemisferio, un haz de naciones dividido e inconexo. Basta el caso cubano: no hemos acordado una acción conjunta en problema tan claro, tan vital que atañe a la seguridad actual y al futuro de América.

¿Que la OEA representaría esa unidad, esa energía concertada en dimensión continental?

Craso error. La OEA ha demostrado su inoperancia activa, su pesantez burocrática. Refleja mejor el criterio de Washington que la mentalidad latinoamericana. Se requiere un organismo continental organizado y manejado desde adentro —en México, Río de Janeiro, Buenos Aires, Montevideo— que no se concrete al principismo teórico ni a la simple defensa pasiva. Algo muy distinto de la OEA que por su estructura y sus mecanismos de funcionamiento, es un sistema tardo, pesado, poco apto para la dinámica veloz de la política moderna.

Necesitamos una filosofía política, un sistema jurídico, una economía planeada que miren al conjunto, capaces de unificarnos y engrandecernos.

La integración económica por el Mercado Común, la unificación política son metas futuras. Tardaremos en alcanzarlas. Pero la problemática continental es apremiante, y si los Jefes de Estado autorizados por sus parlamentos y respaldados por sus expertos no se reúnen periódicamente, o al menos se consultan y acuerdan medidas generales para defender sus comunes intereses y promover el desarrollo armónico de nuestras veinte naciones jóvenes, no podremos hablar de una patria continental del sur. Sin unidad de planes, sin voluntad de coherencia, sin dirección propia y conjunta, no será posible el Estado multinacional que soñamos.

¿Cómo enfrentar esa fuerza de absorción que baja del Norte?

Oponiéndole una energía compacta y resistente, sin puntos débiles, capaz de absorber y devolver tensiones penetrantes. La Patria del Sur es ya en modo potencial —debe serlo en sentido literal, afirmativo— uno de los grandes bloques regionales del planeta. 18.600.000 Kms. cuadrados de tierras, vírgenes en sus dos tercios. 220.000.000 de habitantes. Todas las riquezas naturales. Una mezcla maravillosa de paisajes, climas, razas y costumbres. Mercados de producción y de consumo ilimitados. Sangre joven en osatura vieja si se mira a lo cultural. En suma: el continente de la esperanza convertido en la surgente realidad de un ascenso incontenible.

¿Qué falta para empezar a caminar con paso de adulto seguro de: su marcha y su destino?

La decisión de ser, la voluntad de hacer.

Las grandes líneas para un desarrollo planeado y sistemático del continente sur, no deben venir impuestas desde afuera, por políticos y expertos que desconocen nuestros veinte ámbitos nacionales y sus características particulares. Deben brotar de la necesidad interna y trazarse por manos conocedoras de lo suyo.

En política internacional o en materia de comercio, no es lo mismo hablar y negociar en nombre de uno, que hacerlo representando a muchos. Consorcio es más que empresa. El bloque de naciones supera el concepto clásico y expande las posibilidades potenciales de cualquier Estado por grande que sea. El mundo actual, complejo de estructura, vertiginoso en sus mecanismos de desarrollo, ha rebasado la relación bi-nacional. El siglo XX se mueve hacia metas acumulativas. Trabajo en equipo, asociación de pueblos e intereses, unidad en la pluralidad son, más que frases, filosofías del vivir contemporáneo. Entre hombres como entre naciones, aislamiento equivale a suicidio.

En el vasto espacio geográfico que señorean nuestras veinte naciones jóvenes, se han de ver pueblos con lente de aproximación en el sentido visual y en el de fraterna convivencia. Todo

interesa a todos, ya se trate de los bajos niveles de vida, del analfabetismo, de las reformas agrarias, o de precios estables para nuestras materias primas, desenvolvimiento orgánico de las economías nacionales, mejoramiento de las técnicas de trabajo. Que el hombre del sur y su familia vivan mejor, produzcan más, se adapten con mayor rapidez al contorno técnico y científico, que piensen y obren con más elevación y libertad. Que la riqueza pública no se dilapide y distorsione en beneficio de los áulicos. Que las ayudas exteriores vengan abiertas, no condicionadas, para formar economías saludables en vez de avasallar mercados indolentes. Que cada nación aporte el concurso dinámico de lo que tiene y lo que puede, buscando el general ajuste con el esfuerzo de las demás. Que nuestras gentes se formen responsables, para que las naciones vivan prósperas y en paz.

Todo cuanto genera y crece en el suelo americano, es patrimonio común. Desaparecerán fronteras y artificios.

Pero antes de llegar a unificar la gran patria continental del Sur, pasarán todavía largos años de duda, conflictos, retrocesos. La estrella blanca y la estrella roja, por grandes que sean su poderío material y su fuerza militar, no podrán, por sí solas, configurar el mundo futuro: tendrán que mirar y atender también a las nuevas fuerzas multinacionales que brotan del planeta. Es para ese acaecer que debemos prepararnos.

Entiéndase bien: no somos neutralistas. Integramos el Mundo Libre, la civilización occidental. Pero la Confederación del Sur es inevitable, si queremos subsistir en el Estado Mundial del porvenir. Debemos unirnos ya, actuar en conjunto, manejarnos desde adentro, fuertes y compactos, para resistir mejor las fuerzas de presión que vienen de los Estados Unidos, de la Unión Soviética, de Europa, del Oriente.

En el tiempo actual, todo él cruzado de tensiones peligrosas y cambios sorprendentes, es inadmisibles la actitud suicida de veinte países jóvenes, apenas en proceso de crecimiento, derrochando sus energías dentro del perímetro doméstico.

La era del aislamiento y del desorden agoniza, pero nosotros subsistimos en desorden y aislamiento.

No vemos, no escuchamos, la indiferencia es la respuesta a las enérgicas incitaciones de la nueva realidad mundial.

¿Tienen los pueblos del Sur gobiernos y estadistas a la altura de su circunstancia?

Este es nuestro problema: cuándo, cómo, quiénes van a plantear la unidad de nuestra América. En el cruce exacto entre necesidad y libertad, nadie puede desligarse de un destino continental.

Aparentemente salta una contradicción. Si el mundo marcha a la unidad, al Estado Mundial, ¿por qué habría de enfrentarse la Patria del Sur al Norte de América, u otros continentes y bloques regionales?

La explicación es sencilla. Porque esa reunificación de las naciones en escala planetaria, en estructura y en proceso, es un programa a largo plazo. Mas la necesidad de agruparse y de actuar mediante bloques políticos y organismos multinacionales es la característica saliente de esta era de transición.

"En el fondo —sostiene Jaspers— todos estamos perplejos. El pensar actuante ha eliminado al pensar ensimismante. Manejamos medios inagotables para dirigirnos a metas imprecisas. Nadie sabe si una catástrofe mundial o la paz garantizada por el equilibrio de fuerzas aniquiladoras, será la solución que ponga término a la guerra fría". Es indudable que estos países jóvenes de la América naciente —sin tener en cuenta por supuesto a los Estados Unidos— no van a decidir el destino del mundo, pero sí pueden influir en el equilibrio de fuerzas y particularmente en la creación de una moral internacional capaz de frenar los poderes de violencia que amenazan a la humanidad.

¿Qué podemos oponer a la filosofía pesimista y de sombras que baja de occidente? Un pensar vigilante y matinal, el principio de confianza, la capacidad de diálogo y acuerdo, la creencia inquebrantable de que, apesar de sus yerros y descabros, en el espacio interior del hombre y de los pueblos germinan las reservas misteriosas para superar el duro presente y avanzar al oscuro porvenir.

El mundo marcha al "homo atomicus", pero nosotros debemos conocer, antes, la etapa previa del "homo americanus" como total expresión de una nueva sociedad. Hasta un ayer inmediato inercia y dispersión; de hoy más en adelante un horizonte activo de trabajo, una ética de aproximación.

No es verdad que se licuen principios y valores espirituales ante la invasión fría del maquinismo y de la técnica. Antes bien: replegados en su propia interioridad, saldrán de sus núcleos entrañables para restituir al mundo el perdido equilibrio. Energía y conciencia moral son polos indestructibles del acontecer humano. Ninguna puede aniquilar a la otra. Si al Norte ha correspondido la mayor concentración y a un tiempo la expansión más dilatada de los poderes materiales, celebremos que el Sur constituya una reserva intacta del espíritu en su más alto sentido de idealidad y juventud desinteresadas.

La fisión nuclear puede aniquilar el mundo, pero mientras el hombre exista nada extinguirá su confianza en la vida, su esperanza misteriosa de reconstrucción y resurgimiento.

Digamos que los pueblos del Sur —retrasados, desvalidos, pero nobles, entusiastas— son la vanguardia de una nueva fe. Creer en Dios, amar la vida, honrar la condición humana, aceptar la existencia como se presenta, no obstante sus rigores y miserias, sin abdicar jamás el doble señorío del bien y de la razón, porque sin ellos no hay hombre, pueblo, ni cultura posibles. No un destino de comando, mas una tarea de orientación, de renovación desde el espíritu nos ha sido confiada.

La Patria del Sur es la esperanza de un mundo mejor.

Y no se conceda crédito a los críticos ligeros que, atentos sólo a la inmediata exterioridad, piensan que nuestros pueblos turbulentos, de revoluciones constantes y economías en crisis, sólo introducen mayores factores de perturbación a la natural ansiedad del mundo civilizado.

Estas naciones que fermentan con ritmo explosivo y creciente, despiertan apenas a la plenitud colectiva. En un sentido orgánico, para un pensar crítico ajustado, si se aplican los patrones del avanzado esquema occidental, recién en las últimas décadas iniciaron su marcha como Estados modernos y eficientes.

Existe una América mestiza, distinta, contrapuesta a la América sajona. No podemos seguir reducidos al canon transeuropeo ni a la medida yanqui. Por altas —y útiles— que sean las aportaciones de ambos tensores culturales, en el hecho humano y en la circunstancia social tendemos a emanciparnos. Queremos ser nosotros mismos. Entre el culto europeo y el pragmático norteamericano, el varón del sur aporta un otro estilo de vida: estamos más cerca del amor agustiniano, de la emoción, de la sorpresa, y saber y riqueza no cuadriculan todavía el ser continental. Por el sentimiento, por la espontaneidad, acaso también en el desorden genial y natural se nos entenderá mejor. Una tristeza subyacente se embosca en las alegrías del sudamericano. El desgano acecha tras el remonte, de las energías. No aprendimos, aún, la ciencia de perseverar ni el arte fino de ajustar tiempo y acción. Entre masas y minorías se abren abismos que culturas más avanzadas ya franquearon.

Será, la nuestra, una cultura de integración donde todas las razas hallen su patria. Un mundo americano de apertura y de fusión, que no se puede medir con el metro occidental, porque el desvivir del hombre sudamericano —como señala Alberto Calvo— "está regulado por una metalógica cordial y apasionada, inaprehensible por cualquiera categorización de cuño racionalista".

Y por útiles, por necesarios, por eficaces que sean los conductores de formación universitaria, técnica y profesional, nosotros presentimos que nuestra tarea inmediata consiste en redimir, en educar, en incorporar al tráfico civil moderno a las inmensas mayorías postergadas que se levantan en demanda de justicia. El humanismo de la necesidad es más urgente que el humanismo clásico o el trans-humanismo técnico de los expertos.

El señuelo inmigratorio —sin que haya perimido su potencia constructora— no es ya la panacea que ha de salvar al continente. Ahora el problema es interior: se trata de organizar lo que ya existe, de trabajar el material humano que nos fue donado. El mestizo, el indio, el negro, el cholo, el mulato, el blanco, los que nacieron o vinieron al Nuevo Mundo, los que en él residen, generan, ganan, pierden y mueren. Estos son los que darán nueva configuración a la sociedad americana, cuando puedan desarrollarse en plenitud. Y nuestra patria espiritual no está en Europa, sino aquí mismo, en la América mestiza, cruzada de tensiones y contradicciones, que tiene el impulso bárbaro de las razas jóvenes y el instinto seguro de lo que está siendo, de aquello que se renueva sin descanso. Aquí donde parece poco accesible la tarea del humanista; donde el político mejor intencionado debe armarse del látigo castigador y de la bolsa abierta del cacique; donde lo provisional y lo sorpresivo conspiran contra la rígida fisiología del andar occidental, aquí residen problema y meta de todo quehacer fidedigno: como somos, cuanto seamos capaces de enmienda y superación, así surgirá la América futura, madre y criatura a un tiempo de esta extraña locura lúcida que basculando entre lo romántico y lo trágico, ha dado al americano del sur una conciencia religante del suelo, del poblador, de la familia, de la amistad. Otros manejarán el mundo, pero los rezagados, los olvidados, los que comienzan a despertar podrían forjar su nueva espiritualidad. Porque esto es lo que tiene el continente meridional: está cargado de espíritu, y allí donde la sapiencia material tropieza y como se confunde, es porque la riqueza interior, la plasticidad anímica del ser continental se niegan a ser avasalladas. Resisten, persisten. Un día —próximo ya— irrumpirán con envión inatajable.

Cultura, postura americanas. Las hay. Nos diferencian, nos definen distintos del europeo y del norteño. Tenemos un estilo propio de vida para afrontar el mundo y el destino. Asumimos nuestro puesto en el cosmos de una distinta manera y a una desigual velocidad que las usadas por gentes de otras latitudes. Nuestra concepción del contorno y nuestra comprensión del hombre fluyen por una inteligencia intuitiva antes que por abstracciones intelectuales. No defendemos el pasado caduco ni nos angustia el oscuro porvenir. Somos presentistas, de rasgo y de faena, inmersos en el vértigo del mundo sin abdicar del reino íntimo que apenas empezamos a descubrir.

Ni epígonos de Europa por el espíritu, ni semi-colonias norteamericanas por la presión económica. Seamos nosotros mismos, oponiendo las resistencias vitales, la genialidad creadora del continente, a las fuerzas extrañas e invasoras que nos acosan.

Y un día no lejano, conformada ya en su unidad de estructura y en sus procesos homogéneos de desarrollo, la Patria de Sur, integrada por veinte naciones jóvenes, podrá aportar al equilibrio de los continentes, a la armonía del mundo futuro, esas dos fuerzas palingenésicas que brotan de la matriz meridional: la osadía, la confianza, que son como los rasgos constitutivos del ser americano.

Así sea.

JUAN XIII

Alto, fino, aristocrático era Pío XII; su figura irradiaba majestad. Bajo, grueso, sencillo Juan XXIII infundía confianza, invitaba a la expansión. Por la nobleza de su alma, la bondad de su espíritu, la universalidad de su saber, y el exquisito trato, puede afirmarse que ha sido el más humano de los Pontífices de Cristo.

No fue esclavo del protocolo ni amigo de elegancias. No quería sorprender ni deslumbrar. El poder del Vaticano valía menos a sus ojos que la desnuda doctrina del Señor. No mandaba; sugería, aconsejaba. Enemigos no los tuvo. Enfrentó a los equivocados con palabra y

comprensión. Tocaba rápidamente el corazón y desarmaba voluntades adversas: fue maestro de simpatía. Nada hubo de impresionante en su apariencia física, pero la naturaleza le había dotado de perspicacia intuitiva, de sagacidad esclarecedora para comprender a las gentes, y nadie pudo sustraerse al encanto de su extraordinaria personalidad.

Echaba sobre el escritorio las credenciales y los discursos de los embajadores, invitando con voz afable:

—Esto después. Ahora conversemos un poco.

El diálogo con Su Santidad era delicioso, por su vasta cultura, su penetración psicológica, su memoria admirable y el fino sentido de humor con que matizaba la charla. Nada recordaba la solemnidad de la audiencia oficial. Juan XXIII olvidaba y hacía olvidar al visitante que era el primer soberano espiritual del mundo. Parecía más bien el abuelo afectuoso presto a escuchar y remediar en lo posible las desventuras de la gran familia humana.

No esperó que el mundo fuera a buscarlo al Vaticano; salió más bien a su encuentro, visitó iglesias, cárceles, hospitales. Nadie habría imaginado que este pequeño varón de andar bamboleante, iba a iniciar un movimiento dinámico de renovación en el Catolicismo, para proyectarlo hacia la reunificación de las iglesias cristianas.

Se le pudo llamar Iluminado del Señor, porque trasmontando las áreas católicas, llevó la luz de su palabra a todo el ámbito terrestre, a la pluralidad de las naciones.

—Hay que unir, hay que acercar — fue su prédica constante.

Su recto pensar, su atinado juicio despertaban confianza en los círculos vaticanos y resonaban reanimantes en los gobiernos del planeta. Después de escuchar una de sus bellas alocuciones, un observador extranjero que no era católico ni siquiera cristiano, exclamó: "Por lo menos hay uno que no quiere destruir el mundo".

Mientras todos hablaban de atacar y defenderse con la fuerza, él exhortó con verbo de paz y de unidad. Su poder, su saber, los redujo al ejercicio de la norma divina: bondad, caridad.

Por un designio misterioso la Providencia escogió a este varón sencillo, de apariencia apacible, y le confió una tarea revolucionaria: sacar a la Iglesia de su retiro conventual para incorporarla a la tensa dinámica política y social de nuestro tiempo.

—Tenemos que hacer muchas cosas — decía el Pontífice.

Y las hizo. A los pocos días de iniciarse su reinado, ya el ambiente vaticano ardía en rumores y comenzaban a modificarse ritos y costumbres.

Su reinado fue corto pero fulgurante: no llegó a cinco años. Mas en ese lapso qué despliegue de energías, qué riqueza de iniciativa, qué fecundidad para la acción! Baste señalar la preparación y la apertura del Segundo Concilio Vaticano, tarea abrumadora que en cierto modo precipitó su fin. Las encíclicas sapientísimas entre las cuales "Mater et Magistra" y "Pacem in Terris" condensan la sabiduría cristiana adaptada a la moderna evolución de las naciones. El movimiento de renovación estructural en los regímenes internos de la Iglesia. Su dedicación a la obra apostólica y de caridad. La forma amorosa cómo velaba por obispos y sacerdotes, buscando alivio a sus pesados deberes. Su aguda visión de estadista y diplomático al imprimir un sentido de concordia a la política vaticana, convirtiéndola de mero símbolo en fuerza actuante orientada hacia la unidad y la armonía de los pueblos del mundo.

De un cierto modo, bajo Juan XXIII la Iglesia de Cristo ha brillado verdaderamente maternal, ecuménica, esperanzadora para todos, aun para los no creyentes.

"Pastor y Nauta" —dijo la profecía cuando le vimos ascender a la cátedra de Pedro en 1958. Así sucedió. Ningún conductor religioso ganó tantos corazones, ninguno proyectó a riberas

más distantes la nave del Catolicismo. Ni el pastorcillo de Sotto il Monte, ni el Patriarca de Venecia, soñaron que el Señor los elegiría para guiar a la humanidad en movimiento universal de amor y entendimiento.

—El Señor lo ha dispuesto — repetía con humildad, rechazando los encomios. Ordenó suprimir los aplausos y los vítores en las ceremonias de San Pedro. Subía al palanquín por respeto a la tradición, pero prefería andar por los adoquines de Roma rodeado por el afecto admirativo de su grey.

Presos, enfermos, niños, ancianos, pobres, poderosos, todos se sentían ganados por su mansedumbre y jovialidad.

Desarmó soberbias, disipó prevenciones, atrajo voluntades. Era proverbial su habilidad para reanimar al confuso cuando lo veía ofuscado por la pompa vaticana y su santa presencia:

—Cuando yo era soldado —decía—. O bien: "una; vez en París" O "los barqueros en Venecia " y al correr de una anécdota amena, el visitante recuperaba la confianza y la conversación se reanudaba fácilmente.

Juan XXIII tuvo el don de adivinación: leía en las almas. Daba a cada cual el trato requerido, y acertaba siempre. Nadie se retiró descontento de su augusta presencia. Porque Juan el Magno se aproximaba y comprendía a todos, sin exclusiones, sin preferencias, como emanado de la fuente genuina de la "caritas" primitiva: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo".

Varón de Dios, pastor eminentísimo, supo conciliar la astucia natural del hijo de la tierra con la finísima cortesía del prelado culto y refinado. Hablaba latín, italiano y francés a la perfección. Gustaba de la música sacra, de la pintura, y de la historia. Retocaba sus discursos y los leía con voz sonora, clarísima dicción, modulando armoniosamente los vocablos. Su habla nítida, elegante, era el espejo de un espíritu vivaz y siempre joven. Cerrando los ojos el que escuchaba creía oír a un juvenil predicador todavía lejos de los cuarenta.

Fue el más sencillo y afable de los soberanos. Una pura irradiación de bondad y simpatía:

—El Papa ha venido a servir, no a comandar —le oímos cierta vez en su biblioteca mientras un velo de tristeza cubría sus ojos habitualmente alegres.

Los que lo conocieron en el trato diario, obsesionado por el trabajo asiduo y la fatiga apostolar, atestiguan que detrás de su dulce personalidad transcurrían una inteligencia superior, una recia voluntad, una capacidad de mando y de organización verdaderamente prodigiosa. ¡Y cómo se hacía perdonar su talento, su saber, su genio removedor y constructivo! Los escondía. La imagen patriarcal y suave del Papa Roncalli, ha oscurecido momentáneamente los perfiles seguros del gran Pontífice, del estadista avezado, del político sagaz, del teólogo insigne, del historiador, del varón de letras y de artes, del humanista en suma.

Era el Maestro perfecto: enseñaba sin herir, sin deslumbrar. Tolerancia, cordialidad, una leve ironía fueron sus armas para ganar los corazones.

Mereció llamarse el Papa Revolucionario por los ímpetus de renovación y de osadía que distinguen su reinado. Por la magnitud de la tarea realizada. Trabajó, se angustió, se cargó de fatigas y deberes desplegando un asombroso dinamismo. Estuvo en todo, a todos se acercó. Menos de cinco años de increíble actividad y tensa preocupación bastaron para derrumbar su vigorosa constitución física. Entró joven y salió anciano del trono de Pedro.

En 1960, al despedimos del gran Pontífice, aun lucía fuerte, saludable, risueño. Hablamos largamente. Y la última frase recogida de sus labios fue a un tiempo lección y admonición:

—No es la victoria la meta del cristiano mientras vive en el mundo: es el deber...

Su obra, su mensaje, quedan para siempre: ya sabe el mundo —que decir cristianos y católicos sería poco— que aun es posible salvar a la humanidad por el amor y la como presión. Que la idea religiosa no termina en las columnas del templo, porque las piedras de la plaza pública esperan también su verdad. Que en nuestra época de violencia y poderes inauditos, la Iglesia de Cristo y su Pontífice son Luz del Mundo, garantía de paz y acercamiento, promesa segura de la batalla ecuménica que el Espíritu ganará a las Energías.

En medio del torbellino materialista de nuestro tiempo, desquiciada la sociedad por los embates del aceleramiento técnico y la complejidad de la vida económica, sólo una voz se alzó purísima como Guía del Mundo, reconciliadora del hombre con los hombres: la voz santa y persuasiva de Juan XXIII que sobre la querrela de los sistemas ideológicos y la discordia de los ídolos políticos, sopló el viento suave de las parábolas divinas.

"Mater et Magistra", su inmortal encíclica, enseña la responsabilidad por la riqueza, el sentido cristiano para el usufructo del poder. En el sentido económico, político y social, lo ha visto todo, como inspirada por el rayo de Dios y su misterio. Condensa y supera la doctrina católica en materia social y de trabajo. Es la herencia —siempre viva— del gran Pontífice. Conocerla es una necesidad, aplicarla es un deber.

Pío XII era más alto, ascético, imponente. Su larga vida de lucha, su genio político, su clarividencia intelectual, sus 36 encíclicas, su fama de santo y taumaturgo le tienen ganado un sitio en la historia vaticana.

Pero Juan XXIII era el varón de Dios. No quiso ser exaltado y alcanzó la cumbre. Prefería su parroquia y se le dió la diócesis mundial. Y quiso el Señor que precisamente este prelado de apariencia modesta, fuera el Pontífice de la reconstrucción de la unidad cristiana.

Juan XXIII: el Papa que no se parece a ninguno.

COPAKAWANA

No se trata de Copacabana, una de las playas más hermosas del Brasil, sino de algo más remoto, menos accesible al estudioso y al turista: Copakawana, santuario americano situado en el corazón del continente, en la alta y brusca Bolivia, sobre una península bellísima que invade las aguas legendarias del Lago Titikaka próximo a los 4.000 metros de altura.

Copakawana —en aimára arcaico— quiere decir: mirador de la piedra preciosa. De la comarca ilustre, situada en el departamento de La Paz, brota un haz de imperios y religiones cuya sucesión en el tiempo se ignora todavía.

El viajero ve solamente una playa misteriosa en un mar interior de maravilla.

El estudioso, si ahonda en los libros y en el tiempo, descubre una clave teogónica, un centro mítico, un santuario religioso en la copa azul del Titikaka, "mare nostrum" del andino primitivo.

Dicen que en un tiempo sin tiempos, turbó el pasmo del gran cristal zafireo un movimiento interno que lo sacudía y elevaba todo: subían las cordilleras. Y desde el mar en convulsión y de las tierras encrespadas que surgían de lo hondo, un alzamiento geológico determinó que las tierras cercaran a las aguas. Así, del combate cosmogónico, resultó un inmenso lago —casi un mar— cautivo entre montañas. Como si un titán hubiese dispuesto: vuelvan las aguas a su cauce, los montes a su vertical ascenso, pero esta porción líquida robada al océano, rompiendo el antiguo equilibrio, permanecerá distante y remontada de su vastedad original.

Un lago tan alto y enigmático sacude al geógrafo, estremece al soñador...

Y refieren que eso aconteció por el "Marauma" o diluvio andino, que otros llaman, también, "Thiti-Pata", el lloro universal, cuando volcanes y glaciares confundían su ímpetu transformador. El P. Salas, en 1623, escribía que esa época primitiva corresponde a la última edad glacial que renovó la corteza terrestre, cuando los "Thaynas" o primogénitos construyeron los primeros monumentos ya desaparecidos de Copakawana y de las islas del Sol y de la Luna.

Para designar esta comarca, su mar interior, sus islas, sus numerosas bahías, playas, ensenadas, las peñas de la fábula y sus pródigas tierras, se multiplicaron en modo " tal los nombres y las tradiciones, que se hace difícil reconstruir una línea lógica entre los mitos, el testimonio geológico, el trabajo de los arqueólogos y la verdad histórica.

Semillero de nombres y leyendas.

Se habla de una edad mirífica, anterior al diluvio, con regiones pobladísimas, una de las cuales construyó el Arca de Noé. La península de Copakawana, con sus 24 leguas de circuito incrustado en el Lago Titikaka, tenía por célebres los cerros Kapia y Huacuyu, y en los famosos valles de Cussi-Hata y Yampupata habitaban los antiguos reyes y los sacerdotes del culto iniciático. Lucían los templos en cerros y collados, poderosas fortalezas en agua y en tierra. Un clima templado y la abundante naturaleza servían de marco a las guerras de una raza fuerte y osada.

Y esto sucedía muchísimo antes de los Inkas o quéchuas, de los Kollas o aimáras. Y se atribuye a los Antis que dan su nombre a la Cordillera de los Andes, o acaso a gentes más lejanas.

Los investigadores no levantaron todavía el velo que cubre la remota ancestralía de Copakawana y del Titikaka, cuna de las culturas más antiguas del continente sudamericano. Pero el mitólogo y el poeta que se nutren de la intuición del pasado, las interpretaciones de los libros, la comprensión de las leyendas, la meditación comunicativa frente a las piedras inmemoriales, la absorción mágica del paisaje fabulador y los nombres de resonancias incitantes, saben que si se interroga al indio en la pesquisa de las palabras, se puede columbrar en lejanía, por la doble perspectiva de la toponimia y la semántica, un mundo radiante, desconocido, que dibuja sus líneas áureas en el límite indeciso entre realidad y fantasía.

He aquí algunas de las primitivas significaciones, recogidas por la tradición oral y escrita, nombres-clave expresa un cronista colonial que corresponderían a épocas geográficas y prehistóricas de civilizaciones extinguidas.

En el principio era el reino incomprensible del Wiñay-Ahkiri, el dios eterno... Este dió el gobierno de las gentes al Auki-Uma o padre de las aguas, a quien sucedió el Kollu-Apu, señor de los montes nevados. Vino después un tiempo de la Mama-Cota, madre de los mares y las aguas. Otro en que dominaba Cota-Coyllor, aurora de los ríos y los lagos. Luego el imperio de Cota-Kanaña, cuando el sol apareció en el recinto acuático. La época del Inti-Kanata, que alude a una madre solar y protectora. A ésta sucede el linaje de Copa-Kanaka, arca donde el primitivo andino adoró a un dios desconocido. Cuando el culto telúrico oscureció los ritos astrolátricos, llamóse la comarca de Copa-Cauana, o sea el paraje de los cerros del dios inmortal y fulgurante. Hubo también el ciclo de Wiñay-Walla-Wara, eterno rey de los metales incorruptibles. Y otro que lo refiere todo al Titi-Tata, o padre de estaño vivificante. Uno más que se nombra tiempo de Copa-Kaguaña, el camino que conduce a la residencia del Séptimo Señor del Mundo. Y hubo, aun, la época de Wittu-Mara, el varón de las colinas de plata. Y las dos leyendas más hermosas se refieren: una al tiempo de los volcanes, cuando predominaba Ninawara-Aymaru, la antigua estrella de fuego que los Chullpas o gigantes tomaron como divisa para asolar el Ande; y otra a la aparición de un extraño pilón de nieve purísima que brotó del centro del lago, con forma de mujer, y que dió lugar al culto de Kjunno-Atisisa, la emperatriz que reina envuelta en nieves y espuma del lago.

Muchos de estos nombres fueron recogidos por el P. Salas como simples etimologías, y otros comentaristas estiman que se aproximan al centenar las tradiciones, leyendas, significaciones, épocas y nombres de Copakawana.

Finalmente aparece la palabra-puente entre el mito y la prehistoria: Copakawana, que se traduce por "mirador de la piedra preciosa", porque dicen que en el gran peñón de la Isla del Sol habitaba un puma espantoso cuyos ojos, en la noche, brillaban como luceros de fuego inextinguible. Era el tiempo del culto totémico. Y cuando el animal legendario pereció, la peña fue adorada por los comarcanos porque se refiere que al anochecer irradiaba fosforescencias misteriosas, como si el espíritu del animal se hubiera transferido a la piedra estática y sombría. Un investigador más positivo, atribuye al juego de la luz lunar sobre la roca pulida y a sus reflejos en el agua, la tradición de la "piedra preciosa".

Así la deidad zoológica pasó nuevamente a culto telúrico. Y se veneró el peñón famoso porque a manera de luminaria portentosa, en los amaneceres el Sol sacaba destellos de su fría superficie rígida, y en las noches brotaban relámpagos de sus vértices agudos al encuentro de la Luna con la roca.

Y aunque parezcan fantasías, exageraciones, estos dichos y memorias del pasado no lo son. Porque el sentido mítico del Ande emerge de las aguas profundas del Titi-kaka sapientísimo. Y hubieron religiones, imperios, guerras, éxodos, sucesos como estrellas. Y tanto en las islas del Sol y de la Luna, como en la bahía y en los peñones de Copa-kawana habitaron los dioses arcaicos y los remotos pobladores del tiempo antiguo.

Copakawana es manantial de las épocas, semillero del pasado. La comarca del origen primero. Y aunque no concuerden teogonías y filologías, quien con mirar más dilatado retroceda en el pasar pretérito del paraje maravilloso descubrirá la sucesión innumerable de cosas olvidadas.

Porque Copakawana es, asimismo, el hálito de los antepasados que retorna en el misterio del mito y de las fábulas.

Si de la especulación mítica se pasa a la investigación prehistórica, las referencias son ya concretas.

Los Kollas o Aimáras mandaron en la hoya del Titikaka —que por entonces llamaban Chucuito— comprendiendo la península de Copakawana, sus comarcas adyacentes, las islas mayores del Sol y de la Luna y otras 14 islas principales. Eran politeístas y sus adoratorios se alzaron al culto de los astros, del fuego, del agua, del rayo y de la tierra. Llamaban a sus recintos religiosos Waka-Huyos o casas de ídolos, ubicados en alturas, que atendían los "Apu-Wilumis o sacerdotes del culto telúrico". Todavía en 1618 —refiere Alberto Diez de Medina— en plena Colonia, existían 75 templos de origen kolla" en los cuales se rendía culto a deidades naturales representadas por figurillas de oro, plata y otros metales, provenientes de los 75 "ayllus" o comunidades familiares de la región.

Otro historiador supone que esta península constituía —en el apogeo aimára, entre 500 a 1.000 antes de J .C.— una verdadera acrópolis de los Kullaguas o gentes del Kollao habitada por la más alta nobleza del imperio.

El adoratorio principal de los aimáras se hallaba en la Isla del Sol, en la peña de Inti-Karka que según el historiador Camacho es una extensión de Iti-Kaka o piedra sagrada del sol. Para Camacho éste sería el origen de la religión solar de los Inkas.

Por ese tiempo el culto solar había sustituido a la antigua adoración de Pacha, el dios telúrico del Ande. Y los kollas veneraban sobre otras deidades menores a Willka, el Sol vivificante, que los quéchuas, posteriormente sus conquistadores, llamarían luego Inti, el astro rey, padre de toda vida y toda luz.

Los aimáras soportaron dos invasiones demolidoras que borrarón los mayores vestigios de su cultura: una guerrera, destructora de los Inkas, que los dominaron políticamente y absorbieron sus instituciones agrarias, civiles, militares y sus técnicas de trabajo y de organización colectiva; otra conquistadora, igualmente dominante de los españoles que para extirpar las

idolatrías e imponer la fe católica derribó monumentos y edificios, destruyó los ídolos de piedra, quemó testimonios jeroglíficos e hizo desaparecer cuanto atestiguaba la presencia de civilizaciones pre-colombinas.

Otros investigadores estiman que los Inkas del Cuzco descendían de los Intis del Kollao y que el imperio Quéchua, sucesor del imperio Aimára, se fundó justamente en la Isla del Sol, donde según tradiciones del Perú y de Bolivia, apareció Manco-Cápac, su primer soberano y fundador, allá entre los siglos IX a XI.

La caída de los Kollas y su sometimiento a los Inkas, precipitó un largo período de sombra en Copakawana. La nueva dinastía gobernaba desde el Cuzco imperial, más atenta a trasponer los horizontes para expandir su dominio político que a reparar en la zona lacustre interior. Once Inkas reinaron sin que se mencione al lago ni al santuario en las tradiciones.

Pero en el siglo XV, un amauta persuadió al duodécimo Inka, el gran Tupac-Yupanqui, para que visitara el Lago Sagrado, origen de sus mayores:

—Hallarás muy grandes verdades —dijo el amauta al soberano— y verás la peña donde el Inti nace y se apaga cada día. El te protegerá en tus futuras conquistas.

Tupac-Yupanqui se trasladó del Cuzco al Titikaka con gran cortejo y esplendor, y esta visita histórica ha sido recogida por cronistas y estudiosos. "Desembarcó en Yampupata —refiere el P. Sans— luego entró en una balsa grande y seguido por otras de su séquito, considerando el golfo que atravesaba y la belleza singular de la Isla del Sol, al ver la peña de Inti-Karka no dudó más: dióla por sagrada, la mandó revestir de oro y de plata, erigió un gran templo al Sol, otro a la Luna, un Palacio y un Convento de Vírgenes, así como otros edificios cuyas ruinas existen todavía en deplorable estado".

Dióle el duodécimo Inka prestancia y poderío. Restableció el culto al astro, honró a sus mayores, e impuso la peregrinación periódica a la Isla del Sol. Gustó también de Copakawana, por la belleza del paraje, pero en su tiempo, apagada la fama de la península, sólo se exaltó el Santuario del Sol en la isla del mismo nombre.

El santuario quéchua de Inti-Karka fue muy visitado, a partir de Tupac-Yupanqui, por gentes que venían de todos los rincones del imperio: de los territorios que después formarían los dos Perús de la Colonia, de Quito, de Pasto, de Chile.

Tal importancia dió a la restauración del culto solar en el Titikaka el décimo tercero Inka, Huayna-Cápac, que para honrar la memoria y la obra de su progenitor, embelleció el Santuario del Sol y trajo del Cuzco a dos de sus hijas como directoras de la Casa de las Vírgenes del Sol.

Dícese que en esta isla mayor se guardaban las momias bien conservadas del primer Inka Manco-Cápac y de su mujer Mama-Ocillo. La de esta última fue trasladada a Copakawana, en junio de 1618, por orden del P. Salas.

Corren leyendas y memorias —recogidas por cronistas e historiadores— acerca de la "Acllahuasi" o Casa de las Vírgenes, de "Vilahuma" o gran sacerdote del Sol, de las ceremonias rituales por las que debían pasar los peregrinos antes de ver el peñón famoso que sólo el Inka podía tocar. Se habla, también, de "Pillco-Punko" la Puerta de la Esperanza, que el romero traspasaba antes de dirigirse al santuario que los quéchuas tuvieron por el mayor de su reinado.

Cuando los conquistadores españoles invadieron el Perú deponiendo y quitando la vida al Inka Atahualpa, los indios arrojaron al lago Titikaka riquezas fabulosas de sus templos y palacios, particularmente las de Copakawana y las islas del Sol y de la Luna, incluyendo el oro, la plata y pedrería de sus insignes monumentos. A este respecto sobrevive aun la tradición de la Cadena del Inka, a la cual se atribuye proporciones desmedidas, que sería de oro purísimo y que yace en el fondo del lago sepultada por los guardianes del Templo del Sol.

Aniquilado el imperio quéchua, sobrevino la decadencia de la región, pues los españoles, empeñados en imponer la religión católica a los nativos, persiguieron los cultos politeístas y apagaron la emoción por los santuarios primitivos.

Una larga sombra se tendió sobre el Titikaka.

Al finalizar el siglo XVI, en pleno régimen colonial, los españoles habían levantado numerosos templos católicos diseminados en el Alto y el Bajo Perú. En muchos casos, las iglesias cristianas erguían sus naves sobre los cimientos de los antiguos adoratorios indígenas.

En Copakawana, el nombre se castellanizó y pasó a ser, simplemente, Copacabana; pero para diferenciarlo del apelativo de la playa brasileña, mantendremos el vocablo aimára. Abolidos los cultos nativos y abandonadas las islas del Titikaka, sólo existía, en Copakawana una modesta capilla que acogía a los indios adoctrinados. En ella se imploraba a la Virgen de la Candelaria que protegiera a los "ayllus" contra las heladas que arruinaban las sementeras. Los grupos más caracterizados de campesinos nativos los formaban los "anansayas" y los "urinsayas"; los primeros devotos de la Virgen, los segundos de San Sebastián.

Se cuenta que Francisco Tito Yupanqui, indio de origen noble y devoto, biznieto del Inka Huáscar, tuvo una visión en la cual se le apareció la Virgen María ordenándole que hiciera una imagen suya a la que se consagraría una Basílica.

Tito Yupanqui hizo una primera imagen de la Virgen que le resultó muy tosca por ignorar la técnica escultórica, al extremo que después de un tiempo de permanecer en el altar, "se la sacaron con desaire". No se desanimó por ello el visionario y comprendiendo que debía aprender a modelar figuras, viajó a Potosí donde un maestro escultor lo adiestró en el oficio. Pasó a La Paz en la cual aprendió pintura y dorado de imágenes de los tallistas de San Francisco. Y en porfiado esfuerzo, durante largos meses, prosiguió modelando imágenes de la Virgen que tan pronto emprendía como desechaba, pues ninguna satisfacía lo que su mente imaginaba.

Pasó mucho tiempo —cuentan las crónicas— y cierto día, sea por inspiración divina, porque el empeño del artista venció de las dificultades, o por ambas causas, Tito Yupanqui dió término a una imagen hermosísima de la Virgen con el Niño que ponía el asombro en cuantos la contemplaban. "Sus ojos, sin ser de vidrio, son tan hermosos, que no se dejan mirar; parece más bien que miran a cada uno lo más secreto de su corazón. El Niño tiene una expresión tan tierna, una fisonomía tan risueña, que invitan al más tierno amor. Se siente la atracción de ese divino imán, aunque pocos saben explicar las dulces y conmoventes impresiones que a todos causa el rostro maternal de María". (P. Sans).

Esta Virgen se llamó de Copakawana y desde el primer instante —algún historiador refiere que antes de existir su imagen— hizo tales milagros y portentos, que autoridades, vecinos, fieles e indios resolvieron erigirle una Basílica digna de su fama.

Instalada primitivamente en la pequeña iglesia del lugar, en 1583, recién en 1614 se levantó la Capilla Mayor y la Basílica se concluyó a mediados del siglo XVII. Fue su constructor el Maestro Francisco Jiménez de Sigüenza. Esta iglesia es una joya de la arquitectura religiosa sudamericana, (virreinal dirán los españoles, indomestiza replicaremos los americanos), y por la belleza de su trazo y la variedad de sus detalles donde se entrecruzan lo renacentista, lo barroco y lo bizantino, así como por la amplitud del atrio y lo seductor del convento que la integra, gana la atracción del visitante. Sus capillas, retablos, tallas y ornamentos de gran valor plástico; sus cuadros y esculturas; las valiosas joyas que se guardan en el Camarín de la Virgen; los trabajos de plata repujada y otros tesoros artísticos hacen de la Basílica un centro de incitaciones para el estudioso. Los regalos y donaciones de los fieles reconocidos, crecen incesantemente.

Se afirma que esta Imagen puso paz final entre los anansayas y los urinsayas, que libraban guerras seculares. Tal renombre alcanzó la imagen santa, que de Lima, Potosí, Cuzco y otros

lugares se pedía su traslado. Durante la Colonia fueron expedidas reales cédulas y decretos episcopales prohibiendo el traslado que habría provocado el levantamiento de los comarcanos.

La "Mamita de Copakawana", venerada lo mismo por el pueblo que por las clases cultas, inspiró a don Pedro Calderón de la Barca una de sus obras dramáticas más célebres: "La Aurora en Copacabana", de la cual son estos versos:

"... puesto que todo es misterios
de Copacabana el valle..."

"...del mayor adoratorio
del Sol, que es Copacabana.. ."

"Copacabana lo mismo
que piedra preciosa explica".

"¡En mi vida vi más bello
simulacro de María!"

"Piedra preciosa solía
llamarse su esfera hermosa;
pero hoy la piedra preciosa
es imagen de María".

Son muchos los cronistas, historiadores y estudiosos que escribieron sobre el tema.

Los datos recogidos en el presente esbozo provienen de tres fuentes: la obra "Copacabana de los Incas", publicada por el escritor boliviano Viscarra en 1901 que era —sostuvo— una relación inspirada en las "Excertas Aymaru-Aymara" del Padre Salas, compuestas en 1623, sobre el génesis andino y las antiguas religiones de los aimáras; la "Breve Historia de Copacabana" escrita por el Padre Fray Rafael Sans en 1886, que fue párroco del Santuario; y unos papeles inéditos de Alberto Diez de Medina.

Hasta aquí lo que dicen la mitología, las leyendas, y la historia.

Esto sin olvidar la leyenda de Thunupa, el Cristo Andino, íntimamente ligada al Titikaka y a Copakawana, que hemos contado en otro libro (ver "Thunupa", ensayos, 1947). El recuerdo de Thunupa vive todavía entre los indios ligado a sucesos míticos —un volcán y un río llevan su nombre— a la cosmogonía lacustre, a la creación del río Desaguadero, y otros hechos extraordinarios. Refiérese que Thunupa fue numen benéfico y moralizador, piloto del alma india, el que abrió la tierra en dos y formó el estrecho de Tiquina. Thunupa, el inconforme, el que luchó contra Makuri, déspota kolla, contra los "thaliris" o magos de Copakawana, contra el culto sangriento del Puma y la Serpiente, contra la corrupción de las costumbres, es la figura más enigmática que brota del Lago Sagrado.

Hay otro punto digno de anotarse. Parece que por esta zona hubo, antes, mucho estaño. Una de las etimologías de Titi-Kaka, es: "cerro de estaño apagado por el lago". Y otro comentarista señala que el nombre del estrecho de Tiquina, significa: "el que lleva al filón del estaño". ¿Esas vetas estañíferas fueron sepultadas por las aguas o existen aun dentro de la orografía comarcana? Es punto por dilucidar. Otros piensan que existen yacimientos carboníferos próximos al lago.

La continuidad del Lago y del Altiplano es, en el fondo, una oposición cósmica: la crestería inaudita de la cordillera se opone a la serenidad lacustre. El paisaje seco, austero del planalto que sólo licua un cielo purísimo de tonos brillantes, se transforma y como suaviza en Copakawana. Se habita en otra dimensión, fuera del mundo agitado. Es el paraje que no se parece a ninguno.

Cuando el vehículo voltea el recodo final y desde un abra divisa el Santuario, el viajero se sobrecoge. ¿Es posible maravilla tanta? Un recinto geográfico a la medida humana que se abarca, entero, en rápido mirar. El valle risueño se abre en la hondonada entre altas peñas y lomas graciosas que bajan suavemente. Laderas arboladas custodian los oros y los verdes del sembrío. En el tumulto del caserío, contrastando con el pardo de la tierra y el verdigrave de los árboles, se alza como una paloma de alas plegadas la Basílica con su torre airosa y su cúpula bizantina. En el

ardor del mediodía, la mirada se concentra: una blancura palpitante, circundada de techos rojos, que se enarca altanera y desafiante sobre los ocres y los sepías del suelo. Ni muelles bulliciosos, ni tumultos humanos, ni tráfico vocinglero. Copakawana es, todavía, un refugio sedante proclive a la quietud. Tan dulce y armoniosa es la visión que parece un sueño a punto de disolverse.

A poca distancia el otro prodigio: una pequeña playa entre peñones encumbrados, desde la cual se remonta el mar interior hasta un horizonte remotísimo, en una perspectiva de hondura y lejanía que asciende lentamente por el aire. Brotan las islas a lo lejos como gibas de bisonte. Del azul profundo y reluciente de las aguas sube un canto sin voces. Se divisan los bordes ondulantes de unas riberas imantadas. El cielo de cobalto. Nubes que juegan a torres aéreas. Y unos tales encuentros del sol ardiente y de la luz intrépida, que todo el paisaje se vierte en fábrica cromática. Esplende.

Y cuando se contempla, desde el abra, el pueblo en sosiego como encantada juguetería, el Santuario de Copakawana —marfil entre esmeraldas— y el mar cerúleo, misterioso que fulgura a lo lejos —oro en zafiros— y unas dobles campanas de fervor religioso y asombro panteísta tocan el corazón, el primer impacto visual con este paraje inusitado sugiere palabras que nos devuelven a una infancia olvidada:

—Así debe ser la entrada al Paraíso.

Estos indios broncíneos, pescadores y campesinos, dan su tinte específico al paisaje. Labran la tierra, venden su pesca, comercian productos. Visten llamativamente, aman los colores intensos. Tienen danzas y músicas propias que se remontan al pasado distante, donde lo aborigen y lo hispano entrecruzan calidades. Las mujeres hilan tejidos primorosos, trabajan en cestería, construyen muñecos y juguetes ingenuos. En sus frágiles balsas de totora que fabrican con juncos del lago, navegan por el gran mar interior sin alejarse mucho de las riberas; a veces, los más osados, desafían los vientos y las tempestades del Titikaka que se tragaron muchas víctimas.

Vienen luego los mestizos que ocupan la mayoría de los cargos públicos, son artesanos o pequeños propietarios, empleados en diversos menesteres.

Algunas familias pudientes viven en sus fincas reducidas por la reforma agraria de 1953.

Pero Copakawana tiene una población flotante formada por creyentes, romeros y turistas que se engruesa durante las fiestas religiosas y locales y adelgaza la mayor parte del año. Y ésta es su virtud mayor: no ser, aun, presa del turismo organizado y multitudinario, sino un paraje quieto, silencioso, penetrado de misticismo y de belleza.

Tres personajes ideales dominan el ambiente: el ancestro fabulador, sugeridor; el lago misterioso y musicante; arcádico, jubiloso el paisaje. Y sobre todos tres se cierne la gracia inexplicable de María, la madre de Jesús, que ciñe santuario y comarca con finas saetas de luz y de esperanza.

El occidental vive en el tiempo, el indio en el espacio. Dimensiones distintas. Y existen muchas cosas que éste no comprende ni aquel alcanza porque giran dentro de órbitas que se distancian.

Hay unos ciegos que tocan violines viejísimos en el atrio del Santuario y rezan por las almas desaparecidas. Un entendido sale escapando: jamás escuchó sonos tan desafinados ni ejecutantes tan toscos, desmañados. Pero si se vence el impacto desagradable de la primera impresión y se sigue mirando y escuchando a los ciegos, un dulce asombro invade el corazón:

"Con hábil ala,
toda fealdad asciende
su oscura escala".

—dijo un poeta andino. Y es así: Aun lo feo, débil, desmedrado sube por cuerda esquiada y se transfigura sino en belleza plástica o música placentera, en comunicación ascética, severa, que dice del enigma atenaceante. Tocan mal, desafinan, hieren el oído con monótona estridencia. Mas

si se piensa en el contraste de los dos azules de cielo y lago, en la hermosura del día, en la majestad arquitectónica del atrio; y estas órbitas huecas donde infortunio y dolor pregonan su malandanza, un sentimiento de amor, de protesta nos aproxima a los violinistas improvisados. ¿Por qué tal miseria y desgracia? Entonces los indios ciegos como se transfiguran: hay roces de alas en sus pobres cuerpos inmóviles. Desaparecen disonancias y desarmonías, como si los sonidos lamentables acordaran en mágico concierto. Y pensando en el terror del humano destino que encumbra a unos y destroza a otros, los sonos discordantes nos hieren el alma como no lo haría la más dulce melodía haendeliana.

Los niños indígenas de corta edad —"Ilokhallas" les decimos— corren por la plaza del pueblo. Son graciocísimos, con sus gorros multicolores de lana y su vivacidad de movimiento. En los ojos negros una ternura reprimida pugna por aproximación. ¿Hay algo más encantador que un mocosuelo indio interrogando con mirada maliciosa?

A corta distancia, sobre un lomerío, un aimára sentado en la piedra contempla fijamente el horizonte lacustre. Estará así diez, veinte, treinta minutos. Acaso más. Petrificado en actitud estatuaria no lo fatiga el tenso mirar ni lo hieren las reverberaciones del sol sobre las aguas. Mira, mira ¿Qué mira y qué piensa el indio solitario que otea en el confín? Vanas las novelorías de quienes creen haber descubierto los misterios de su psique. El indio es lento, callado, fuerte y cerrado en sí mismo como el altiplano. Un infinito dentro de otro infinito. ¿Quién podría decir lo que piensa y lo que mira el indio?

La comarca es frígida pero en ciertas épocas del año —por abril, por septiembre— es posible bañarse en el Lago. Ni olas acariciantes ni el dulce roce del arenal. Tiene la playa de Copakawana, entre sus muchas y variadas sorpresas, el portento de unos guijarros tan maravillosamente redondeados que se diría pulidos por artesanía humana. Son obra de los siglos. Si se los mira en el fondo transparente del agua, parecen cosa de magia: sus contornos flexibles, su color cambiante, la fina plasticidad de sus agrupamientos. Si se los saca a la playa, se aminora el hechizo. Y si el visitante los transporta a la ciudad y los instala en su jardín pierden en la nueva morada todo atractivo. Los guijarros lacustres de Copakawana hay que admirarlos —y dejarlos— en la ribera del mar interior. Es allí, amorosamente redondeados por el agua, coloreados por tintes increíbles, donde nace y termina su imperio.

Observando sus armoniosas estructuras, su pulida superficie, ese mundo vago de formas y colores que se disemina en el fondo acuático, se pregunta uno cómo serían aquellos hombres del tiempo lítico que adoraron la dureza esencial de la piedra y al mismo tiempo la poesía recóndita de los guijarros submarinos.

"El hombre es una piedra que se puso a caminar" —dice la leyenda aimára.

Bajo el ardor del mediodía, desde la cresta de un peñón, se mira el Titikaka cerúleo: un azul intenso, profundísimo, sirve de zócalo movable al cobalto más claro del cielo. De pronto dos, tres barquitos de vela, tres manchas blancas, diminutas, se mueven y se alejan lentamente, suavemente...

Visión alguna del Mediterráneo —con ser magnífico, radioso el "Mare Nostrum" de los latinos— supera en intimidad y sentimiento poético de la naturaleza al Mare Nostrum de los andinos. Aquí el espectador no se pierde en la inmensidad marina; antes bien: es el señor tranquilo de un orbe extático, hierático que entrega dócilmente sus secretos. Se padece el Mediterráneo. El Titikaka levanta y purifica. El aire de las alturas lo acerca y dibuja todo con asombrosa precisión. Hombre y paisaje se reconocen y unimisman como dentro de una campana de cristal. Y esos barquitos que se alejan, con las tres manchas blancas de sus velas que rasgan apenas la tersura zafírea del Lago, dicen que la armonía primordial retorna cuando el hombre se sumerge en la pureza del paisaje, en el arcano de su soledad y su silencio.

Tendrá Italia opulenta ciudades más hermosas, comarcas más pintorescas. Afirman los poetas que el Irán y la Turquía encierran los parajes de mayor hechicería. Al Japón insular se atribuyen exotismo y finura sin par. Cuadros tienen la Francia, el Austria, Inglaterra, Brasil, que jamás se olvidarán. Pero Copakawana es otra cosa, algo sencillo y difícil a un tiempo, revelador y

oscuro, que no se mide en magnitudes de poderío ni de precedencia según los cánones estéticos de la paisajística viajera.

Copakawana es el punto fugaz en que se tocan ideal y, realidad para volverse a separar.

Se siente el soplo trémulo de las antiguas teogonías, la sensual armonía pagana, un hálito de paz que trasciende al Cristo y su doctrina de amor y de perdón.

Y si mira en sí mismo y revierte al sentido de su propio transcurrir, dirá el visitante que el encuentro con el Lago legendario y el Santuario sacratísimo, en esta región de ritmo lento y recogido, equivale al "mysterium magnum" perseguido por alquimistas y soñadores: resurrección, recuperación, que la juventud retorne al cuerpo cansado y al corazón desengañado.

En cierto modo Copakawana es la cura por la fe, por el encantamiento de los sentidos.

Pero todo esto se refiere al primer encuentro y al día inicial, porque cuanto se repite y prolonga extenua al soñador. Y Copakawana es un hada cuyo rostro se mira una sola vez. Y es para siempre.

En la peña más encumbrada está el Calvario de Copakawana: lo remata una Cruz que veneran los peregrinos. Se trepa a ella por un largo y escarpado camino rocoso, de toscos y agudos peldaños, punzantes, resbaladizos, que causaron quebranto a muchos romeros. En la cima existen rastros de edificaciones arcaicas, huellas de grandes pies que se atribuye al Thunupa mítico.

En otro paraje próximo se yergue la Horca del Inka, tres piedras donde el monarca autóctono castigaba a los delincuentes.

La llanura y la playa de Copakawana están como salpicadas de peñas y colinas, de manera que apenas trepa el visitante una loma cualquiera, domina el doble escenario de la tierra y del mar. Y hay tales linduras naturales desparramadas en el ámbito lacustre y sus tierras aledañas, que no se comprende cómo no ha surgido todavía el rapsoda digno de cantarlas.

También los arqueólogos se impacientan por descubrir lo que ocultan las aguas. Un día Arturo Posnansky, sabio alemán-boliviano, autor de una obra monumental, en dos volúmenes de gran formato, "Tihuanacu, cuna del hombre americano", verdadero precursor y sistematizador del pasado andino en el siglo XX, halló en Jakonta-Palayani, en las riberas del Titikaka, restos de una gran muralla sumergida que —sostuvo— circundaba una metrópoli anterior a los Inkas y a los Kollas.

Para el viajero ávido de experiencias nuevas, nada más seductor que el trayecto de La Paz a Copakawana.

Muchas curvas y recodos al cabo de los cuales brotan parajes fascinadores. El Lago aparece y desaparece en las vueltas del camino. Pequeñas quebradas, sementeras verdeantes, bahías diminutas. De pronto, al voltear una loma surge la gran extensión marina: un azul jubiloso que decoran las islas hasta perderse en lejanía. Se va el decorado lacustre y otra vez las tierras duras, pedregosas. Los altos eucaliptos en escuadrones apretados. Chozas con techo de paja. Linderos de piedras blancas. Las campesinas de trajes multicolores se diseminan por el camino. Todo es viejo y joven a la vez. ¿Giramos nosotros, gira el paisaje? La cinta visual se desenvuelve en novedad y revelación.

El tardo cruce del estrecho de Tiquina, en las viejas barcazas que se tragan vehículo y viajeros, es una experiencia inolvidable. Al fondo, por ilusión óptica, se divisa la mole imponente y armoniosa del nevado "Illimani" como brotando del Lago: un manto acuático le sirve de pedestal. En San Pedro y en San Pablo, los dos pueblecillos aledaños de Tiquina, hay quienes piensan que el estrecho y sus riberas nada tienen que envidiar a Copakawana. Y aunque carezca de su amplitud escenográfica y de la belleza y variedad de sus perspectivas panorámicas, cuando

entrega la soberbia visión de la Cordillera con su línea dentada de cumbres altaneras, Tiquina es, también, un portento cósmico.

De Tiquina a Copakawana el paisaje gana en color y en atractivo. Cada tramo rico en novedad, cada recodo un deslumbramiento. Pero para llegar al Santuario falta todavía una hora; y es esa hora final del trayecto la que debe transcurrir en plenitud, reduciendo la velocidad, frenando impacencias, porque ella guarda, en gozosa espera, la anticipación de las maravillas que se acercan.

A todo aquel que busca en la contemplación de la naturaleza la quietud trascendida del misterio visual, le pediré que visite Copakawana. Saldrá de ella rico de verdad y poesía.

Religión, idealidad, claves sagradas. Dones intransferibles, cada cual los usará y será recompensado en la medida de su interior fervor.

Si careces de fe en el Señor, tu Creador, y en María, su Madre Milagrosa, no vayas a Copakawana: nada te dará. Si no tienes ojos para absorber la hermosura de la naturaleza, no vayas a Copakawana: poco verás. Pero si el entusiasmo radiante del paisaje, el sentimiento lírico de los seres y las cosas arde por tus venas; y una emoción de amor, de gratitud, de esperanza lleva a la cuerda humana el sonido de la gracia divina, ve a Copakawana: allí aguardan al creyente y al soñador beatitudes que palabra alguna puede explicar.

Ve a Copakawana, póstrate a los pies de la "Mamita". No volverás con las manos vacías. Sumérgete en el embrujo del Titikaka y tu carga de sueños se verá acrecentada.

Y un último enigma. Copakawana fue llamada, en otro tiempo, la Morada de la Eterna Dicha. Busca el camino que a ella conduce. Cuando el rubí que tiembla en tu corazón despida un destello que se cruce con la otra chispa que relampaguea en los zafiros del Lago Sagrado, la serena felicidad dará sosiego a tus días.

Ve a Copakawana. Te está llamando.

HERMANN HESSE

Hoy predominan en la novela los escritores "negros": los que componen historias de horror, de cinismo, de angustia exasperada cargando las tintas sombrías. Cuanto más crudo y morboso el relato, mejor. El lector medio padece masoquismo: quiere sufrir, que lo hagan sufrir. El sexo lindará en lo depravado. Hombre y bestia en lo psicológico. El contorno se pintará feo, repelente, y las criaturas atormentadas, vanas. Una técnica de sordidez presenta el mundo dominado por la maldad y la fealdad. Una estética de alienación y desvarío envuelve a los personajes. Todo tira para abajo.

¿Cómo se explica que en medio al culto de lo desagradable haya subsistido en el favor del público un escritor "blanco" como Hermann Hesse?

Si el abismo es el símbolo de la novelística moderna, el ascenso hacia la luz después de la batalla interior es la norma "hessiana". He aquí uno que no admite la trágica desesperanza, ni el nihilismo ético, ni la angustiada confusión del transcurrir contemporáneo.

Pero ser un afirmador de vida, no habría bastado para enfrentar la turbamulta de sus negadores. Hesse, el idealista, además de su fe, de su amor trascendente por el mundo y por los hombres, de su mensaje denodado en la triple misión del pensador-artista —contemplación, meditación, retransmisión del pensamiento activo— supo revestir sus relatos de forma bella. Y éste es uno de los mayores encantos de su prosa: concisa, tersa, elegante. Clásica en suma.

No es el diamante negro de la novelística moderna, como dirían los críticos novecentistas, sino a la inversa: en la selva de carbones encendidos del relato actual, donde se confunden lo

horrible, lo grotesco, lo lacerante, Hermann Hesse es el diamante blanco que emana en finas chispas cromáticas su misteriosa sabiduría del mundo, del destino, del hombre y su contorno, y aun de la vocación del escritor; supremo incitador, que ha de sacar al prójimo de los nimbos y penumbras que lo acosan, en vez de sumergirlo en confusión y pesadumbre.

Hay, además —por supuesto— lo otro: el poder de comunicación del genio literario innato. Aunque no hubiera sido un idealista ni un fino estilista, el gran alemán habría llegado siempre a críticos y lectores con la fuerza lenta y poderosa de su magia narrativa.

Saber contar ¿no es lo más fácil y lo más difícil del arte literario? Nadie sabe qué padecer desmesurado, qué dudas inquietantes, qué larguísimas fatigas se emboscan detrás de esta prosa noble y sencilla que sugiere, siempre, más de lo que dice.

No he conocido un artista de más profunda intimidad ni de mayor riqueza expresiva. El mundo inédito, el hombre nuevo brotan de su pluma. Es un griego del siglo XX. Lo mira todo con ojos serenos, lo capta y reelabora con segura inteligencia, lo devuelve al mundo bajo la suprema distinción de un arte armonioso. El "agon" bulle en lo hondo. Atenea poliada preside este pensar magistral y remansado.

Por la amplitud de su saber se parecía a Goethe. Por el vuelo de su inspiración a Hölderlin. Por su capacidad de aproximación a lo humano a Hauptmann. Pero en el sondeo del alma y en la lírica arquitectura de su prosa seductora es sólo Hermann Hesse, el más universal de los escritores modernos.

Poeta, pensador, ensayista y sobre todo un maravilloso narrador. Hizo de la novela un arte mayor, profundo, bello, traspasado de incitaciones. Pensamiento y estilo, en su pluma, se transmutaban en fina artesanía. Manejó todos los registros de la expresión. Claridad, idealidad. Una técnica tan depurada en la construcción del lenguaje, que servía dócilmente sus ideaciones. Despertó zonas olvidadas, descubrió áreas inéditas, ennobleció el destino del hombre y el grave misterio del mundo, iluminando los abismos de la mente. Fue maestro y aprendiz a la vez. Caía y se volvía a levantar. Su mensaje fue uno de coraje y resurgimiento. Cada uno de sus libros nos llega como lección contra-puntística de sabiduría esencial, certeras intuiciones, hondura psicológica y clásica elegancia de discernimiento.

Sabía remontarse de la angustia del pensador a los planos líricos del poeta. Miseria, basura, penas, impotencia del ser eran ahuyentadas al golpe de luz de una sola de sus páginas.

Desde "Peter Camenzind", hermosa novela poética de juventud, hasta la trágica dispersión del "yo" en "El Lobo Estepario", se manifiesta como el más poderoso y sutil indagador de la psique humana. En los relatos autobiográficos —"Una Hora Después de Medianoche", "El Novalis", "Bajo la Rueda", "El Agüista"— luce con primores de orfebre.

Acaso sus tres mejores libros sean "Demian", "Narciso y Golmundo", y "El Juego de Abalorios".

Es "Demian" la historia conmovedora de un corazón juvenil que afronta la tempestad del mundo con insaciable afán de interrogación. En ella el caudal filosófico y la intuición poética se ajustan con admirable perfección. Más que personajes los protagonistas son arquetipos o símbolos; esto ocurre siempre en las novelas de Hesse, y es lo que lo hace, a un tiempo, superior e inferior a Thomas Mann en un sentido de pura construcción novelística. Mann pinta al hombre, a los hombres con trazo realista. Hesse los ve, los idealiza, los sublima hasta alcanzar la suprema majestad del tipo. Así "Demian" es la encarnación de la juventud inquieta, ansiosa, rica de sueños y ambiciones. Nadie puede ser íntegramente Demian, en su desconcertante y elaborada complejidad, psicológica, pero todos nos reconocemos, en cierto modo, en su carácter noble y hermoso, abierto al sentir y al meditar, juguete y simultáneamente antagonista del destino.

En "Narciso y Golmundo" se contraponen el amor cristiano y el amor pagano, el varón espiritual y el varón sensual. ¿Cuál vencerá? El novelista se inclina por el hombre de ideas, ¡pero cuántas veces cederá ante la potencia ofuscadora del hombre de goces! La historia sucede en una

atmósfera mística, de relato medioeval, con tal equilibrio de argumento y juego subjetivo en los personajes, que no admite fisura entre verdad y fantasía. El estilo se adecua asombrosamente al relato: directo, sobrio, de una dulce suavidad precisa. El relato transcurre desde adentro, circula en la intimidad de las almas más que en la exterioridad del mundo. Y en realidad Narciso y Goldmundo en su aparente polaridad de protagonistas antagónicos, son un solo hombre, el hombre eterno, acechado por la carne y por el espíritu.

"El Juego de Abalorios" —como "Doktor Faustus" de Thomas Mann— es una catedral: no podemos abarcarla toda por su riqueza de líneas y detalles y la inmensidad de su masa total. Es la epopeya del pensamiento que se busca en el laberinto del saber clásico y la desintegración moderna. Grande, profunda, resonante creación desgraciadamente no alcanza al público medio por demasiado sabia y compleja. Hay que haber leído y meditado mucho para acercarse a este orbe crítico, filosófico y poético, cuyo atrevimiento de concepción y cuya intensidad humana de expresión rayan ciertamente en lo extraordinario. De las páginas enigmáticas y simbólicas de "El Juego de Abalorios", brota el Fausto moderno rescatado por las tensiones contrapuestas del meditar que no tiene término, de la acción que no puede detenerse. ¡Qué potencia de visión interior, qué genio geométrico para la organización apariencial del hombre y su morada! Dice, el libro, sugiere, provoca tantas cosas, que su lectura parece inagotable; siempre hay algo que se olvidó o no se profundizó debidamente en el examen anterior. Es una "summa" novelística. Como Cervantes en el "Quijote", Tolstoy en "La Guerra y la Paz", Dostoiewski en "Los Hermanos Karamazov" "Melville en "Moby Dick", Hesse en "El Juego de Abalorios" es un revelador de vida potenciado a la cifra doble del crítico de civilizaciones y del profeta inmémoro. Nadie —en nuestro tiempo— le ha superado en penetración analítica, en visión poética, y en la suprema belleza de una prosa que excava con fina precisión la problemática del alma, del mundo y del destino. Es una encrucijada del pensar universal.

Pero hay, todavía, "Rosshalde", "Siddharta", "Música del Solitario", "Hermosa es la Juventud", gemas desprendidas de la corona resplandeciente de sus relatos. El "Viaje a Oriente", "Prosas Tardías", las notas de viaje penetradas de un raro encanto y una sutil melancolía. O "Knulp", "Ensueños", "Cuentos", trabajos henchidos de espiritualidad y labrados con maestría técnica. Y tantas otras prosas y relatos menores donde el artista ensaya su arte profundo y vario de tocador insatisfecho.

Tuvo, además, Hermann Hesse, otra virtud que no siempre se da en los escritores geniales: fue un hombre entero y varonil. Humanista en el sentido certero del término, defendió los valores del espíritu, la dignidad del hombre, la libertad del artista. Salvó su independencia de escritor en la colisión con la política. "Mal alemán" —dijeron los nazis—. Y la opinión universal repuso: "Guía de pueblos, hombre del mundo, porque dijo la verdad en forma bella".

De lo poco que se conoce de su vida pública o privada, de lo mucho que trasciende en el hilo autobiográfico subyacente en sus novelas, emerge un carácter noble y sencillo, fuerte en sus convicciones, habituado al combate con el mundo, a confesar sus errores, eterno enamorado de la naturaleza, de los deliquios del paisaje, de la bondad natural del ser humano. Deísta, moralista sin pedantería, absorto admirador de religiones, música, artes y filosofías. Y en el fondo poeta esencial, vate en el sentido profundo del vocablo, transmutador lírico del mundo y de sus seres, cantor de la proeza y de la desdicha humanas que supo transfigurar en páginas de inmortal frescura y poesía.

Una crónica fugaz, por ceñida y sintética que luzca, no puede aprehender —menos transmitir— la amplitud aterradora de su pensamiento ni la exquisita versatilidad de su arte. Era Hermann Hesse un compendio del mundo crepuscular que bordea la Era Atómica, y al mismo tiempo el augur genial que resume y trasciende seis mil años de cultura occidental.

Si abres uno de sus libros, santíguate: hay siempre un dardo místico y poético oculto entre sus páginas.

UNA ESTATUA DE CERVANTES

A Federico Nielsen Reyes
noble amigo.

Un breve parque rectangular: los árboles no muy altos, la grama no muy tupida, los senderos de arena no muy acogedores. Un pequeño estanque. Juegos para niños. Pero el paisaje circundante maravilla: otro parque más arriba, aéreo casi, entre morisco y sevillano, con pinos y eucaliptos; cerros encrespados de fantasmal dibujo; y al fondo la catedral de nieve del Illimani.

Se diría un refugio de los dioses en un contorno de mitología. Es la plaza España en La paz de Bolivia.

En Sudamérica los parques y las plazas son ágoras y remansos a la vez. La vida civil se condensa en ellos: fiestas, revoluciones, pronunciamientos, comicios, tensiones colectivas. Los muchedumbres buscan los espacios abiertos, las áreas verdes para volcar su inquietud. Entonces el mágico recinto se puebla de músicas, de balas, de gritos, de sonoras palabras retumbantes. Esto no es lo frecuente. Lo frecuente es que el parque o la plaza se vean vacíos, silenciosos, turbada apenas su natural quietud por los visitantes domingueros. Por eso los aman los enamorados, los soñadores, los niños y los viejos. Porque son "samiri", descansaderos —como piensa el aimára— donde se recupera la energía y se purifica el corazón.

El parque fáustico de Europa, asombra y anonada. La pequeña plaza sudamericana brinda intimidad. Aquí el alma del mundo y el alma del hombre se reconocen mejor, porque unimisman.

La plaza mayor da el pulso de la vida civil. Generalmente la circundan la casa de gobierno, un templo, edificios principales. El movimiento de gentes y vehículos acrecienta su importancia. Pero la plaza menor, más modesta, es sólo una expresión del barrio: jardín, refugio, lugar de reposo. No quiere comandar.

Así era, así es la plaza España en el barrio señorial de Sopocachi.

—¿Plaza? —comentaba desdeñoso un vecino erudito—. Mal empleado el vocablo. Debiera decirse, mejor, parque por reducidas que sean sus proporciones. Porque la "plaza" es el centro motor, el reanimante de la vida vulgar y agitada; en tanto el "parque" trasciende a descanso y poesía, es más bien una defensa contra las fricciones cotidianas. La plaza hostiga, el parque apacigua.

Cierto día el estruendo de los camiones y la algazara de los obreros conmovió la plaza España: se trataba de remodelarla. Desapareció el estanque, se pavimentaron sus caminos, mejoró el alumbrado y en el área central a la que se dió la necesaria amplitud, se pusieron los cimientos del pedestal que sostendría una estatua. Nueva siembra de pasto. Alambres de púa para proteger los jardines. Los escalones de piedra de diseño más suave. Sobre el mosaico rojo se alzó lentamente una base de granito de Comanche, con la austeridad de líneas que amaron los Tiwanakus, esos dorios del pasado andino.

Transformado y embellecido el recinto, sacaron de su caja de madera una estatua de bronce y con ayuda de una grúa la izaron a su definitivo emplazamiento.

Día de fiesta en el barrio. Banderas, discursos, flores, homenajes. Debió prolongarse con una retreta nocturna, pero la fuerte lluvia lo impidió; y la estatua, como el hombre que representaba, quedó solitaria en su grandeza y su desdicha. Símbolo perfecto, a un tiempo, del grande infortunio y del genio inmortal que levantaron el nombre de Miguel de Cervantes Saavedra.

Es una figura armoniosa, un gentilhomme del siglo XVI, de cuello engolado, espada al cinto y capa corta. El rostro meditativo, el ademán gentil. La estatua es tan proporcionada, y su emplazamiento tan adecuado, que de cualquier ángulo que se mire aparece siempre resaltando

sobre un fondo arbóreo. Viéndola como se humaniza el paisaje, el recinto cobra un aire antiguo, familiar. Y al doble conjuro de las dos palabras sempiternas —España, Cervantes— se comprende mejor al progenitor de Don Quijote, este amigo de los hombres que jamás termina su lección magistral de verdad y humanidad.

De las muchas frases escuchadas el día inaugural, recojo ésta de un obrero, que acaso nunca oyó el nombre de Cervantes, o bien se deslumbró con la figura idealizada del monumento:

—Había sido elegante el caballero...

Aparenta un juicio trivial y es, en el fondo, una clave para entender la estética cervantina. Elegancia: del ser, del proceder, más difícil que un elegante del vestir. Grande arriba o abajo, noble y sencillo, mezclando gravedad y humorismo como expresiones polares del carácter humano, circunspecto en la victoria, estoico en la desgracia, Cervantes, mejor aún que su desaforada criatura ideal, el destructor de las novelas de caballería, ha sido en verdad el último caballero que el mundo ha visto si se concede al término la hondura trascendida de una ejemplaridad renovada.

Cuando Cervantes, apesar de sus quebrantos, sostiene:

“Es una alegría vivir y ser hombre...”

ha dado, en siete palabras, la ética y la estética del caballero cristiano. Es, la suya, una filosofía viril, de amanecer, puesta en labios de Don Quijote, personaje crepuscular. Amar la vida, infundir confianza a los demás, ¿no es el primer rasgo de señorío? ¡Oh coraje sin mengua y sin astilla! Cuanto más se ensaña la suerte con él y con su héroe, con mayor brío se levantan hidalgo y escritor, que Cervantes y el hijo de su ingenio no son criaturas pusilánimes, antes bien varones esforzados que se templan en la desdicha y en el vencimiento de las dificultades.

Sólo un maestro de vida, puede contrapuntear tan donosamente los temas del desfallecer y la recuperación. Dice el poeta acongojado:

*¡Ay de cuán ricas esperanzas vengo
al deseo más pobre y encogido!*

Pero él mismo busca alivio a sus males reflexionando:

*“Siempre deja la ventura una puerta
abierta en las desdichas”.*

Del más negro pesimismo:

“Aro en el mar y siembro en el arena...”

se levanta, por sí solo, a una tonificante sabiduría de la acción:

*“Esfuércese, esfuércese; que el descaecimiento en los
infortunios, apoca la salud y acarrea la muerte”.*

Si en un pasaje se aflige porque

“...todo se vende y todo se compra...”

él mismo se replica en otro certificando

*“... la sana voluntad de un pecho hidalgo, que
aventaja en la bondad del ánimo y en la
firmeza de la fe”.*

Cervantes tuvo en la vida su mejor escuela. Los hombres antes que los libros le enseñaron a razonar. Como afirma Bickermann: "nadie vió más hondo el problema del poder y del gobierno, la ciencia de la vida práctica y de la sabiduría especulativa. Por eso su prudencia y su saber se dan con elevación y gracia indefinibles". Este soldado valeroso que no se creía escritor, ha descubierto la filosofía más preclara: saber perder! No lo manifiesta expresamente, pero lo revelan sus actos y sus juicios. El varón superior no es hijo de la victoria, mas criatura de los contrastes que supera y lo fortalecen para proseguir el combate renovado de los días. Saber perder: dos palabras tan sencillas y un arte tan difícil. Son, en verdad, la mitad de la ciencia de la vida. La derrota no es un fin sino un principio: el principio de una nueva hazaña. Y la otra mitad para una filosofía dinámica del existir, manda así: ¡atrévete y persiste!

Algún día se hará el paralelo entre los dos insignes Migueles: el de Unamuno, todo él rayo de orgullo, victorioso; y el de Cervantes, el gran infortunado, criatura de adversidades, héroe, mártir, desdichado, adalid en nobleza y dignidad. Y ciertamente, aunque ambos dividan jerarquía en punto al pensamiento, siempre el Hombre-Cervantes aventajará en grandeza moral al Hombre-Unamuno. Porque aquel viene de la piedad cristiana y éste del orgullo intelectual.

Thomas Mann lo ha visto con perspicacia cuando sostiene que Cervantes es un producto de la cultura cristiana, del cristiano conocimiento del alma; y que el hidalgo "lamentablemente magnífico", por su grandeza, su idealismo, su generosidad mal aplicada, su caballerosidad inútil, es no obstante el varón sin tacha merecedor de respeto y simpatía.

El más humano de los hombres, el amigo de todos.

Véase aquí, en la efigie broncea, alto, esbelto, gallardo y reposado. ¡Pero cuán otra la figura real, donde la malaventura destroza todos los sueños del ambicioso! Cervantes ignoró la delicia tierna y sosegada del vivir hogareño, no disfrutó los goces de un pasar bonancible y seguro. Familia no la tuvo, ni círculo de afectos, ni amigos permanentes. Su vida irregular y bohemia transcurrió de peripecia en peripecia. No tuvo suerte el soldado ni ganancia el escritor. Anduvo siempre enredado en deudas, pleitos y querellas, urgido de amparo y fiadores. Careció de profesión, de sentido práctico para imponerse en el torbellino del diario acontecer. Tuvo que humillarse ante protectores indignos y tocar puertas de poderosos estúpidos que no adivinaron la alteza de su genio. Enemigos y envidiosos le amargaron la existencia. El Quijote apócrifo envenenó su ancianidad. La sombra de Lope oscurece su fina poesía: le impide volar. Quiso reformar el mundo y sólo alcanzó a satirizar sus defectos. Todo anhelo se frustra en su destino adverso. Pobreza, dolor, envidia y desengaños lo acosan sin respiro, Por eso el desencantado pone en boca de Don Quijote la sabia sentencia que a su turno repetirán todos los reformadores, idealistas, luchadores y soñadores que le han sucedido:

"Yo, Sancho" nació para vivir muriendo..."

Poderoso en ideales, mísero en logros, Cervantes es el arquetipo del hombre que lucha contra el destino y se rescata por las letras de la miseria de un vivir lamentable. Fustigado, de quebranto en quebranto, no ceja nunca en su actividad ejemplar. Carácter indomable, nada lo abatirá definitivamente porque resurge, siempre, intrépido y sonriente dispuesto a una nueva lid. No es el bravo engreído de los triunfos osados, sino el héroe ennoblecido en soledad y humillaciones. La sátira y la risa le impiden caer en desesperación. Su amor a la vida, su comprensión magnánima de los hombres, la nobleza de su pensamiento, la ironía maestra con que se burla del mundo, de su criatura ideal y de sí mismo, han permitido a un ensayista afirmar que en el Quijote está todo el hombre.

Y es ciertamente así.

"Yo que siempre trabajo y me desvelo... "

Es la queja melancólica del esforzado sin recompensa. Pero a poco, el levantador de voluntades, susurra al oído del desfalleciente:

"Que no es de estima lo que poco cuesta".

Y éste alternar entre desesperanza y optimismo, este descaecer del alma y este constante resurgir del espíritu, estas batallas interiores del ánimo, estos desfallecimientos momentáneos y estos posteriores bríos recuperados, son los que dan a Cervantes y al Quijote calidad humana, entrañable realismo y a un tiempo levantada idealidad.

Don Quijote, loco y sabio, clave y contraclave del hombre emprendedor, domina enteramente los dos mundos de sueño y realidad. Cervantes, sabio y desdichado, dialéctico impenitente, constructor de su proeza, meditador de sus desventuras, no tiene "su" mundo como el Caballero de La Mancha y se mueve con menor desenvoltura en la complicada urdimbre de la realidad contingente.

¿Heroísmo y miseria de lo cotidiano? ¿La realidad idealizada? ¿Los sueños asaeteados por la burla y la ironía? ¿El hombre analizado en la plenitud funcional de su vivir, centro de vacilación de contorno indefinible? ¿El mundo como es, como debiera ser, como quisiéramos que no fuera?

Hay tal fuerza torrencial de vida en el Quijote y hubo un ímpetu trascendental de comunicación en el alma atormentada de Cervantes tan profundo, que cuanto más se lee y se relee sus obras, se descubren otros rasgos, se abren perspectivas inéditas, como si del hormiguero humano y del laberinto cósmico se alzaran hombre y mundo nuevos, en una renovada plasticidad, en un cromatismo mágico que sólo don Miguel pudo señorear. Porque hay una forma cervantina, un colorido cervantino, que sólo captan el mucho ver y el largo meditar.

"No quiero sujetarme al contuso juicio del desvanecido vulgo".

dice el cuitado con fina previsión. Y muchas veces encubrirá el agudo pensar para que no sea pasto de ignorantes. Pero si se lee y reflexiona con atención, cada sentencia es una síntesis de vida redondeada en forma precisa y armoniosa. No hay mejor maestro de conducta, de mundanidad, de sabiduría en la persona, de certezas del pensar, de contradicciones del vivir, que este personaje doble, compuesto de un ser real y una criatura ideal. Este Don Quijote-Cervantes que sublima realidad y fantasía, en el más inusitado matrimonio. Escribe Cervantes: sujeta el pensamiento. Pero don Quijote: desbridanse las ansias. Pero entrambos saben el secreto de maridar inquietud y reflexión.

"deleite mucho mayor es imaginado que gozado".

Y en esto de vivir soñando o imaginar venturas, hidalgo y pensador son discretos, reflexivos, porque aunque amigos de controversia, "terribles dialécticos", terminan siempre por cortar ellos mismos las alas de su fantasía para volver al duro mundo de las realidades. Por eso el crío tico sagaz dirá que aunque encarna la ceguera y alucinación del hombre, aun en medio de su locura, "¡qué discreto, qué noble, cuánta delicadeza hay en el alma de Don Quijote y cuántas cosas sabe!" Juicio que puede extenderse y con razón mayor a Cervantes, que en el Persiles, en La Galatea, en las Novelas Ejemplares, los Entremeses, Comedias, y sus poesías, —además de haberlo hecho ya con abundancia en el Quijote— se convierte en el más consumado informador de vida. Nada escapa a su mirar dardeante: hombre, mundo, formas y matices. El héroe más intrépido marcha siempre con su sombra vacilante de humanidad recóndita. No hay grandeza absoluta ni miseria total. Si el pensamiento es ala y muleta, la acción bascula del acierto al riesgo. Un personaje natural puede ascender al tipo heroico; el varón superior está expuesto a caer en mezquindad. Y es que Cervantes, acostumbrado al máximo roce con la humanidad doliente —grandes, poderosos, pobres, locos, presos, héroes, desdichados, soberbios, humildes, rústicos, soldados, sabios e ignorantes— conoce al hombre por dentro y por fuera. Sabe sus secretos, adivina sus intenciones. Y de tanto estudiar el caso y ver siempre al ideal batido por la habilidad utilitaria, lanza las dos famosas expresiones que constituyen una "summa" de sabiduría mundana:

*"El mejor cimiento y zanja del mundo es el dinero.
"Porque los mercaderes son mayores en su sombra
que en sí mismos".*

Aquí está, en su pedestal de granito, sereno y elegante, como un noble profesor de humanidades. Descansa la espada. En la diestra un rollo de papeles. La cabeza pensativa. Bajo el porte señorial de la figura renacentista, asoma la imagen más veraz del varón descalabrado, del pensador jovial y melancólico a un tiempo. La estatua representa una imagen ideal de Cervantes. La figura real sería, tal vez, menos apuesta. Pero es justo que el gran desventurado tome la forma apolínea para redimirse de su castigada suerte.

*"Oh vanas esperanzas de la gente!
Cómo pasáis con prometer descanso
Y al fin paráis en sombra, en humo, en sueño".*

Nada más que un hombre, nada menos que todo un hombre. Intrépido y altivo, cortesano y lisonjero a la vez. Le rozan las sienas el triunfo y las humillaciones. Es noble, generoso, magnánimo, pero a veces bordea los caminos del picara. Pelea sin descanso contra la mala suerte, abrumado por las desdichas y su incapacidad congénita para labrarse bienestar. Soldado valeroso, escritor profundo y remansado. Su grandeza de alma asoma en su capacidad de sufrimiento, en su valentía para alzarse de la caída y del error. Otros pasan en confidencia quejumbrosa; él prefiere callar sus penas que vertirá sólo al papel. Mira en todo, todo lo apasiona: tiene un poder mágico de aproximación y simpatía por los seres y las cosas. Despierto a los deslumbramientos del vivir, también lo acicatea la cercanía del último misterio:

"Y la muerte que a todo humano sorbe".

Porque ha sufrido mucho, mucho entendió del padecer humano. Hizo de la realidad, fantasía; y a la fantasía convirtió en realidad. Gran mago del mundo, oceanógrafo del hombre, nadie le supera en sutilezas del razonar ni en primores del bien decir. Envidiado siempre, comprendido nunca. ¿Qué hado inescrutable lo guía, que de las mayores desventuras hará fuente de verdad y poesía?

Sin el enigma de su vida no se comprende bien el misterio de su arte portentosa.

Y al poeta: ¿quién podría jactarse de conocer al poeta Cervantes, aminorado en vida por los soles de Góngora y de Lope? No sólo en sus composiciones líricas, sino también en las interpolaciones de obras en prosa, tuvo el señor de Saavedra versos que por bellos y profundos habría envidiado el divino Herrera:

*"¡Oh más que la belleza misma bella"
más que la propia discreción discreta,
sol a mis ojos, y a mi mar estrella!"*

Y aquellos hermosísimos con que el Turco se dirige a la Gran Sultana doña Catalina de Oviedo:

*"Soy contento. Queda en paz
guerra de mi pensamiento".*

*"Yo soy tu circunferencia
y tú, señora, mi centro".*

¿Pero a qué buscar versos con metro y rima, si en Cervantes prosa, ingenio, observación y meditar transfloran en la más honda poesía? Aunque no hubiera compuesto poemas y sonetos, ni obras teatrales en verso, él será siempre noble aedo, el que transcribe el gran espectáculo del mundo, la hazaña del hombre, en hondas y sentidas emociones, en prosa levantada y profundísima.

Poeta: el revelador. El que sabe acordar la gravedad de las filosofías con la música del lenguaje.

¿Y no había de serlo quien pensaba así?

“La vida que corre sobre las ligeras alas del tiempo”.

Cierta noche, en la soledad de la plaza iluminada, se oyó este diálogo entre un desconocido y la estatua cervantina.

—Señor de las Españas —dijo el hombre— bien haya el designio que os trajo a estos montes de altura y desventura. Aquí donde la raza humana es como más noble y más sufrida, porque doblado brota su esfuerzo y corto en recompensas transcurre su existir. Defendí siempre la verdad. ¿Cuál es la causa de mi mal pasar?

Y respondió la estatua:

—"La lengua, que en ella consisten los mayores daños de la humana vida".

Tornó el hombre a preguntar:

—¿Quiénes son mis enemigos, de quien me cuidaré mejor?

—"De la envidia, enemiga mortal de la sosegada vida".

—Entendido —dijo el visitante— procuraré apagar las luces de mi marcha. ¿Pero creéis que un tiempo duro y desordenado como el actual, puede admitir a caballeros del bien y del ideal?

—"Donde quiera que está la virtud en eminente grado, es perseguida".

—Entonces me aconsejáis retiro y vida quieta...

—"Tiempos hay de acometer y tiempos de retirar".

Insistió el desesperanzado:

—Fingir, engañar... ¿No me habrían conducido a mejor término? He cavilado tan largamente entre las ventajas de la mentira y los riesgos de la verdad.

Y replicó la estatua:

—"Hay verdades tan lindas y tan donosas que no puede haber mentiras que se le igualen".

—Tan desengañado vivo de amigos y de gentes, que ni estudios ni diálogos abren puerta al sosiego. ¿Qué me aconsejáis?.

—"La música compone los ánimos descompuestos y alivia los trabajos que nacen del espíritu".

Y preguntó el hombre:

—¿Por qué el rico pícaro puede más que el pobre honesto, y casi siempre se encumbra y se adula al tonto acaudalado?

Y dijo la estatua:

—" Las necesidades del rico por sentencias pasan en el mundo".

—A pesar de mis desencantos, quiero comunicar con los demás. Si hablar perjudica y sostener la verdad daña; ¿cómo daré salida a la interior inquietud que me devora?

—"La pluma es lengua del alma".

—Bien dicho —repuso el desconocido—. ¿Pero es que ella me permitirá conocer bien a los demás, sorprender sus secretos, y captar la esencia vivaz de cada persona que frecuente?

—"No sabe nadie el alma de nadie" —repuso el señor de bronce.

Y el otro, pertinaz, no podía disimular su ambición recóndita, su deseo de actuar y manejar hombres y cosas.

—¿Pensáis que hemos venido al mundo para enmendarle o para vivirle? Yo quisiera entenderle su complejidad para ordenarle en mejoría.

Y la estatua, gravemente, contestó:

—" Todo este mundo es máquinas y trazas, contrarias unas de otras".

—Creo que fui valeroso y esforzado. Me faltó la dureza para vencer.

—"Nunca dijo bien la crueldad con la valentía".

Amoscóse el visitante:

—Vos no nos daréis dólares ni rublos, escudos de oro, ínsulas maravillosas, equipos técnicos ni portentos de la época; nada de cuanto anhelan los Sanchos modernos y voraces, porque tenéis la bolsa flaca y las manos desasidas de tesoros y regalos.

Luego, como pesaroso, agregó:

—Si pudierais señalar dos evidencias para restituir confianza y alegría a mi corazón...

Y la estatua replicó:

—"La libertad, la cosa más amada. El sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos".

Antes de alejarse preguntó aun el hombre:

—¿De quien me cuidaré más, ahora y en el futuro?

Y escuchó la respuesta final:

—" Del circunspecto ignorante que juzga de lo que no sabe y aborrece lo que no entiende".

Fuése el preguntón y de la estatua brotaban todavía sentencias que se perdían en el silencio de la noche. Una —entre todas— era digna de grabarse en los relámpagos:

"Para mí sólo nació Don Quijote, y yo para él: él supo obrar, y yo escribir; solos los dos somos para en uno".

Y volvieron silencio y soledad a la plaza donde alza su silueta el Caballero de las Españas, aquel que en dos oportunidades se aproximó al Alto Perú, es decir a las altas comarcas de los bolivianos: una cuando solicitó al Rey de España que le diera el cargo de Corregidor de Nuestra Señora de La Paz, petición que fue negada; y otra en aquel sentido pasaje revelador de su gratitud al escudero inmortal:

"Si tuviera que pagar, oh Sancho, lo que a tí se debe, no bastarían las minas del Potosí".

Habrán monumentos más insignes, estatuas de pompa y relieve mayores, pero ninguna como ésta adecuada al tránsito del hombre y su destino: aquí están el varón más noble, el ingenio más fino, la enseñanza entrañable de vida y pensamiento al servicio de la humanidad intemporal.

Pasarán mil años, dos mil, acaso más... Cervantes seguirá siendo maestro de vario vivir, varón cabal, alma inmensa, insondable si las hay. Asombro de pensadores y prosistas. Poeta prodigioso de la primera línea hasta la última. Gran confesor del corazón, mago de la voluntad. Hermano mayor en la duda y en los quebrantos. Ingeniero de las ideas, músico del idioma. Un portento.

En este pequeño parque boliviano, recinto armonioso al pie del Illimani, dictareis cada día cátedra de dignidad, de inteligencia, de belleza.

¡Oh señor don Miguel de Cervantes Saavedra, padre de Don Quijote, amigo de los hombres!

AZORIN

¿Por qué no llamó el Nóbel a la puerta de Azorín?

Nadie lo aventajó en decoro del pensar, en finura de expresión, en sutilezas y primores del arte literario. Cerca de un centenar de volúmenes, miles de artículos desperdigados en diarios y revistas, atestiguan su tarea dilatada y múltiple. Ensayó todos los géneros y al cabo creó uno solamente suyo: el boceto azoriniano de líneas rápidas y simples, de admirable concisión, de forma exquisita y bella, homeopático de continente y contenido, que trasunta la técnica refinada del observador ascético y tenaz, consagrado a transmitir con dignidad sus meditaciones.

Llegó a la cumbre en su patria y en el mundo de habla hispánica. Fue traducido a muchos idiomas. Considerado como sagaz pensador e inimitable estilista. A la mitad de su existencia era tenido ya por un clásico, un maestro del idioma, el escritor de mayor proyección emotiva. Su literatura culta llegaba sin embargo al gran público. Conoció premios, honores, el delirio de las ediciones de lujo y las obras completas, acumuló amistades, envidias, emulaciones. Fue enaltecido, negado y discutido como pocos hombres de letras. En fin: la fama. En el ocaso de su vida —terrible drama sobrevivir a su tiempo, a sus contemporáneos— Azorín es siempre Azorín. Aun se buscan sus libros en España y en América. Se analiza y reinterpreta su obra, inactual para el lector moderno, pero siempre viva, intemporal para el buen entendedor del menester intelectual.

Antes de la Segunda Guerra mundial, era conceptuado el hombre de letras por excelencia. Se compusieron libros en torno a su vida y a su obra. Un filólogo alemán dedicó un grueso volumen al estudio de la estilística azoriniana.

—¿Azorín? —llegó a decir un crítico eminente— Es el renovador alado de la lengua castellana. Su estilo de ritmo sincopado cierra el barroco castelariano e instaura la tensión brusca, nerviosa, comprimida del habla moderna. Es la nueva instrumentación idiomática que corresponde a la dinámica del Vivir actual.

Su influencia en la primera mitad del siglo fue tan vasta, que se leía en los colegios como típico modelo de buena literatura, y pocos eran los escritores que escapaban al encanto de su prosa estricta y poética a la vez.

Su idealismo corre como vena escondida debajo de la fina ironía, del pensar melancólico, del sentimiento desencantado por la fugacidad del mundo y de sus seres.

Tan castellano, tan español, no le interesó proyectarse al plano universal porque su tarea miraba para adentro. Son las gentes ibéricas, su pasado grandioso, sus pueblos y costumbres, su mensaje y su matiz los que ganan su adhesión. Así el dolorido hidalgo cantor de la proeza y la desventura de su patria, preferirá ser Gran Maestro de españolidad que dictador de modas literarias universales.

¿Pero es que el lector o el crítico desaprensivos no vieron, todavía, la profunda raíz de humanidad, de universalidad que arraiga los tipos, figuras, paisajes y pensares de Azorín?

Es posible que al gran alicantino sólo le inciten morada, poblador y transcurrir hispánicos; pero son tales su saber, la carga eléctrica de su despierta sensibilidad, su profundo conocimiento de hombres y países, que a corto análisis de sus libros brota surgente el espíritu universal del auténtico humanista. Aunque tema y geografía lo escondan, Azorín es un pensador sin fronteras:

pertenece al mundo, a los lectores de cualquiera latitud, aunque el mensaje apariencial de sus escritos provenga de lo entrañable hispánico, elevado a dignidad de creación literaria.

Autor de cien libros, sin la "opus magna" que corone su inmensa tarea. Ninguno vale más que todos. Cualquiera equivale a los otros, aunque exista una gradación de valores para calificar cada obra. Es el drama del escritor cultísimo y depurado de nuestro tiempo: piensa y concibe con lucidez, expresa y redondea con ceñido estilo. Es la técnica de lo perfecto. Pero esa perfección cotidiana que enaltece al artesano de su oficio, corta el vuelo del gran creador: de tanto esmerarse en la importancia de todo y en la finura de los detalles, el escritor se disuelve en centenares de libros, en millares de capítulos, que todos juntos hacen una cordillera de cimas semejantes, sin que sobresalga la cumbre remontada de una sola y soberbia creación.

Azorín, autor de numerosos, bellos y dignísimos libros, no dejará el grande libro que lo immortalice. Su genialidad de pensador y de literato hay que buscarla en la pluralidad de sus ideas y sus obras.

El maestro cumple 90 años. Ya no recibe, casi no sale, oye poco. El rostro arrogante, de luna llena de los 45, se ha convertido en la imagen magra, entristecida del meditador crepuscular. Pero lee y escribe siempre aunque publique poco.

A mitad de camino entre el filósofo y el poeta, pensador y estilista, crítico, descriptor inimitable, Azorín es uno de los más nobles talentos creadores del siglo. Creador, sí: el que todo lo remira, lo remuda, y lo recrea al verterlo a los demás. A nadie correspondería el Nóbel de Literatura mejor que al fino Azorín, porque nadie enseñó con mayor destreza el arte de idealizar la vida y afinar las almas. Su idealismo, todo él interior, aunque tocado por un leve soplo escéptico, es una lección constante de afirmación, de indagaciones constructivas. Porque Azorín recuerda para reconstruir, analiza para llegar al zumo de los hechos, describe, inventa, reflexiona buscando siempre la arista noble y bella de las cosas.

No genial por un libro, sino fecundo, sugestivo, manando agua de vida y de hermosura en ciento, el alicantino es un torrente de sabiduría. Saber leerlo, poder gustarlo ¿Quién no le agradecerá las muchas horas de regocijo y admiración que su lectura suscitó?

¡Sabe tantas cosas, esculpe y musicaliza el idioma, hiere las zonas más recónditas de la sensibilidad!

Es un encantador.

Sin embargo, en España, la consagración le llegó rodeada de incomprensiones. Unamuno no lo entendió o se desentendió de Azorín. Baroja lo vió menguado de su valer real. Valle-Inclán soslayaba su figura. Ortega, que le dedicó varios capítulos, se apoyaba en aquel falso enfoque de "primores de lo vulgar". ¿Envidia, incomprensión, piroeta verbal? La frase corrió. Y hay tontos o malos que imaginan la enorme arquitectura azoriniana sólo como una pequeña y prolongada intimidad. Mentira.

Desde los tres primeros libros señeros —primeros en fama que otros hubo menores y circunstanciales— "Antonio Azorín", "La Voluntad", y "Confesiones de un Pequeño Filósofo", el insigne español muestra la garra halcónida del meditador sagaz. Viene de la estirpe de Vives, de Quevedo, de Gracián, de Cervantes, humanistas, moralistas, poetas del sentir y el expresar; y si no los aventaja en profundidad, los distancia en la síntesis contorneante y en la levedad del giro estilístico. Se leen los clásicos, siempre, con provecho y deliquio. Pero Azorín, más alado —clásico él mismo— retorna cada vez que la prosa del vivir y la estupidez de las literaturas agobian el espíritu. El sutil divagador de esta trilogía reflexiva, abre la puerta a la novela confesional, monólogo más que diálogo. Y en estructura y en sentido el relato fluye fuerte, sano, joven, vivaz para expresar viejas verdades en forma nueva. No es verdad —como alguien apuntó— que estas primeras obras de Azorín constituyen, como el Quijote, un espejo de la decadencia hispana. Ni el realismo esencial ni el melancólico escepticismo de sus páginas lo justifican; antes bien: son el espejo de la espiritualidad española. En ellas transcurre, bajo el ropaje del hombre ibérico y su morada y su drama cotidiano, el hombre eterno que renueva la trágica interrogación al contorno, a

las gentes, al destino. Hay más filosofía y sabiduría instintiva de la existencia en estos tres libros iniciales de Azorín, que en muchos textos sistematizados de la cultura contemporánea.

¿Qué decir de su constante e inmensa revaloración de los clásicos? El los bajó de altares y castillos, los hizo familiares, les desentrañó el mensaje, los entregó accesibles después de una morosa y amorosa indagación. Tantos libros, tantísimos ensayos como "La Ruta de Don Quijote", "Los Dos Luises", "Clásicos Redivivos y Futuros", "Con Cervantes", "El Oasis de los Clásicos", los análisis penetrantes de Lope y su tiempo y cuántos otros estudios lo acreditan como el más buído introductor del tiempo actual a la España eterna. Leer, comprender, reactualizar a un clásico; parece tan sencillo y es tan complicado. Se requiere la técnica azoriniana —una larga paciencia en una sutil pesquisa, aquí ocultar una línea, allí relevar un detalle— para devolver al lector de hoy la nuez del pensar pretérito, tan recargado de hojarasca para la impaciencia moderna.

Su teatro —más para leído que representado, piensan algunos— linda en el toque superrealista. "Brandy, mucho brandy", "Old Spain", "La Comedia del Arte", "Lo Invisible" y esa finísima creación "Cervantes o la Casa Encantada" son prosa escenificada, coloquios de movimiento, verdaderas obras teatrales, piezas de técnica impecable según sea el ángulo de observación de los críticos. No es lo más débil, pero tampoco lo más alto de la producción azoriniana. Faltan el fondo del paisaje, el soliloquio del pensador, la música del idioma que debió, necesariamente, disolverse en el manantial del habla escénica.

¿El mejor Azorín? Sin duda el pesquisador de la España entrañable, el resurrector del pasado, el indagador del presente. En "Castilla", "Madrid", "Los Pueblos", "España", "Valencia", "El Libro de Levante" late el gran escritor de raza. Genial para describir, mago en el evocar, sutilísimo para la meditación marginal, insuperado en el rigor del concepto y en el vuelo de las imágenes. Aquí, en lo suyo, osatura, nervio, sangre y aliento de su España, alienta el Azorín más inspirado, el de técnica más ajustada. Describe y descubre, narra y enseña, cataloga, inventa, depura, musicaliza. Un boceto azoriniano si cala en tema o personaje hispánicos, cala en lo hondo. Da en perfiles ardientes su verdad. Es tan castizo de esencia y de apariencia como el sosegado Cervantes y el tumultuoso Unamuno.

Habrán quienes se otorguen títulos mayores, pero en la indagación de lo hispánico, en la exaltación de sus valores eternos, en el ordenamiento característico de sus paisajes, tipos y costumbres, en el juego contrastante de luces y de sombras del ámbito nacional, nadie lo aventaja.

Azorín y España. ¿No es el intérprete más fidedigno, más exigente, que tuvieron la proeza y la península sin par? Esas evocaciones transparentes, entrañables, razón y sin razón del genio ibérico, reavivan y como dan nuevos colores, líneas más nítidas al cuadro general del gran acontecer hispano.

Vienen, luego, sus novelas. ¿Pero son novelas estos relatos que lindan con las memorias, el andante subjetivo, la reminiscencia lírica, la narración abocetada, y el toque expresionista? "Don Juan", "Félix Vargas", "Doña Inés", "Pueblo", "El Enfermo", "María Fontán", "Salvadora de Olbena" problema para psicólogos y críticos: plan, estructura, modos de composición, desarrollo del tema, fijación y reacciones de los personajes, todo se desenvuelve de acuerdo a una intención personalísima que se aparta deliberadamente de los cánones. La atmósfera novelística en Azorín, es una pura creación a la manera impresionista: más golpes de luz que dibujo lineal. Son relatos cultos, descripciones poéticas, estados de ánimo, —siempre al fondo la delicia de paisajes quietos— pero en cierto modo como acontece en las novelas de Unamuno, en ellos la manera cómo se cuenta supera tal vez a lo contado.

Azorín, novelista, novela y se novela.

Tampoco el hombre dejó de cumplir lo suyo en el plano ciudadano. Azorín fue un discreto diputado. Se ocupó anchamente de política y políticos. Anduvo por todos los vericuetos de la problemática hispana. Siempre con dignidad, con desinterés, limpia la mente y sana la intención. Bajó a la plaza pública, atacó, fue atacado. Polemizó. Si las primeras obrillas de juventud como el famoso "Charivari" fueron de sátira maligna, en libros posteriores asentará el juicio y su crítica social; aunque no tenga la mordacidad de Larra, produce estampas indelebles en obras como "El

Político", "Parlamentarismo Español", "Una Hora de España" (evocación de las postrimerías del siglo XVI).

No es, ciertamente, un cuentista, pero "Blanco en Azul", "Cuentos" y "Sintiendo España" le consagran buen narrador de relatos cortos. Siempre con técnica y estilo particularísimos: tal vez arcaizante, tal vez novísimo el modo de conducir, cortar, reanudar y descomponer la narración.

Su experiencia, su sapiencia de hombre del oficio las pinta magistralmente en "El Escritor", en "El Artista y el Estilo", en "Los Valores Literarios" y en pasajes de sus "Memorias"

Siguen, después, esos libros singulares, casi inclasificables donde el agudo observador, el crítico de costumbres siguen alternando con el lírico y el ente de imaginación: "Españoles en París", "La Isla sin Aurora", "Memorias Inmemoriales", "Contingencia de América", "París", "El Cine y el Momento", "El Pasado" ...

¿Para qué enumerar los libros de Azorín? Todos ellos figuran en los nueve primorosos tomos de Aguilar, que todo hispanista y todo lector culto releen, siempre, con provecho y placer.

¿Por qué unos quisieron minimizar al escritor y otros amenguar al artista? Producción tan vasta y rica, fama tan extendida, tenían que ofender a los émulos y a los aspirantes. Árbol de mucha sombra ha de temer a la envidia.

En miles de páginas Azorín ha redondeado una figura grande, sólida, inabarcable casi a la síntesis fugaz: la del verdadero hombre de pensamiento, el que transmuta en ideas, en intuiciones, en imágenes su conocimiento del mundo, del sentido de la existencia, del dolor, la belleza y la infinita pluralidad del drama humano.

¿Qué escogeríamos del orbe azoriniano?

Acaso algunos capítulos de la trilogía lírico-filosófica "Antonio Azorin-La Voluntad-Confesiones de un Pequeño Filósofo". Páginas sabrosísimas acerca del mundo cervantino. Fragmentos de las novelas. Las creaciones magistrales de pueblos y tipos de España. Escenas de su teatro. Sus pequeños y exquisitos tratados sobre los Clásicos. Críticas y ensayos de varia imaginación. Y estos cuatro bocetos donde el arte azoriniano alcanza plena madurez de contenido dentro del más fino y elegante continente: "Primavera, melancolía"; "En la Noche Estrellada"; "Inmensidad, Eternidad"; y ese extraño y conmovedor "Adiós al Poema", donde hablando de la curiosa relación que podría existir entre el duro altiplano de Bolivia y la articulada música de Bach, el soñador alcanza la difícil plenitud de un pensar sabio y armonioso.

Río escondido en estos años de vértigo y turbión, la prosa de Azorín reaparecerá muchas veces en el tiempo. Las generaciones futuras volverán a descubrirla, mañana y siempre, porque hay más profundidad, intimidad, y esencias fidedignas en la huerta del alicantino —vasta, tendida al horizonte— que en muchos jardines de artificio oreados por el viento de famas pasajeras.

—¿Azorín inactual, pasado ya? Triste ignorancia. Ni el gran razonador ni el hondo que discurre pasan: suspenden, momentánea, su influencia. Como se vuelve, renovadamente, a los sagaces tratados de Montaigne, se regresará en porfiada sucesión de acicates al fino Azorín, que ambos fueron maestros de almas, sutiles artesanos de bien decir.

Las verdades del teólogo, del filósofo, del artista, del joven, del anciano, los encantos de la mujer, los deliquios de la naturaleza, y también las desazones, sorpresas, desencantos de la vida; todo eso y mucho más está en los libros felices de Azorin, ingenio múltiple y versátil, que todo lo vió, midió y transcribió con prosa cristalina.

El estilista, con ser estupendo, forma sólo parte de su personalidad de creador. Yo prefiero el hombre noble, el ingenio sutil, el hondo "sentidor", el vivaz intuidor del misterio cósmico y del enigma humano. El artista entrañable que brota del corazón hacia la vastedad del mundo.

Todo eso que se concretiza, para la literatura, en seis letras aladas y cordiales: Azorin.

CUATRO SIGLOS DE POLÉMICA

Don Ramón Menéndez Pidal, notable historiador, filólogo y crítico de insospechable probidad, ha dado cima a una obra monumental: "EL PADRE LAS CASAS: SU DOBLE PERSONALIDAD", que Espasa-Calpe de Madrid lanza en bella edición ilustrada con más de cuatrocientas páginas de texto.

El libro será un acontecimiento intelectual por ocuparse de personaje tan célebre, tan discutido, y por provenir de un fino ingenio y austero investigador. Reactualizará, además, la polémica que ya dura cuatro siglos sobre la acción de España en América. Pondrá aristas de fuego al tema del indio y su destino, siempre malcomprendido. Abrirá nuevos horizontes a la crítica histórica del "lascasismo", que sigue apasionando por dos vertientes a los estudiosos de la Conquista y del Coloniaje: la radiosa y la oscura, según se trate de apologistas o detractores del gran dominico. Será, sin duda, morosamente leído y exaltadamente discutido porque un soplo de controversia recorre toda la estructura de sus capítulos.

Es admirable que el insigne escritor, a los 94 años de su edad, sin cejar un punto en la lucidez del juicio ni en la fineza del bien decir, haya levantado esta inmensa fábrica de erudición. Repensar la vida y la obra del Padre Las Casas, a la luz crítica y documental, frente al torrente papelístico que derraman los archivos y la bibliografía de España y de América, habría hecho retroceder a otro investigador. Pero en su espléndida agerasia, Menéndez Pidal ha realizado la tarea titánica. Hay que aplaudir el esfuerzo, la nobleza del propósito reivindicatorio de la proeza hispana, todo cuanto de esclarecedor tiene el libro, la agudeza del análisis, el diestro manejo de documentos y correspondencias de la época, ese sereno y objetivo discurrir de una mente ejercitada en las más altas disciplinas del pensar crítico e histórico.

Don Ramón sigue siendo maestro consumado en la investigación científica; un pensador que se mueve con libertad y majestad ante ideas, hechos, personas y documentos. De aquí el apasionante interés, el deleite que produce su obra.

Este libro sobre Las Casas constituye una joya de la historiografía hispana. Merecerá los elogios y los reparos que toda grande obra suscita, en relación a la alteza de miras que persigue y al caudal de pasiones que desata.

Para situar —y juzgar, luego— EL PADRE LAS CASAS de Menéndez Pidal, hay que partir de una premisa: existen dos escuelas históricas y críticas, desde hace cuatro siglos, para enfocar la vida y la obra del obispo de Chiapas. Una la española o peninsular, siempre desafecta al fraile estupendo; otra la americana o continental, acaso apologética en exceso, que admite cortos reparos a su memoria.

Naturalmente Menéndez Pidal pertenece a la primera. Su "PADRE LAS CASAS" está contemplado desde el ángulo hispano, con pupila y sentimiento —¿y por qué no resentimiento?— hispanos también.

Pasado el deslumbramiento de la primera lectura, si se desmonta con paciente análisis la ingeniosa estructura crítica de la obra, sufre el lector fuertes impactos que disimuló el entusiasmo de una apreciación general.

Dice don Ramón al dedicarnos su libro: "esta revisión inspirada en móviles críticos únicamente". Y lo cierra con estas sugestivas palabras: "He cumplido un ingrato deber exigido por la crítica histórica". Allá por la página XIII de los "Preliminares", previene: "Espero no se me juzgue como antilascasista sino como criticista".

Esta triple toma de posición tras el escudo protector de la objetividad crítica, no alcanza a esconder los trasfondos psicológicos y emotivos del libro; no son, en verdad, el investigador

imparcial ni el historiador ecuánime los que asoman por sus páginas, sino el combatiente fogoso, el partidario tenaz, el español herido y enconado.

Esta obra es —ironía del destino— "lascasiana" de la cabeza a los pies. Dura, agresiva, inflexible, tan poseída por su verdad y su actitud reparadora, que pierde el horizonte histórico por asentar su particular perímetro ofensivo.

Justicia pide justicia. Es doloroso pero necesario contradecir al fogoso historiador.

Quien haya leído algo de lo mucho que se ha dicho del P. Las Casas, de su tiempo, y de la obra de España en América, podrá orientarse buscando equilibrio entre las dos tesis que lo presentan, una como loco y odiador, otra convertido en Padre de la Americanidad. Entre puntos tan extremos discurre la verdad histórica.

No anda errado Lewis Hanke, preclaro hispanista, cuando sostiene que Fray Bartolomé de Las Casas "fue un personaje tan renombrado y discutido en el siglo XVI, como Churchill en nuestro tiempo". Y en otro estudio lo conceptúa "antropólogo notable", porque no supuso que los indios pudieran ser medidos con medidas españolas, sino que había que comprenderlos dentro del marco de su propia cultura.

Grande humanista fue el fraile insigne que consideraba a todos los pueblos, griegos, romanos, españoles del siglo XVI o indios americanos, como seres humanos en distintas etapas de desenvolvimiento.

Cuán honesto habría sido que su docto biógrafo valorizara los esfuerzos del P. Las Casas para colonizar Venezuela por medios pacíficos, intento en el que por desgracia fracasó. Que hablara de su controversia con Ginés de Sepúlveda, en la cual éste sostenía que los indios "son esclavos naturales", mereciendo las arremetidas de Fray Bartolomé que defendía a los indios comparándolos con pueblos de la antigüedad y declarándolos "seres eminentemente racionales". O que reconociera que la "Apologética Historia" del batallador dominico es una mezcla extraordinaria de realidad y fantasía, donde el P. Las Casas defiende tesoneramente a las mujeres indias "devotas trabajadoras, a quienes podrían imitar muchas matronas españolas".

Claro que Menéndez Pidal no comparte estos juicios. Piensa y cree demostrar que Las Casas no tuvo influencia en su tiempo, en la Corte ni en los consejos de juristas y de teólogos, habiéndose limitado al aprovechamiento de ideas e iniciativas ajenas y fracasando en todas sus empresas.

En el prólogo —página XIV— el historiador fija ya, previa, inexorable su apreciación crítica: "Ni era santo, ni era impostor, ni malévolo, ni loco; era sencillamente un paranoico". Y añade: "para exculpar la total falta de caridad (!), la falsedad monstruosa y contumaz, hay que recurrir a la única explicación posible, la enfermedad mental".

¿Regreso al "lombrosismo", explicando el genio por la patología?

Tan injusto, tan cerrado a todo principio de equidad se presenta el crítico desde el capítulo inicial, que induce al lector a indagar el por qué de tamaña prevención.

Menéndez Pidal no mide la grandeza de la monumental "Historia de las Indias"; la tarea apostolar, sacrificada de toda una vida de percances; los trágicos descalabros del idealista; las desventuras del luchador y del rebelde. Ni reconoce que el gran dominico influyó en su tiempo, afrontó el poder real, la majestad de teólogos y de juristas, la potente maquinaria del Imperio, defendiendo denodadamente a los indios. Naturalmente que no fue el único: el P. Vitoria, Motolinía y otros pocos merecen reconocimiento universal, pero el P. Las Casas los supera en estatura humana.

Baste recordar que en los famosos choques ante la Junta de Valladolid con Sepúlveda, que denostaba a los indios, el obispo de Chiapas los defendió con denuedo y habilidad singulares, demostrando que eran "hombres verdaderos, capaces de convertirse en cristianos". Expuso sus

talentos y habilidades, proclamó su cultura digna de respeto. Describió sus sistemas agrarios y de regadío, sus industrias y artesanías, la habilidad con que aprendían los oficios del Viejo Mundo, la inteligencia de sus pintores, plateros, artesanos en cuero, su destreza para fabricar instrumentos musicales y construir obras de carpintería, su hermosa escritura a mano. Relievó su organización militar. Sus trabajos en minería. Su espíritu religioso. La importancia que daban a la educación popular, encaminando a sus hijos "por sendas de castidad, honradez, fortaleza, obediencia, sobriedad".

Para una ecuánime valoración de lo favorable y lo desfavorable en el quehacer lascasiano, hay que pesar el celo y el fervor que pone el dominico en su litigio con Sepúlveda al cual responde con sapiencia y con énfasis, refiriéndose a la moral indígena que compara con la sabiduría antigua: "No dejaron Platón, Sócrates, Pitágoras ni aun Aristóteles exhortaciones mejores, ni más naturales, ni más necesarias para la vida virtuosa, que las que estos bárbaros enseñan a sus hijos".

Y aquel juicio memorable que la historia ha recogido, cuando sintetizando la fatigante controversia y el erudito alegato en favor de los indios, termina desafiante el fraile iluminado: "Son, pues, plenamente capaces de gobernarse por sí mismos y de vivir como hombres de buena inteligencia y más que otros, bien ordenados, sensibles, prudentes y racionales".

El origen de las cóleras mal guardadas de don Ramón, es un pequeño folleto "DESTRUCCIÓN DE LAS INDIAS", donde el P. Las Casas denuncia las iniquidades de los conquistadores en el Nuevo Mundo. Ciertamente que la crítica histórica ha demostrado ya que no fueron tantas ni tan crueles. Hubo parcialidad, exageración, y hasta sí se quiere encono en el obispo de Chiapas para juzgar a sus compatriotas.

¿Pero qué idealista, qué luchador, qué hombre de acción no fue víctima de su sueño y de su empeño? ¿Qué reformador no cayó en parcialidad, injusticia, y desmesura, envuelto en el fuego de su arrebatado realizador? ¿Qué grande hombre no ha sido, a un tiempo, noble y desaforado?

Admitamos que Las Casas extremó sus rigores contra los españoles. En su época la grandeza del propósito, —redimir a los indios, humanizar la conquista— el poderío de la Corona, la máquina lenta de la religión y de las leyes, la fuerza incontrastable, la soberbia de conquistadores y encomenderos, imponían si no justificaban la actitud desorbitada, el tono airado, la pertinacia crítica sin freno. Armas de la época impuestas por la desproporción incolmable entre el poder jurídico y su atrevido reformador.

Las Casas fue injusto con España. Este no es argumento para que Menéndez Pidal sea injusto con Las Casas.

El gran dominico dejó la cáscara de origen en la península. Es, ahora, y desde hace cuatro siglos, americano de adopción, de corazón, de estilo y de pelea. Nuestro le hicimos, desde el siglo XVI, y le defenderemos como él nos defendió: con pasión, con braveza, guardando siempre respetos al ilustre investigador que creyendo amenguarle ha levantado nuevo plinto a su fama. Porque la crítica, cuando carga las tintas negras, la reiteración en el ataque y en los puntos negativos, olvidando u oscureciendo los factores favorables, lejos de hacer daño, eleva. La exageración en el ataque exaspera el buen sentido del lector. Quien piense destruir, medite primero si no es mejor compañera la medida que el encono para probanza de una causa.

No es, éste, un libro rigurosamente histórico que se basa en el equilibrio de los materiales investigados, en el razonar lógico y tranquilo, en la fría confrontación de pareceres y afectos contrarios. Es más bien una obra apasionada, un alegato político, de crítica parcial, de polémica vivaz, que persigue dos objetivos no por callados menos evidentes: la descalificación integral del Padre Las Casas; y la rehabilitación hispana respecto al trato que dieron Conquista y Colonia a los nativos.

El primero no honra, ciertamente, al autor. El segundo lo enaltece.

¡Cuánta razón asiste a Lewis Hanke cuando expresa: "La batalla reñida por Las Casas y otros españoles de su opinión, para que se reconociera la humanidad de los indios y se

comprendiera su cultura, aun está lejos de haber sido ganada"!

Dice Lope de Vega en la primera parte de "EL PRÍNCIPE PERFECTO", donosa comedia dramática, refiriéndose a don Lope de Sosa, mal amador, a quien juzga por boca de doña Leonor, la abandonada:

*"Falso en el alma, en el trato,
en las obras y en la fe".*

Aunque parezca increíble, esta es la opinión que Menéndez Pidal tiene del P. Las Casas. Baste ver una cribada selección de los epítetos que le aplica a lo largo de su furibundo estudio. Le califica de: "violento, melifluo, alabancioso, falso, impostor, infamador, paranoico, egotista, exorbitante engreído, soberbio, enfermo mental, furibundo odiador, anticristiano, obstinado profesional de la acusación, maniaco-protagonista, utopista, fantaseador, enormizador, hispanóforo, injusto, difamador, descarriado, vanidoso, descaminado, megalómano, fatuo, defectuoso patológico, enconado, sañudo, difamador monstruoso, iracundo, inhumano, propagandista de ideas ineficaces, etc."

¿Historia o libelo? ¿Puede ser juez —el historiador siempre lo es, en cierto modo— quien padece tan ardida antipatía por el sujeto estudiado? ¿Y no cae, el biógrafo, en algunas de las pasiones y errores que analiza en su biografiado, cuando se deja arrastrar por los arrebatos de santa cólera contra el que, a su juicio, difamó a España?

Acaso sea, ésta, la clave del libro: el patriotismo paraliza en Menéndez Pidal al investigador severo, al juez imparcial. Ya estaba Las Casas mil veces condenado por su pluma desde la página primera de esta obra demoledora. Demoledora para el autor, naturalmente.

No faltarán historiadores y doctos estudiosos, especializados en la materia, que desmonten y rectifiquen las exageraciones de don Ramón, si bien es justo reconocer que en buena parte de su libro tiene razón en señalar los excesos y defectos del obispo de Chiapas.

No hay historia posible sin visión serena, sin juicio imparcial.

¿Por qué la balanza menéndez-pidaliana pesa únicamente lo adverso, ignorando lo favorable o atenuante? No pasan de 8 a 10 las páginas en que muy a su pesar reconoce un mínimo escaso de rectitud y de abnegación al P. Las Casas. Las 390 restantes constituyen una máquina de guerra con un solo objetivo: apocar y destruir la figura del gran dominico.

Pudo, don Ramón, recordar que la Declaración de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas y el Concilio Ecuménico de 1962 coinciden en sostener que "todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos, dotados de razón y conciencia, y que deben obrar unos hacia otros con espíritu fraternal". O sea, en otras palabras, la misma doctrina de amor y solidaridad que el P. Las Casas, gran humanista, precursor del derecho internacional moderno, sostenía 400 años atrás, al defender a los indios americanos.

Pero el historiador español no ve, junto a los errores, las muchas virtudes y cualidades de su biografiado. Obsedido por el complejo de la "iniquidad lascasiana" contra España, el estudioso deja la vara del investigador para ceñir la cota del guerrero. Así el siglo XVI y el siglo XX se tocan. Dos españoles, igualmente geniales, fieros, altaneros, impetuosos, intransigentes, se atacan desde sus respectivas torres de meditación y de pelea. Porque si Menéndez Pidal acomete sin piedad al P. Las Casas, ¡vaya si éste no le quitó sueño, reposo, dominio emotivo y serenidad intelectual!

Esto es lo notable del libro: el juzgador transmigra a la órbita y estilo del juzgado. Don Ramón... Don Bartolomé... quijotes de la acción, del meditar. Si fue imposible redimir al indio americano en los albores del Coloniaje, tamo poco será posible hacer un fantasma de la figura y la obra del P. Las Casas, cada día más vivas, vigorosas, actuantes en España y en América.

Un estudio histórico, una crítica ecuánime, un ensayo biográfico, una investigación científica rigurosa lo menos que piden es probanza de equidad: demostrar lo bueno y lo malo, administrar sabiamente penumbras y claridades, contrapesar lo censurable y lo plausible, a mitad

de camino entre rigor y tolerancia, porque no hay vida u obra humanas todas de sola sombra o de solo puro luminar.

Menéndez Pidal plantea la doble personalidad del fraile insigne: una normal, anormal la otra. ¿Por qué se ocupa sólo de la segunda? Al hacerlo así retrato y crítica resultan parciales, incompletos, defectuosos.

Si se consultó los archivos españoles debió hacerse lo mismo con los de América. Si se oye a los adversarios de Las Casas, debe escucharse también a sus panegiristas. Si se agotaron la bibliografía y los documentos contrarios al dominico, debieron mencionarse asimismo la abundantísima bibliografía y los testimonios de contemporáneos que le son favorables. Sólo así, en equidistancia de lo que amengua y lo que enaltece, se puede hablar de historia y crítica imparciales.

Contra el arsenal menéndez-pidaliano de documentos, citas probatorias, cartas y juicios de contemporáneos del P. Las Casas, habría que oponer —y se trata sólo de uno entre muchos— el torrente de testimonios a favor que exhibe en sus libros Lewis Hanke. No es prenda de ecuanimidad basarse únicamente en los escritos de Sepúlveda, Motolinía, Betanzos y otros adversarios del P. Las Casas que con él tuvieron reyerta airada y disputas de opinión. Para deducir lo que realmente fue el gran dominico —enérgica y discutida personalidad— habría que sopesar ataques y laúdes en equitativa magnitud.

A media lectura de la obra el lector se pregunta atónito: ¿es un anciano historiador o un guerrero impetuoso de 25 años el autor de este libro?

Menéndez Pidal arremete con el ardor comprometido del combatiente medioeval: a sangre y fuego, con furia vengadora, para borrar al P. Las Casas y al malhadado "lascasismo" de la historia de España y del acontecer americano, como se extirpa un tumor maligno que daña el organismo histórico.

Noble el propósito si se lo enfoca desde el ángulo peninsular: la rehabilitación de la Conquista y del Coloniaje cuya validez jurídica y moral negaron algunos teólogos, doctos e ingenios de la propia Iberia. También es justo reconocer que España fue vilipendiada en la "leyenda negra" por hechos abultados y exageraciones de propios y extraños. Pero el patriotismo, por respetable que sea, no puede torcer la aguja magnética de la crítica histórica; y mirando el caso del ángulo americano, parece equívoco, menguado, negar a la vida fatigosa y altruista, la grande y valerosa obra del Las Casas, defensor denodado de los indios americanos, luchador tenaz y temerario, primer humanista beligerante del Coloniaje, asombro de las generaciones por su extraordinaria personalidad y el fuego inapagable de su espíritu.

No se desconoce los defectos del biografiado, ni sus errores y exageraciones. Los grandes hombres y sobre todo los fuertes rebeldes, padecen de cierto desequilibrio intelectual que a veces raya en lo satánico. Savonarola es el ejemplo clásico de estas naturalezas excesivas que no vienen del trasfondo patológico —como piensan algunos— sino de la tensión desmedida del pensar y del hacer, de la malaventura que los desgarran conforme se sumergen en la llama ardiente de su ideal y su pelea.

El P. Las Casas, héroe trágico, mal entendido por Menéndez Pidal, no puede reducirse a figurilla resentida de teatro popular. Su dimensión de idealista, su talla psicológica, exceden el campo crítico y erudito para proyectarse con trazo vigoroso en la historia universal.

Si se admite que las censuras y reparos a Las Casas anormal tienen validez en el campo crítico y documental; ¿dónde están las virtudes y acciones increíbles de Las Casas normal? Historia no es únicamente investigación analítica, probanza por el documento, veredicto cerrado de objetividad. Se ha de agregar sensibilidad para templar el juicio en la imperfección humana, perspectiva de la época, encuadre adecuado del personaje en el marco de su circunstancia, ahondamiento psicológico, mirar sereno y remontado, equilibrio de juicio y sentimiento. Todo eso que, en otros libros, dió a Menéndez Pidal fama de maestro versado en ecuanimidad.

El paralelo con Don Quijote es feliz, pero la visión apreciativa se deforma. No se ha visto la inmensa desventura del gran infortunado, su lucha titánica, el fracaso constante de su vida, la obra silenciada, la obstinada pasión del idealista, duro, tenacísimo, fanático tal vez, mas redimido en su tremenda tarea por la altura del propósito, el absoluto desprendimiento, y la proyección trascendente de su padecer.

Las Casas se aproxima al Quijote más por su profunda calidad humana que por sus geniales utopías.

Dánse casos en que los muertos derrotan a los vivos. Los grandes vencidos de la vida son los fuertes vencedores de la muerte. Así el P. Las Casas, eterno renacido del sepulcro sigue batallando por el indio, contra el gamonal, el encomendero, políticos y pensadores, y esos caciques del imperio y de la letra que siguen desconociendo su obra.

El libro de don Ramón Menéndez Pidal no amengua, antes bien, para un juzgar sereno, doblemente informado de las luces y las sombras que proyecta el gran dominico, peralta, por contraste reactivo, la gloriosa figura del Obispo de Chiapas.

Redondeamos estas apreciaciones con dolido sentimiento. Ni Las Casas merecía ese estudio tendencioso y parcial, ni Menéndez Pidal desaprobado veredicto. Es la intención aviesa del libro la que provoca desacuerdo.

Todo respeto al escritor cumbre de las letras hispanas. Pero al historiador, en ésta su obra sobre el gran dominico, no podemos darle asentimiento. Justicia pide justicia, y si Menéndez Pidal no la tuvo para Las Casas, no podrá pedirla a nosotros, los americanos, que no aceptamos vasallaje crítico por sapiente que fluya la letra ni por docto que corra el parecer.

ALFONSO REYES

No le conocí personalmente pero su mente insigne iluminó mi juventud. Los bolivianos lo tuvimos por maestro de sapiencia y de belleza. Un sereno pensador erasmista que lejos de agitar a los hombres unos contra otros, sólo se ocupó de apaciguarlos y acordarlos en inquietud intelectual.

Hombre de letras en la extensión del vocablo, lo abarcaba todo: historia, crítica, ensayo, poesía, novela, periodismo, filología, mitos de ayer y de hoy. Su mirar perspicuo, ubicuo, alcanzó los más remotos límites de la especulación discursiva. Dominó los clásicos. Entendió a los modernos. Levantó el velo de la teogonía americana. Nada escapó a su inteligencia alerta, a su fina sensibilidad de artista. Como el fotógrafo experto se situaba en el ángulo de enfoque más atrevido para arrojar nueva luz sobre el tema elegido. Tenía un modo tan preciso, tan delicioso para decir las cosas con llaneza y elegancia, que parecía a un tiempo hermano de Cervantes y amigo de Martí.

—Don Alfonso, un consejo: ¿debo escoger la poesía o el ensayo?

Y el mexicano, irónico, respondía:

—Lo que tenga menor peso; lo que le haga sentir un roce de alas...

Encantaba el asunto con su pluma imantada. Y cuentan —los que le oyeron— cuán difícil era desprenderse de su lado después de haber escuchado al maestro. Dicen que una noche, después de la cena, fueron a visitarle amigos y admiradores. Era en los buenos tiempos, cuando aun no estaba enfermo Y gozaba la plenitud de su ingenio. Se habló, se discutió, se hizo de todo: evocación y profecía. Y él guiaba la conversación con tino inigualable, haciendo de maestro y de aprendiz, frenando las tensiones, graduando los matices, al punto que se creía estar en un simposio helénico.

—Aprendí tanto, esa noche, en la casa de Alfonso Reyes —contaba un estudiante mexicano— que nunca absorbí mayor lluvia de saber y de refinamiento expresivo en una sola jornada.

Y dicen que amanecía ya cuando los visitantes se retiraron de la casa del brujo.

Sabía conservar sus amigos y ganar adeptos. Participaba del creador y del erudito. Poeta alado, prosista sagaz. ¿Por dónde no anduvo la flecha de luz de su inquietud proteica? Llevó la cultura occidental en la cabeza y su América en el corazón, conjugando las virtudes del terruño con las osadías del hombre universal. ¡Era tan mexicano y tan cosmopolita!

Fluyen lecciones de claridad en los versos hermosísimos de "Ifigenia Cruel", de "Romances del río de Enero", de "Yerbas de Tarahumara", de "Golfo de México", o en la patética y vibrante "Cantata en la tumba de Federico García Lorca". Y una arquitectura prodigiosa de finas líneas nerviosas —¡qué ática elegancia, qué alacridad de ideas y de imágenes!— ordena la prosa irisada de "Visión de Anáhuac", de "Cuadernos de plata", de "Cartones de Madrid", de "Homilía por la cultura", de "Reloj de Sol", o de esa grande y penetrante obra "La Crítica Ateniense".

Su vida es una cascada de libros, todos limpios, ágiles, primorosos, como salidos de la mano de Apolo Lukeios.

Después la celada traducción de Hornero. Esas "Hojas de Monterrey", homeopáticas redomas de sabiduría, que su generosidad dispersaba a la rosa de los vientos. Cientos, millares de artículos, pequeñas crónicas, cartas, críticas agudas, comentarios rápidos, ensayos a rodopelo, manifestaciones vivas de un espíritu cultivado que se perdieron en diarios y revistas de América y de Europa.

Una suma de saberes, experiencias, sugerencias, confiadas al lector con tal dignidad de pensamiento y señorío de expresión, que mereció llamarse el Escritor Armonioso. Como el herrero de Haendel que bate el hierro y lo transforma en puro laminado, cambiando el golpe sordido en nítidos sonidos.

Recuerdo la cuarteta inmortal, recogida de labios del pueblo, muestra pura y fragante de su alada poesía:

"Amapolita morada
del valle donde nació,
si no estás enamorada
enamórate de mí".

En otra ocasión leí una página suya, publicada hace muchos años en una revista uruguaya. Tal vez cien renglones, tal vez menos. Se llamaba "La Caída". Contenía verdades tales y encendía belleza cuanta, que la habrían firmado sin vacilar Baudelaire o William Blake.

Aunque fue diplomático y mundano, su saber era su quehacer. Bibliófilo y bibliómano empedernido, vivió entre libros. Las puertas de su casa estuvieron abiertas al peregrino, el consejo oportuno para el necesitado, la sonrisa a flor de labios en el sutil conversador. Alfonso Reyes era un alma superior, como casi ya no las hay: abierta a la universal comprensión del vivir, ennoblecida por el decoro de una conducta límpida, transfigurada en la suavidad del oficio tenaz y peligroso.

—No es difícil escribir —decía el maestro—. La vocación que se recibe, la técnica que mejoran los años, pueden llevar lejos ¿Pero quién nos defiende del vértigo de los abismos que flanquean al artista?

Del gran polígrafo quedan el austero trance humano, su tarea ciclópea en las letras, el recuerdo de una personalidad subyugadora.

Si no dejó el insigne mexicano, entre sus libros notables, uno que se alzara con majestad catedralicia sobre los demás, la "opus magna" a que aspira todo creador, fue porque ocupado de los muchos hijos y los incontables nietos que entregó a la literatura, puso pasión y talento al servicio de los hombres descuidando su propia gloria. La catedral, sumergida en su alma, se la llevó a la tumba.

Era —como Azorin— un mal administrador de su fama. El Nóbel rondó por su techo mas no descendió a su morada.

Sus obras completas no deberían faltar en ninguna biblioteca americana, porque nos expresó y nos representó con magia fidedigna. Porque fue —sigue siendo— maestro de claridades, guía sutilísimo y cuanto más se consultan mejor responden sus páginas.

—Yo soy un artesano de las ideas; más que servirme de ellas, las he servido con devoción.

Fue uno cuyo pensamiento ha de viajar de las generaciones actuales a las venideras: siempre joven!

Se llamaba Alfonso Reyes. Y América no lo olvidará.

DEL HOMBRE CONTINENTAL

En el Palazzo Vecchio de Florencia hay una soberbia escultura de Miguel Ángel. Es un atleta de torso hercúleo, brazo musculoso, rostro apolíneo. Contrasta la tensión dinámica del cuerpo con la serenidad de la cara, como si el gran florentino hubiera jugado —una vez más— con los extremos polares de reposo y movimiento. Ni el desplante agresivo del "David", ni la terrible majestad del "Moisés", dan la sensación de perfecto equilibrio de esta estatua que el artista denominó simplemente "La Victoria".

Nada más que un atleta tranquilo. Nada menos que una pausa señorial entre dos formas de la acción.

El gigante miguelangelesco sabe su poderío, mas no lo utiliza. Ha domado la fuerza, sus poderes destructivos. Prefiere, transitoriamente, el raptó extático de lo inerte. Despertará cuando sea preciso, pero fue captado en el instante mágico en el cual mundo y vencedor cierran sus anillos de poder.

Esta criatura marmórea podría ser un símbolo lejano, el ideal inalcanzable del mundo en discordia y del hombre en confusión. ¿Conocerse, dominarse, regular las tensiones de la fuerza! ¿No es toda la ciencia del transcurrir humano? Si hombre y mundo pueden vencer de sí mismos, el carro de los triunfos se aproximaría a la meta.

La Victoria. Fuerza en sosiego, fuerza retenida. La energía que descansa después de haber vencido. Una máscara de quietud bajo la cual se incuban las próximas hazañas. Dominará quien sepa dominarse.

¿Y cuál será, para nosotros, americanos del Sur, la reflexión constante entre el ideal arquetípico del varón futuro y la dura realidad del hombre continental que apenas despierta a la plenitud de un vivir funcional?

No que se desconozca la misión reguladora de las minorías cultas —intelectuales y técnicos— ni se aminore el peso decisivo de las masas, ambas fuerzas de sostén en toda edificación colectiva; pero si se trata de fisonomizar al "homo americanus", con rasgo y espíritu definitorios, habrá que mirar y ahondar en el hombre-medio del hemisferio, aquel que pugna por personalidad aun en medio de la masa, el que anuncia las élites de comando del porvenir.

¿Qué sabe, el mundo, qué sabemos nosotros mismos, del varón continental?

Los juicios de valor oscilan entre extremos inadmisibles: los hay que pretenden dar vigencia al supuesto de la "raza cósmica" de Vasconcelos, absolutamente superado; y otros que se debaten en manifiesto pesimismo y complejos de inferioridad. ¿Por qué no tenemos el dinamismo del europeo, la eficacia del yanqui, el ímpetu del ruso? ¿Por qué nos faltan el espíritu de perseverancia, el poder organizador, el sentido de responsabilidad de civilizaciones maduras? ¿Por

qué el hombre sudamericano está como inmerso en la provisionalidad, y su línea de contorno, ambiental o psíquica, acusa síndromes de ineptitud y confusión?

El hombre continental ¿es casi una abstracción, está por nacer o es ya una evidencia en ascenso? Existen millones de seres confinados en su ámbito nacional y en su particular quehacer; pero no hemos llegado, aun dentro de la diversidad natural, étnica, y sociológica, a la tipicidad morfológica de la sociedad europea, rusa o norteamericana donde pueblos y naciones evolucionan y se transforman dentro de características generales acentuadas que permiten el diagnóstico, y aun la profecía.

Si no sabemos con exactitud qué es este inmenso continente del Sur de América; si no conocemos bien sus veinte naciones, su variedad de razas y culturas; ¿cómo analizar y definir al hombre-medio de este vasto y babélico mundo, donde todo bulle en proceso de nacimiento y conformación?

Pero desorden, retraso, diversidad no son bastante para impedir una tentativa de esclarecimiento. Precisamente porque América Latina se comprende mejor en el concepto que en el hecho, porque no se da una sociedad continental de líneas conocidas y flexibles, porque el hombre-medio que la expresa está en trance de alumbramiento, debemos plantear ya el problema:

¿Cómo se ve, cómo se siente al varón continental?

Para la ciencia no hay razas puras. Sangres y costumbres encontradas hicieron las culturas antiguas: indios, chinos, griegos, romanos, eslavos, nórdicos, meridionales. Todos se confunden, se yerguen, dominan, por el común esfuerzo de varios pueblos que se integran sin distinción de pigmento de la piel.

¿Quién osa pensarse, solo y distinto, empujado sobre los demás, si la civilización es cruce y simbiosis a la vez?

No existen razas ni pueblos superiores. La hecatombe hitleriana es la tumba del racismo. Si nuestra América —la del Sur, la del Centro, la de las Islas— se juzga diferente, es porque carga el acento emotivo en el don universal de amor, en la igualdad frente al drama humano, en su vocación imperecedera de justicia y libertad. Más que la herencia ibérica, latina, europeizante —con ser grande— cuenta el aliento vital del hombre que genera, trasuda, produce y vivifica los gérmenes de América. Blanco, mestizo, indio, negro, pesan lo mismo. Y la cifra reguladora del esfuerzo continental es el mestizaje —sangre, piel, presencia espiritual— en cuanto tiene la palabra de entrañable y creador. Esa pasión conformadora de las razas concurrentes y atrevidas en busca de un destino solidario.

Mezcla somos, calidades cruzadas, hervor de fuerzas étnicas, encrucijada de lo foráneo y de lo autóctono. Lo que estaba, lo que vino, lo que surge del encuentro de corrientes que se acercan. Lava genésica.

No mirar tanto a Europa, ni dejarse intimidar por el gigantismo técnico de los Estados Unidos o de Rusia. No tienen toda la verdad. Nuestra materia prima es el hombre sudamericano, el mestizo que habita y enaltece el recinto continental. La viga maestra en la arquitectura viva y flexible del Nuevo Mundo es el mestizaje. Valorarlo, en altura y en profundidad, será encontrar la dimensión justa de lo americano en pos de vida y destino fidedignos.

Es singular: no obstante la diversidad y el desorden social que nos acosan, existe una como unidad metafísica que apunta a lo mesiánico y desemboca en solidaridad humana. No hay hombre con mayor carga idealista ni más penetrante sentido de futuro que el sudamericano. Habló, el filósofo, de una tristeza sudamericana. Es evidente. Más no se entenderá, ella, como negación de posibilidades saludables, como querrela a los hados, como deserción de un fatigante quehacer. Véasela, mejor, en aquel sentido de la concentración interior, del sabio meditar sobre la inestabilidad del mundo y la fragilidad del ser. Nostalgia, melancolía, son palabras de inexplicable alcance que hallan resonante madurez en la música y en las coplas populares del continente.

Varón de contradicciones. Aparenta el menos rendidor en el esfuerzo continuado, y puede soportar la carga mayor de humanidad y de sentido.

Un estilo de vida alegre, despreocupado, presto a la aventura lo mismo que a la pena. Más sensual que intelectual, porque el mucho razonar no entraba todavía la fresca vitalidad de los "bárbaros" del sur. Una conciencia presentista, desdeñosa del pasado, indiferente por mañana. Un amor excesivo a la libertad que raya en menosprecio de la disciplina responsable. La "gana" sudamericana no admite reglas fijas ni puntualidad horaria; se alimenta de raptos inesperados de acción y largas pausas de inercia. Este es el mal mayor: la ausencia de un método cotidiano, la falta de perseverancia en el esfuerzo, la incapacidad para organizarse dentro de un mundo cada día más acelerado, más exigente, más complejo que filtra inexorablemente los minutos y las energías del hombre moderno.

Es verdad: tenemos características negativas que han impedido el ascenso continental. Pero junto a ellas ¡qué genialidad en la planta humana, qué rasgos sorprendentes de bondad, de sensibilidad! Tiene el varón del sur más de artista que de técnico. Más que dominar el mundo, le interesa disfrutarlo: ésta su fuerza y su debilidad. Y si se le mide en su facultad de comunicación, en calidad humana, en el arranque generoso, nadie aventaja al sudamericano en nobleza y cortesía cuando se le gana el corazón. Porque el varón del Nuevo Mundo no es un cerebral, sino un emotivo, alma abierta a la confianza y al desprendimiento.

No es difícil el acceso al hombre del sur: es delicado. Y ganar su confianza, en mayor grado. Materia maleable para la insurrección y el descontento, sabrá fundirse dócilmente cuando una pedagogía de amor, de prédica inteligente, de trato sagaz sea capaz de conducirlo por sendas constructivas.

Ahondar en su corazón para guiar su mente.

Dirá el sociólogo desprevenido:

—De comprensión más rápida, de rendimiento más efectivo, el europeo, el norteamericano, el ruso, se adaptan mejor al ritmo acelerado de la sociedad moderna. Son precisos, eficaces, llenos de ambición y de fuerza.

Le responderemos convencidos:

—Desde un ángulo de apreciación que mira al equilibrio biológico del individuo, preferimos el "tempo" reposado en que transcurre el sudamericano, hombre de inquietudes, mas sin acoso de angustias ni premuras. Su ambición como más noble, porque no es desapoderada; su fuerza como menos impura porque no la utiliza para destruir; su trabajo más en la onda humana que en los artificios mecánicos. No competirá con una máquina en punto a cantidad y rendimiento, pero en él la criatura viva alienta como más fresca y espontánea, distante aun de la petrificación racionalista.

Cierto que ni aun en forma provisional se puede hacer el esquema completo del varón continental, todavía en trance de crecimiento y transitoriedad; pero se puede apuntar que está ya en marcha el hombre-medio del sur, como tipo representativo de la surgente humanidad del Nuevo Mundo. Se lo mira de soslayo, se lo equipara al africano y al asiático: aparenta un enigma psicológico y un embrollo étnico. Impermeables al mensaje de la raza joven, turistas y estudiosos divagan; pocos son los que alcanzan la plenitud naciente de estas sociedades súbitamente despertadas, que buscan su inserción en el cuadro de las civilizaciones contemporáneas.

El concepto de país subdesarrollado aparejó una torpe subestimación del poblador. Por no partir del hombre, se malentiende su contorno.

Pueblos y regiones crecen, se organizan a velocidades desiguales. Aunque política y económicamente las naciones tiendan a la unidad, aun dentro del progreso técnico y mecánico, hay mundos en el mundo y los hombres se diferencian. ¿Cómo pedir al habitante del continente

sur, alejado todavía de la plenitud del comercio civil, lo que se exige a sociedades más evolucionadas? No tuvimos edad media ni renacimiento. No hemos salido del trance genésico, transcurrimos dentro de la primera conformación, más próximos al cuadro natural que al diagnóstico civilizador. Haya, pues, paciencia y comprensión al acercarse, al estudiar, al medir las posibilidades potenciales del varón del sur de América, que si no rinde aun los coeficientes de eficacia habituales a colectividades mejor organizadas, constituye, en cambio, una reserva futura. Las razas jóvenes, las mentes sanas, las voluntades intactas porque aun no se libró la batalla por el dominio geográfico y la integración social.

El paisaje, en cierto modo, desmedido. La sociedad, a veces, endeble. Pero ese poblador que aparenta como desconectado y en retraso si se lo mira con lente tecnológica, irrumpe fuerte, osado, rico de dones naturales y de calidades éticas, si se lo sitúa en el marco de su ambiente y circunstancias.

Arcaísmo, estratificación, inercia masiva son palabras que caducaron ya en la apreciación del fenómeno sudamericano. La revolución latinoamericana —veinte naciones en marcha— está demostrando ya que el continente evoluciona desde adentro, partiendo del propio centro, con métodos y líderes nativos. ¿Que al varón continental le falta aun mucho camino por hacer? No importa: asumiendo su riesgo y cargando sus errores, él quiere ser el constructor de su destino. El hijo de la tierra. El redentor de su pueblo. El organizador de su tránsito civil.

A veces se nos juzga adversamente porque algunos pocos sudamericanos, aturcidos por la vida vertiginosa de Europa y Norteamérica, incurren en excesos de inconducta. Son la excepción. Al hombre del sur hay que verlo y medirlo en su tierra de arraigo, donde se atenúan sus defectos y se peraltan sus virtudes.

Apto para cualquiera cosa sin amarrarse a ninguno. Ni esclavo del dinero ni vasallo del tiempo. Pronto a la discusión y a la pelea. Generoso y abierto, despojado de cálculos mezquinos. Proclive a la política, al comercio, a la aventura porque sí. Desconcertante en sus reacciones emotivas, leal en sus afectos. Rebelde por temperamento. No se le encuentra en el trazo geométrico de las urbes celulares, donde cada cual ocupa su celdilla estrecha y conformada al milímetro, mas en el ámbito abierto y despreocupado del varón natural: mucho cielo, mucho suelo, ancho el tiempo, la voluntad desigual.

El hombre continental es criatura de libertad y de sorpresa: he aquí sus virtudes primarias.

Y aunque se pueda aprender mayores conocimientos, mejores técnicas, refinamientos superiores de sociedades más desarrolladas, yo diré que prefiero el trato de las gentes del sur de las Américas. Ni mejores ni peores que las de otras regiones del planeta, pero con una cierta carga sutil de calidad humana, de señorío arcaico, de nobleza esencial en el sentir y en el hacer.

Mano a mano, con todas sus imperfecciones y flaquezas, el hombre continental es la más bella esperanza de los tiempos que aun no han sido.

RÓMULO GALLEGOS

Cuando pienso en Rómulo Gallegos, se subleva mi conciencia de americano:

—¿Qué hicimos por este varón singular? Venezuela, su patria, ¿por qué no ha creado el Premio Bolívar para inmortalizar su obra creadora? Los hombres del continente ¿no deberíamos alzarle una estatua por su vida insobornable defensora de la verdad y la justicia? Escritores y artistas, representados y como sublimados en el venezolano genial ¿no estamos en deuda con el hombre y poderoso forjador de belleza?

Ciertamente: la América de habla hispana se olvida de sus astros.

Se apagó Alfonso Reyes sin haber conocido la plenitud del homenaje continental. Sólo "Cuadernos Americanos" de México rindió tributo al hombre y a la obra meritísimos.

Tratándose de Rómulo Gallegos será estulticia o mezquindad retacear su gloria: ella es de América.

De profesor de escuela a Presidente de la República, cabalgando los recios alazanes de sus libros. Vida estupenda. Ni la política, ni los negocios, ni la fama le oscurecen el sentido moral. Rechaza ser senador cuando manda un tirano. Habla, polemiza, denuncia el abuso y la perfidia. De sus campañas cívicas, valientes y frecuentes, de sus luchas democráticas, surge nítida la figura austera y valerosa del hacedor de patria: humanista en defensa del ideal, combatiente sin miedo y sin tacha por las buenas causas.

—No interesa mandar; lo que cuenta es ser útil al pueblo.

Sube al poder amado por la ciudadanía. No se envanece. Este hombre de apariencia ruda, es firme con los poderosos, suave y pleno de bondad con los desposeídos. Socialista moderado, próximo a las doctrinas sociales de la Iglesia, busca para Venezuela la evolución institucional que acabe con los vicios e injusticias que denuncian sus obras. Gobierno corto, el suyo, porque no sabe odiar ni perseguir, ni se apoya en policías y bayonetas, ni encarama a los compadres ni a los áulicos.

Cierta vez, reprochándole un amigo que no hacía suficiente proselitismo político ni vigilaba por la seguridad de su gobierno, repuso serenamente:

—Gobernar no es halagar a los ciudadanos ni ejercer represión sobre los descontentos. Quien no infunda confianza, debe irse...

El la infundía, en grado extremo, pero ignoraba las malas artes para mantenerse en el poder. Y bajó a los pocos meses del solio presidencial al golpe traidor de las envidias, las codicias y el pretorianismo: tan digno como ascendió. Político de ideales elevados, de conducta irreprochable ¿cómo se habría mantenido en el oleaje de los apetitos? La feria criolla —en Venezuela o en cualquiera nación de América— no era el campo adecuado para Rómulo Gallegos. El habría sido un gran Presidente en la América que seremos cien años más tarde.

Cuando los militares lo presionan a renunciar con amenaza de la vida, les contesta con energía:

—Soy el Presidente de los venezolanos; sólo ellos pueden exigirme la renuncia.

Sale desterrado de Caracas y padecerá largos años de exilio por lealtad a la idea democrática.

El escritor no es menos grande que el conductor social. He aquí cómo condensa su ideario cívico:

—Yo no concibo forma de existencia apetecible, sino bajo formas de libertad y de dignidad individual.

Sus hermosas novelas pertenecen ya al acervo concienical y cultural del continente. Rebasan el marco de su patria y lo trascienden a las sociedades de todo el hemisferio. Todos los pueblos de América nos reconocemos en sus personajes inmortales, en sus paisajes encrespados, en sus ambientes ricos de color y veracidad, en los destinos tempestuosos que anima el soplo telúrico, en el cruce de las razas, en el genio dramático y fatalista de un mundo en formación que sólo su clarividencia intuitiva y su potencia de narrador pudo entrever.

Aun frustrado en su sueño idealista, "Reynaldo Solar" —en otras ediciones se llama, también, "El Último Solar"— es un arquetipo para la juventud. Tiene algo, expresa mucho de lo que todos fuimos a los veinte años. Su trágico sino de lucha contra el ambiente, su idealismo impenitente, el profundo impacto de la realidad y las decepciones contra su romántica concepción del deber y de la lucha, mandan todavía. Es la América de los soñadores, que será vencida por la América de los vividores.

En "Canaima" resuena el canto lírico a la selva, a los padres ríos, al choque de las razas, al impacto tremendo del civilizador con la naturaleza virgen. Tiene páginas de epopeya. Crítica penetrante de la condición social. Personajes inolvidables. Y un estilo castizo en lo esencial, salpicado de giros dialectales, con admirable captación de la psicología campesina y provinciana.

"Doña Bárbara", la más popular de sus novelas, es un libro impar. La acción bien trabada, las criaturas viriles, trazadas en rasgos fuertes y certeros, el paisaje vigoroso, deslumbrante, y el mirar del sociólogo y el dardo del poeta tan agudos, que el lector se sumerge en la entraña continental desde las primeras páginas. Se ha querido ver en la lucha del protagonista con la mujer-cacique, la antinomia de civilización y barbarie. El orden contra el instinto. ¿Pero ha sido, ésa, la intención del novelista? ¿El genio libre, el sentido realista del mundo, su comprensión directa de los tipos humanos, condicen con el relato de tesis más cerebral que emotivo? Difícil admitirlo. "Doña Bárbara" es un cuadro deslumbrante del drama feudal sudamericano. Aquí no hay tesis, símbolos, ni mensajes literarios. Sólo un movimiento intenso, la realidad viva, la transfiguración poética de la llanura y del drama humano en términos de gran relato. Traducida a varios idiomas, mal adaptada al cine, es una de las mejores novelas que ha producido el continente.

En "Pobre Negro" el alegato social discurre detrás de la acción bien llevada. Hay ternura y perspicacia a la vez. "La Trepadora" plantea el problema del mestizaje con aliento positivo: subirán las razas cruzadas a pesar de caídas y conflictos. La trama es movida y sugestiva. "Sobre la misma tierra" enfoca las subversiones del petróleo, que civiliza y envilece a un tiempo mismo. "El Forastero" relata el vivir provinciano y los pavores del matonismo caciquil: otra vez el civilizador contra los instintos desatados del alma primitiva. "La Brizna de paja en el viento" transcurre en la Cuba del dictador Machado y exalta el heroísmo de los estudiantes, que dan la vida por abatir la tiranía.

"Doña Bárbara" será más novela en el sentido constructivo. Su carga emocional y dramática más viva. Sus personajes mejor perfilados. Pero "Cantaclaro" se me antoja la mejor novela de Gallegos. Florentino Quitapesares es más entrañable que Santos Luzardo. Su vida es la epopeya del cantor rural, del coplero sudamericano. La "sabana" es el escenario de su hazaña. La ambientación es tan perfecta, que suelo, raza, morador, costumbres y hasta la técnica del lenguaje cruzado de modismos, se mueven en una atmósfera alucinante de verdad y fantasía. ¿Qué fue captado como trozo vivo de realidad y qué lo imaginado? He aquí el arte supremo del buen narrador: no hay fisura entre invención y reproducción. Se mete uno con Cantaclaro en la pampa venezolana a conocerla tal como es; pero también la magia recóndita de la comarca y su poblador despierta el afán de irrealidad en el lector. "Cantaclaro" es la doble victoria de un realismo esencial y del sentimiento poético del mundo. América, en suma, en la plenitud de su grandeza, en la hermosura vibrante de sus criaturas y paisajes, en la ternura estremecida de sus tierras interiores.

En Gallegos los personajes secundarios son tan vivos y tan fuertes como los protagonistas. Las descripciones brotan de mano genial, con el natural movimiento de su trance. El toque psicológico y la pincelada costumbrista contrapuntean. Dibuja situaciones como sondea caracteres: nada se le escapa. Maneja el idioma con destreza castellana y libertad americana. Lo conoce, lo innova. Esa rara mixión de lo académico y lo comarcano, de lo antiguo con lo nuevo, del fondo estructural de una gramática bien articulada que se renueva y vivifica con las formas dialectales, los giros, expresiones y americanismos que son como los naturales esmaltes para ennoblecer la digna lengua de Cervantes.

Es otra de las virtudes del famoso venezolano: que además de gran creador de tipos humanos, cuadros sociales y paisajes, es un magnífico estilista, digno, él solo, de estudio dilatado.

Se lee a Rómulo Gallegos en la tensión excitante que se sigue a cualesquier de los mejores narradores de la literatura mundial.

Desde la mocedad aprendí a conocer y a sentir la realidad continental en las obras de Gallegos. Me acerqué después a su vida y hallé al hombre tan noble como el escritor. Difícil dualidad.

¿Qué magisterio más alto para el hemisferio que; despierta, acechado por las impacencias destructoras, el desorden que retarda, la violencia injustificable, las tensiones desiguales del subdesarrollo económico y la insipiente moral?

Gallegos ha enseñado la hombría en su más elevado sentido. Ha creado belleza en libros admirables. Ha conformado vida y obra en constantes simbiosis. Ha idealizado nuestra América al presentarla en frescos magistrales de verdad y poesía.

ESTAMPA DE CARANGAS

El altiplano caranguño es un vasto territorio que comprende tres provincias del departamento de Oruro en la República de Bolivia: cerca de 30.000 kilómetros cuadrados y menos de 50.000 habitantes distribuidos en Carangas, Sajama y Sabaya.

Tierras extensísimas para escasos pobladores. Espejo desolado del drama nacional: tanto para tan pocos. Estos fueron, antaño, solares opulentos del antiguo andino; ahora territorios yermos que desconoce y no sabe explotar el boliviano.

¿Llega la patria a dominar, en el sentido civil, estas grandes áreas solitarias? Es lícito hablar del desierto caranguño. Baste apuntar que los gobiernos, cuando desean castigar al ciudadano indócil o al opositor pertinaz, lo confinan en la soledad de estos vacíos altiplánicos. Curahuara de Carangas tuvo triste celebridad como lugar de aislamiento y de sanción para políticos rebeldes.

Ocres, grises, pardos, violetas en el confín montañoso. El suelo plano, ron ligeras ondulaciones a modo de bateas. La vegetación parca. Y en las épocas de lluvia las aguas inundan grandes extensiones, paralizando el tráfico de vehículos y acémilas. Aunque la vida es menos dura en pueblos y villorrios, viento, frío, silencio acosan al viajero.

Estas dilatadísimas provincias se asemejan a la planicie paceña —desnuda, inmensa, elemental— pero en ciertos pueblos y lugares la vida es menos rigurosa. Estuvieron muy pobladas antes de la Conquista española, a juzgar por la abundancia de “chullpares” o tumbas de los antepasados diseminados en todo el territorio. Abundan también las “pucarás” o fortalezas erigidas en las cimas de los cerros. Corren las leyendas. Cosmópolis, necrópolis. Hubieron grandes ciudades, hoy sólo cementerios. Y puntas de flechas, restos de armas que atestiguan combates prehistóricos.

Nadie sabe cuándo sobrevino la decadencia de Carangas ni por qué persiste su trágico aislamiento.

Inmenso potencial geográfico inexplorado. Minas, ríos susceptibles de convertirse en fuerza hidráulica, extensas pampas que la técnica moderna puede transformar en emporio agropecuario. Oasis arbolados. Flora y fauna características. No habrá la abundancia ni la variedad de recursos naturales del trópico, más sí los suficientes para crear riqueza, centros de producción, y poblar —repoblar— estas hermosísimas regiones, que existe, también, una hermosura de lo sobrio y lo severo.

¿No han transformado los argentinos la hosca y lejana Patagonia en un recinto de energía? Y nosotros, los bolivianos, teniendo más próxima y menos hostil la planicie de Carangas ¿no podríamos convertirla en una zona de vida activa de inmenso rendimiento socioeconómico?

Para muchos bolivianos Carangas es apenas una palabra. Para algunos la evocación de días adversos, privación y sufrimiento. Para el soñador es la revelación de un mundo nuevo. ¡Hubo tanto aquí, puede haber cuánto más!

De Oruro a Challacollo, lugar de tránsito, de Challacollo a Toledo, de Toledo a Corque, capital de la provincia, el trayecto se hace en camión. No muy cómodo. Malos caminos, azotados por el polvo y el agua. Es curiosa la transición del paisaje terroso a la comarca inundada; y a veces el espejismo de las distancias abre un mar en el horizonte: casas, colinas, árboles, parecen flotar entre el agua y el aire.

Largas horas de viaje, amenizadas por las típicas enfangadas y los cambios de ruta. De pronto Corque, pequeña ciudad rural. Primer contacto humano con los carangueños en este oasis del planalto orureño.

Corque es un paraje imantado: llama, sabe acoger, difícilmente se desprende uno de su dulce encanto provinciano. Una linda iglesia colonial adorna su plaza. La sub-prefectura es cómoda y decente. Calles bien trazadas, muchas casas. La escuela limpia, bien cuidada, bulliciosa de niños y alegrías. Las gentes bondadosas, cordiales, con esa cortesía instintiva que se va perdiendo en las ciudades. Se bañan en un río próximo, de caudal tranquilo y arenas finas. Un activo comercio pasa por sus calles. En el aire de las gentes y en la prosa de las casas resalta el orgullo capitalino. Los domingos, los presos de la cárcel tienen "día libre", pueden alternar con todos. El lunes, a primera hora, se restituyen a sus celdas.

El subprefecto, que debe custodiar al preso político, lo acoge primero con recelo. Pocas horas después ya son amigos: intiman, aunque eviten tocar la brasa del gobierno. El diputado de la provincia evoca sus actuaciones camarales. Un pariente lejano resulta ser el dueño del mesón. En las noches, después de la cena temprana, es inevitable la tertulia en torno al fogón.

Noches de Corque tranquilas, silenciosas, hechas al lento y sabroso platicar porque aquí nada apura ni acicatea. Arriba el centelleo de las estrellas, abajo las brasas de los cigarrillos. En un clima de oscuridad y de misterio, se desgranán las leyendas. Otras veces la confidencia es reemplazada por la música y el baile.

Curiosos personajes los que brotan del remanso corqueño. Había un joven cochabambino —Montenegro— mitad aventurero, mitad comerciante, que rasgueaba con maestría la guitarra y cantaba coplas quéchuas transidas de ternura. ¡Qué voz, qué sonos, qué poder mágico de comunicación! El inspector de escuelas —alto, enjuto, frisando en los sesenta y cinco— hombre diestro en amoríos, gran narrador de historias, el mejor bailarín de cuecas que ha visto el altiplano. ¿Se llamaba Rosales? Un político frustrado que conocía la historia contemporánea del país mejor que nadie, rico de anécdotas, tejedor de intrigas y recuerdos; le creían pocos pero le escuchaban muchos por el arte de su evocación. Aquel minero cargado de aventuras y fracasos, que viejo ya, preparaba una expedición a los Lípez. Bajo las cejas espesas brillaban los ojuelos maliciosos: "Volverá el auge de la plata. Yo lo sé..." El peluquero japonés que literalmente conocía cabeza y contenido de los vecinos principales. Y Román, el dueño del mesón, un hombre tranquilo y recio, desdeñoso de consejas y ambiciones desmedidas que se consagraba al cuidado de su hacienda. De poco hablar, pero ¡qué malicia en el juicio, qué sagacidad en la apreciación! Mente sin letras, de intuiciones, se imponía a todos por su finura de observación.

Fluye la vida mansamente, mientras no llegan confinados de tránsito hacia Curahuara de Carangas u órdenes de Oruro que ponen en actividad al subprefecto. La gente es buena, trabajadora, apegada al terruño y a la tradición.

Corque no sería un castigo sino una bendición para el preso político. Por eso no hay confinados en la capital de la provincia, sólo viajeros en tránsito a puntos más lejanos y menos acogedores.

Se abandona Corque con un secreto deseo de volver.

La próxima jornada termina en Urna-Marca, pero como la inundación aumenta, hay que dejar el camión por mulas y caballos. Se atraviesa la pampa dilatada y de pronto, en bellos alteros de cultivo, aparece Urna-Marca, aldea india situada entre Corque y Turco, cabeza de cantón.

Uma-Marca: ciudad de agua —dice la leyenda—. Aquí se sumergió, tal vez, una urbe remotísima. Todavía se admira en este paraje el vigor y la belleza de la raza aimára: atrayentes las mujeres, orgullosos los varones. Había un cacique hosco y altanero, vestido con elegancia, cuyo natural señorío contrastaba con el apocamiento del indio de las ciudades.

En Corque el carnaval mestizo dura una semana. También en Urna-Marca, el carnaval indio. Aquel más colorido, bullicioso, de expresión dinámica. Este más recogido, de sentido rítmico y musical. Ambos, desdichadamente, hermanos por el desborde alcohólico.

Se sale de Uma-Marca, se asciende una ligera cuesta, fatigosa por lo tendida, y después de cuatro leguas de marcha se domina desde una altura la llanura que conduce a Turco. Es la típica pampa caranguña: extensa, escueta, inacabable. Al oeste se divisan todavía las cumbres cordilleras. Al este colinas de corta elevación. Y hacia el norte, donde sólo alcanza la mirada aquilina del nativo —¿diez, doce, quince leguas?— dicen que hay un puntito blanco, casi imperceptible, pequeñísimo, perdido entre el suelo color de paja y el monte bajo, pardo, de una lejanía inalcanzable. Sólo atravesando el desierto a pie se mide su extensión y pesadumbre: hora tras hora, legua por legua, de fatiga en fatiga, asido cada uno al madero de la propia resistencia para no naufragar en la noche que se acerca. Cada paso hacia adelante parece alejar y no acercarse al puntito blanco que sólo una o dos personas divisan.

—¿Pero cuál es la iglesia de Turco? Cien veces brota la pregunta de los labios y cien veces nos responden:

—Esa manchita blanca, debajo del lomo del cerro...

Y se camina, se camina, se camina agobiado por el mar térreo. Luego, una vez vencido el punto muerto del cansancio, el cuerpo sigue mecánicamente la marcha, y de pronto el caserío de Turco aparece nítido a la vera del río que aun se debe cruzar para salir de la pampa inmensa.

Quien pone el pie en el altiplano caranguño, ha invadido la zona mágica de la fábula. En Corque, en Turco en Curahuara de Carangas, los pobladores refieren tradiciones y leyendas que oscilan de lo histórico a lo fantástico.

Se habla, por ejemplo, de "Parara", una ciudad de piedra a 25 kilómetros de Calacoto con varias leguas de extensión. Dicen que está llena de osamentas y que para recorrerla se necesita de guía para no extraviarse en el laberinto lítico. La defiende la "pucara" o fortaleza de "Hacha-Pasa".

Se recuerda —y esto es fácil de verificar porque la cadena orográfica existe todavía— que hay una cadena de fortalezas prehistóricas de los Kollas, más de 50 "Pucaras" o reductos militares enclavados en los altos cerros. Estos bastiones naturales que se eslabonan a través de los departamentos de Oruro y de La Paz, se prolongan hasta Pomata, ya en territorio peruano. Y atestiguan la influencia política y militar de los Kollas. La "pucara" o fortaleza de Pirapi, mayor que otras, tiene ruinas en mejor estado de conservación. Se abastecía por sí misma, tenía sembríos y depósitos de agua en las laderas y en la meseta del cerro, muchas casas y accesos subterráneos para burlar los asedios.

La leyenda de "Pumiri", la ciudad del puma, es una de las más sugestivas. Cuentan que en la zona norte de Carangas, existe una ciudad misteriosa ubicada en peña inaccesible, cuya cima nadie alcanzó. Es difícil llegar a ella porque la rodea el desierto. Algunos vieron, desde abajo, extrañas esculturas de aves y animales petrificados y hasta un inmenso portón tallado en la roca viva. Los naturales de la región refieren que en el interior de estos peñascos existe una ciudad con plaza, templos y casas de piedra. Por las noches —expresan— cuando la luna está en cuarto creciente, una campana de oro tañe lúgubramente atemorizando a los viajeros. ¿Cómo saben que la campana es de oro si nadie visitó el paraje montañoso? Eso no lo explican los narradores. Agregan, simplemente, que muchos fracasaron en su intento de escalar la peña. Alguno que durmió junto a su base enloqueció. Un indio que halló dos candelabros de plata hermosísimos al

pie del acantilado, murió víctima de dolencia extraña a los pocos días. Cuando se pasa, de noche, cerca del peñascal, se divisan luces fantásticas.

—Es la ciudad encantada y la guarda un puma — dice el nativo.

Esta región abunda en "chullpares" o tumbas antiguas, bastiones montañosos, restos de cerámica y numerosas puntas de flecha, indicios de una civilización arcaica. Se atribuye a "Pumiri" grandes riquezas de oro, pero los nativos se niegan a visitar el paraje por considerarlo posesión de genios malignos que castigan a los invasores.

—Está habitada —decía un caranguero— y los de adentro no quieren saber nada de nosotros. ¿Para qué los vamos a molestar?

En Turco —esto acontece en 1944- la familia Verástegui representa la sociedad comarcana. El villorrio se alza a mitad de camino entre Urna-Marca y Curahuara de Carangas. Una plaza espaciosa, la iglesia colonial, sólo una casa de dos pisos: la escuela. La población no llega al millar. El corregidor y el cura suelen andar de inspección por lugares próximos; esos días Turco queda al cuidado de los Verástegui. La madre es una señora alta, enteca y afable. Viste de negro, es sobria de palabras y activa en el hacer. No hay posada en Turco, pero la señora Verástegui acoge huéspedes sin pedir más que lo justo; no es negocio acoger al prójimo. El hijo mayor es el maestro de escuela y vigila sus campos. Tienen finca, animales, extensos pastizales. El menor hace de notario, correísta, juez y es el comerciante más dinámico del pueblo. Suele partir con su bicicleta, ya oxidada de tan vieja, y una recua de mulas y de asnos; regresa de sus correrías mercantiles cargado de productos.

Hombre raro, servicial, proteico este Verástegui. Bajo, de tez tostada por el sol, fuerte y nervioso. Habla con rapidez. Conoce a fondo su comarca. No pasó de la instrucción primaria pero una sabiduría instintiva de adaptación al contorno y experiencia en el trato de los lugareños, le permite señorear su ambiente. Conoce los cambios atmosféricos, la ubicación de los ríos, la longitud de los caminos, los parajes ricos de mineral. Sabe reunir con presteza los animales. Le son familiares la producción y las costumbres del pueblo y de las comarcas aledañas. Conoce dónde se adquieren a mejor precio los víveres, la ubicación de las pequeñas industrias. Domina la geografía del lugar. Sabe la historia viva de pueblos y personas mejor que la historia muerta de los textos y los diarios. Es joven y sabe más que un viejo. Y descarga una tremenda energía vital.

—Turco, en la Colonia —dice Verástegui— era un centro importante. Por aquí pasaban cargamentos de plata, de goma, de quina, de tejidos rumbo al Desaguadero y al Perú. Antes tuvo como cuatro mil habitantes; pero ahora nadie se acuerda de nosotros. Cada vez menor actividad.

Sin embargo Turco tiene su cancha de fútbol: un campo descubierto con dos arcos rectangulares de madera. Los días de fiesta, el encuentro balompedístico es el número de gala.

Pueblo sencillo, callado, quieto donde parece no acaecer nada. Cuando quiere surtirse de algo pasa por la tienda de la señora Verástegui. Si un niño alcanza la edad para aprender a leer, acude a Verástegui mayor. Para despachar una carta, inscribir un registro civil, o colocar productos en una zona próxima, el menor de los Verástegui se hace indispensable. Son tres que valen por ciento. A veces un anhelo de progreso alza sus alas: proyectan mudarse a un ambiente mayor, pero las alas provincianas no tardan en plegarse dócilmente. La aldea agarra con hilos rústicos y fuertes. Primero en Turco ¿no es mejor que segundo en cualquiera otra parte?

Los Verástegui son la flor de la sociedad de Turco. Aquí no hay noblezas, señoríos, ni fortunas. Sólo gentes laboriosas, aristócratas del trabajo, mestizos hábiles y enérgicos, que con moral severa —de fondo cristiano— con perseverancia cotidiana, mantienen viva la fe nacional de un país desparramado en pueblitos aislados y pésimos caminos.

Para el caranguero no hay imposibles:

—Sí señor, como usted quiera.

Se reanuda el viaje. A seis leguas de Turco y cuatro antes de llegar a Curahuara de Carangas, se levanta el grandioso Callejón de Toqueriri o Vizcachani, fantasía geológica que asombra al viajero. El río ha socavado inmensas peñas de 20 a 30 metros de altura que flanquean el camino a manera de enorme selva de piedra. Estas peñas se extienden por algunos kilómetros y su conformación es tan extraña que fingen ciudades derruidas, templos exóticos, esculturas zoomorfas y antropomorfas, cuando no se presentan como fortalezas, cavernas o palacios de maravilla. Estas fábricas geológicas ¿son enteramente obra natural, o intervino en ellas la mano del hombre arcaico? Toqueriri llama a reflexión. Tal vez el antiguo andino, en su lucha por dominar el paisaje titánico que lo acosaba, se adentró en él, se hizo uno con el suelo y con la roca, los señoreó cuando pudo, cedió donde no pudo y al cabo se unimismó en manera tal con la naturaleza circundante que se hace difícil, a primera vista, distinguir la conformación cósmica del artificio humano.

Tiwanaku, Sacsahuamán, Macchu-Picchu y otros grandes recintos de la primitiva ingeniería andina, se fundaron sobre este principio constructivo: se toma como base de la vivienda y del edificio público, el pedestal soberbio del monte. Falda, zócalo inferior, muros ascendentes del cerro permanecen intactos. Pero en su parte superior, todo cuanto forma el zócalo de arriba, cae bajo el genio organizador del andino, cuya mano modifica la estructura física del monte, ya sea desbastando la roca hasta darle contorno de corona con una rampa empinada para el sistema defensivo de sus inaccesibles fortalezas, o tallando en la peña los túmulos sacerdotales. Cercar ciudadelas, erigir puentes y terrazas, ordenar acueductos y canales, levantar bastiones militares fue la gran ocupación de estos rudimentarios ingenieros.

El "Cañón de Toqueriri" es un ejemplo vivo de esta simbiosis entre hombre y paisaje. Toqueriri es un país petrificado. Parece un bosque, una ciudad, una muchedumbre de seres y animales fabulosos. Un inmenso sueño de piedra modificado por el indio. Paisaje fantástico, de pesadilla y realidad a un tiempo, irradia un indecible poder de sugestión.

Nuevamente la pampa. Una hora antes de llegar a la capital de la provincia de Sajama, toros trabados en feroz pelea impiden el paso del río. Es el único paso vadeable.

—No se acerquen mucho —dice el arriero— pues se han dado casos en que las bestias se revuelven contra el mirón.

Son impresionantes la fuerza y resistencia de los cornúpetos. Pelean con obstinación, avanzando y reculando apenas. Un toro bermejo y otro negro sobresalen del tropel por la corpulencia de su masa y la furia con que se acometen. Cuando los demás se van dispersando, los dos capitanes de la manada salen del río y trepan una ladera escarpada embistiéndose siempre con renovado ardor. Por fin se pierden en el monte.

Se pasa el río, se trasmona la última loma, y una corta marcha termina en Curahuara de Carangas. Es un valle con serranías bajas y un gran promontorio próximo al pueblo. La plaza, la iglesia, un cuartel que se construyó para vigilar la frontera con Chile, pocas casas, no muchos vecinos. Si Corque acoge Curahuara de Carangas recibe indiferente. Un jefe militar, culto, comunicativo, confinado también en cierto modo, y el radio-operador son los primeros contactos humanos. Después otros oficiales, nuevos confinados, una autoridad en tránsito. Los vecinos trabajan en los campos o se encierran en sus casas. Como el sitio es tan alejado y existen escasas posibilidades de fuga, los presos políticos vagan libremente por el pueblo y sus contornos.

¿Cómo se desliza la vida en la capital caranguña? Lenta y monótona para el que se deja vencer por la sobriedad del medio; rica y movida para quien sale al encuentro de la comarca. No muy lejos hay una poza para bañarse. Más allá una cascada que rebota en las peñas. Hay que visitar la necrópolis de "Pataka-Chullpa" y la gran fortaleza de "Monterani". Si se avanza hacia el norte, se puede divisar el cono hermosísimo del Sajama. Si se rumbea al oeste aparece una meseta circundada de peñascos que perdió el nombre. Hay un cerro para cazar vizcachas y otro con enterratorios que el indio elude pero el blanco y el mestizo socavan en busca de tesoros. Y muchos otros parajes singulares que sólo entrega la búsqueda porfiada.

Monterani —fortaleza en forma de montera— es un cerro cónico que se eleva a trescientos metros de altura, y visto del oeste finge un sombrero rocoso. Su extensa planicie circular está ceñida por una corona de rocas verticales de 10 a 12 metros de altura, completamente lisa, que hacía imposible el acceso a la cima; hoy los naturales han abierto una escarpa para llegar a ella. Dicen que se llegaba a la meseta por dos pasajes subterráneos que fueron cegados por los indios.

Hollada por el Inka, por el español, por la Colonia y la República, la "pucara" o fortaleza de Monterani es un bastión desierto despojado de su antiguo esplendor. Sólo quedan rastros de una imponente escalinata tallada en la roca.

Este hermoso baluarte natural sobresale en un paisaje rodeado por altas peñas y dilatados meros. Dijérase un mirador político y un recinto militar para dominar la comarca. El primitivo andino —antis, kollas— estrategia intuitivo, táctico genial, se apoyó en la Madre Tierra para señorear y defender sus dominios. Desde prominencias elevadas, regía la vida civil de la llanura.

Monterani revela el genio geométrico y poseedor de los andinos. Desde lo alto es una fiesta para los ojos, un regalo para la imaginación buscadora del pasado. Aquí, al pie del gran sombrero lítico, debieron librar los antiguos Señores del Ande fieras batallas como lo atestiguan las puntas de flecha diseminadas en sus faldas, en sus cantiles, en sus pinas pendientes. Y la furia de los combates se acrecentaría al pie de esta corona pétreo, cortada a pico en la garganta del monte, última defensa de esos pueblos-cóndores que escalaban y modificaban cerros con porfiada osadía.

Desde lo alto se avizora la belleza del panorama. Cuando el Jefe Andino veía cruzar al cóndor sobre el majestuoso reducto de Monterani, debió sentirse sólo señor de la meseta carangueña: eran sus alas el sentido perspicaz de la geografía circundante y la voluntad organizadora de su genio político. Así el mundo andino fue conformado y regido por la ley telúrica: desde el centro y de lo alto, para que nadie ose discutir supremacía al guerrero-soberano que se encumbra paternal y vigilante en la montaña.

"Pataka-Chullpa" es un montículo oblongo, semejante a la "Akapana" de Tiwanaku, pero más bajo y sin rastro de construcciones pétreas. "Cien chullpas o tumbas" — dice el nativo, aunque sólo quedan vestigios de unas treinta desgastadas por el tiempo. Es un osario, próximo a Curahuara y a la "pucara" de Monterani, lo que delata que en esta comarca hubo una metrópoli andina.

Los "chullpares" son edificaciones piramidales diseminadas por toda la planicie carangueña. Poseen una pequeña abertura ojival, siempre mirando al este. Las tumbas de los antiguos jefes, que varían de tamaño según su jerarquía, hasta alcanzar 5 metros de alto, es probable que hubieran sido mayores en su origen. Se encuentran restos óseos, pero los indios se niegan a cavar hondo porque mantienen el culto a los antepasados. El blanco y el mestizo saquearon los "chullpares". Se piensa que contenían tesoros y objetos de uso doméstico, pues los "kollas" o aimáras, antiguos habitantes de la zona, creían, como los egipcios, en otra vida y sepultaban sus muertos junto con cuanto juzgaban les sería útil en ultratumba. Aunque la superficie haya sido intensamente removida, "Pataka-Chullpa" denuncia extrema antigüedad. Los "chullpares" se hacían de un solo bloque, de extraña greda rosada con paja, constituyendo una mezcla tan resistente, que ha persistido como la piedra a la acción erosiva del sol, del viento y del agua.

—Señor, peligroso es, pero si te animas, toma esa calavera, mira por el hueco donde estuvieron sus ojos, concentra tu pensamiento... y si tienes fe alcanzarás los secretos del andino primitivo.

Ha dicho un "yatiri" o adivino del lugar.

He seguido el consejo y esa noche no pude dormir pensando cuán útil sería levantar un plano topográfico a través de serranías, ríos, lomas y planicies, que se tienden por Challacollo, Toledo, Corque, Choquecota, Turco, Curahuara de Carangas, Cosapa, Sajama, Huachacalla,

Carangas del Sur, Sabaya. Sólo así, reconstituyendo la distribución de las antiguas metrópolis, fortalezas y cementerios, se podría tener una idea aproximada de lo que fue la civilización carangueña, poderosa rama desprendida del gran tronco secular andino: Tiwanaku.

La trágica desolación presente de la pampa carangueña, no permite admitir grandes corrientes de actividad humana en el pasado. ¿Conocemos nuestra historia, hemos investigado debidamente la organización social de los grupos prehistóricos? Poco es lo que se sabe de los tiempos pretéritos. Pero en el desvelo nocturno, yo veía moverse compactas muchedumbres, largas caravanas de hombrecitos de piernas cortas y anchos torsos como los que fueron tallados en la Puerta del Sol. La meseta se cubría de ciudades, gentes en tránsito, batallas y grandes funerales colectivos. Y un Jefe grande y poderoso, extrañamente ataviado, aunque de reducida estatura como toda su raza, sentado en un trono de basalto me miraba fijamente con sus ojos negros mientras las palabras brotaban lentas, firmes de sus labios:

—Nadie combatió a los Kollas del Tiwanaku como nosotros los Kollas de Curahuara. Adorábamos a "Pacha" encarnado en el monte y en la tierra; ellos y nosotros. A veces, aliados, llevamos nuestras "pucaras" muy lejos: a la distancia resplandecía el mar... Pero en la lucha final todas nuestras ciudades fueron destruidas y nuestras fortalezas arrasadas, pues el número favorecía a los tiwanakus. Sólo quedaron en pie los "chullpares", la morada de los antepasados. Y todo el saber oculto, la organización civil, la destreza manual, la bravura legendaria de los "curahuaras" se perdieron para siempre. Un mundo ignoto duerme en la pampa carangueña. ¿Quién lo despertará?

Quise contestarle, pero el rostro severo del Jefe se convirtió en una calavera de órbitas huecas que sonreía burlona. y en "Pataka-Chullpa" soplaban un viento furioso...

Sajama, el nevado de maravillosa simetría, domina la planicie carangueña. Se lo divisa, treinta leguas al fondo, absorto en su sueño de nieve, esfíngico, tenaz. Fue la deidad del hombre arcaico que adoró la montaña antes de alzar su religión al astro.

"Sarjama" —anda, vete o el que se fue— refiere la leyenda aimára, es la pirámide arrogante que se alza en la cordillera oriental; ya la otra mitad truncada, de cima larga y rasante, en la opuesta cordillera occidental se nombra "Mururata", el Descabezado.

Sajama es el numen extático y lejano que se mudó a la frontera distante. Vigila, ordena desde allí. Es un volcán extinguido. Sajama, el indomable, el primer revolucionario en la gesta cosmogónica.

En el crepúsculo, a través del finísimo cristal de la distancia, Sajama, el solitario, finge un ara de paz y de ensueño. Y uno de los grandes encantamientos de Curahuara de Carangas es el diálogo meditativo con el volcán famoso, solo señor en la planicie inmensa.

Después de unos días se conocen mejor las gentes. Como en Corque, Toledo, Turco, son afables y sencillas. Los curahuareños aman su terruño tal como es: enorme, desolado, abandonado. Añoran tiempos mejores, no pierden la esperanza de resurgimiento.

En la biblioteca del cuartel figura la historia de "Persiles y Segismunda", esa fantasía cervantina que no ha sido aun bien entendida. ¡Qué contraste aproximarse a la impetuosa movilidad del "Persiles", en la trágica inercia de Curahuara!

Ese aire de misterio y sugestión que corre por la meseta carangueña, adquiere en Curahuara fuerza tonal. Son el silbo del viento, la lengua muda de los "chullpares", los deliquios cromáticos del sol crepuscular, una punta de flecha, un trozo de cerámica, el monte impenetrable y el tranquilo río. Es el embrujo que empieza a hilarse en Toledo y en Corque, ciudades coloniales, que se enreda en la leyenda de Pumiri, que evoca titanes en Vizcachani, hazañas de piedra en Toqueriri, y que se anuda y fortifica en la fortaleza de Monterani. Fue aquí, entre la masa cónica de la gran "pucara" y la dulce colina tendida de "Pataka-Chullpa", donde se alzó la capital legendaria de los ando-carangueños, cuyo nombre por antiguo se perdió en el tiempo. Si los andinos del norte

tuvieron en el "Ancumani" y en el "Illimani" sus adoratorios naturales, los arcaicos andinos del sur arrancaron del "Sajama" su religión telúrica y la filosofía política del monte eminente y dominante.

Sólo falta al paisaje grandioso una figura insigne que humanice el ámbito geográfico. ¿Un Aquiles, un Quijote, un Fausto andino? No: Ollanta, Cahuide, Thunupa, los manes ancestrales.

Un día de la estepa carangueña se alzaré el gran solitario capaz de abarcar la grandeza pasada, el drama presente, y el futuro penosamente forjado que aun no supimos conquistar.

Entonces Bolivia retomará sus fuerzas de la espiritualidad del desierto. Y una mística de austeridad y sacrificio nos devolverá a la grave plenitud de un destino mejor.

RETRATO DE UN AMIGO

Vino de la parte alta y dura de la patria, de Oruro legendario donde los Mier y León levantaron casa y señorío.

Terruño y antepasados pudieron darle la coraza andina: gravedad, concentración. Pero él tenía un sol de alma, esparcía claridad, y entregaba gozos del vivir con su palabra. ¿Un caballero de Andalucía, un noble de las Castillas, gentilhomme en la corte de Ferrara? Pudo serlo, porque dominaba los registros del mundo y del estilo. Tenía "clase". Varón de gran calidad humana y alteza mental, llevaba un aventurero agazapado en el corazón.

—Soy un hidalgo sudamericano —solía repetir— y nadie sabe la carga de obligaciones y dificultades que esto supone.

Abogado brillante, eficaz, tuvo la dignidad de su profesión. No hizo fortuna con ella porque la sirvió con decoro y altivez. Su nombre era prenda de honestidad, de acierto, lo mismo en los directorios que en los litigios.

Tuvo hogar dichoso, amigos en abundancia, actividad mundana, inquietud intelectual y artística. Viajero y diletante, absorbió de Bolivia lo entrañable, de la cultura universal lo extenso y vario.

Personalidad afacetada y múltiple, en ella vibraron con mayor intensidad el artista, el amigo, el conversador maravilloso.

Como Rathenau, el alemán, se refugiaba en el piano para eludir las asperezas del vivir: el Clavecín Bien Temperado y las 32 Sonatas para Piano templaron su juventud. Formó una bella pinacoteca de cuadros europeos y bolivianos. Podía disertar eruditamente sobre la técnica del Greco o los deliquios de Renoir. Era un crítico penetrante, un gustador de cosas buenas. Una selecta biblioteca, con ricas pastas francesas, encantaba sus horas: de las áridas disciplinas del derecho, la economía y las ciencias sociales, pasaba con soltura a la filosofía, las letras y las artes.

Humanista sin pedantería, analista instintivo, poseía gusto certero para distinguir lo meritorio y desechar la mediocridad. Frecuentaba clásicos y modernos, pudiendo conciliar los textos de Platón con las angustias de Kafka.

Detrás del hombre eufórico, jovial, sencillo, pocos comprendían el tejido severo y complicado del pensador irrealizado. Profundo y refinado cuando quería, prefería mostrarse con mayor frecuencia frívolo y decidor.

Pudo haber sido escritor eminente o artista singular por la penetración de juicio, la finura de percepciones, la inquietud remontada de su espíritu.

—Si la abogacía, la necesidad cotidiana, el ambiente no hubieran desviado mi natural inclinación, yo pude haber sido un humanista —manifestaba con melancolía.

José Roberto Mier. Un hombre alto, de anchos hombros, presencia garrida. Atlético, deportista, tuvo sus épocas de dandy, sus ribetes de "gourmet", sus desplantes de mundano. Pocos conocieron mejor el corazón femenino. Sabía alternar con políticos, negociantes y gentes humildes. En un salón era un señor. En la calle un hombre práctico. Entre amigos un capitán. Le veo, siempre, dominando el mundo con su gesto cordial, la sonrisa bondadosa, el mirar franco y despierto.

Ciertamente: Pepe Mier, el amigo, no tuvo par. Fiesta sin él no era fiesta. Comida con su presencia, la gloria. Porque su ingenio inagotable, la carcajada pronta y ruidosa, los dardos de su sátira, la memoria privilegiada, convertían la sobremesa en cátedra de evocaciones y buen humor. Estos brotes repentinos del ingenio no son para trascritos: dependen de circunstancias y matices irreproducibles. Por eso puede afirmarse que quien no le escuchó en sus horas inspiradas, no sabrá nunca cómo era el mago de la palabra que lo habitó.

—Yo no hago evocación artística; recuerdo solamente. La vida pone los hechos, el corazón acerca los personajes. ¿Qué es el conversar sino una recreación del mundo?

Dominaba varias lenguas: francés, inglés, alemán, portugués, aimára y quéchuá a más de la hispana materna. Era el paceño típico, amante de su medio y de su pueblo, y al propio tiempo un cosmopolita que podía alternar en cualquier ambiente extranjero.

—Ese es un "huayra-leva" —decía de un dómine; cualquiera—; aquel otro un señor porque sabe reprimirse.

Tal vez no hubo hombre más popular que José Roberto Mier. Conocía a todos y le conocían todos, grandes o pequeños, humildes o poderosos. Su fama no provenía de la política ni del dinero, más de una desbordante y avasalladora simpatía. Gran observador, mímico innato, reproducía en un gesto y pocas palabras la atmósfera de un ambiente o el rasgo dominante de una persona. Y en esto tuvo excelencias de arte mayor: nadie lo aventajó en la magia de la síntesis recordativa.

Gran amante del bello sexo, gustaba ser bromista con los varones. Sabía de yantares, de vinos, de perfumes. Su arista espiritual la componían cuadros, libros, conciertos, exposiciones plásticas, diálogos sutiles. Regalaba alegría, infundía confianza. Era un maestro de bien vivir, un hombre generoso, abierto, rico de ideas y estímulos vitales. Un café con Pepe Mier era siempre una media hora bien aprovechada y bien vivida.

En medio de dos chistes, disparaba la frase alentadora:

—¿Y qué se puede hacer? ¡Olvídate del percance! ¿No vives, no actúas, no cruzan lindas mujeres a tu lado? Lo bello es sentir en plenitud.

Era el hombre mejor informado de La Paz: pasado y presente le pertenecían. Su memoria fabulosa lo reproducía todo: historia, genealogías, acontecer social, parentescos, raíces políticas, rarezas de las gentes, sucesos familiares, anécdotas, litigios, vinculaciones de cosas y personas. Mundos desconocidos u olvidados brotaban de sus labios en comunicaciones sorprendentes. Una ciencia profusa que sólo él dominaba a perfección y que le permitía remontar sus relatos en dos, tres o cuatro generaciones con precisión matemática de fechas y circunstancias.

¿Pero qué habría sido de esas narraciones de memorioso y erudito, si no las hubiera transfigurado con la sal de su ingenio y el encanto de su charla?

Tenía el don de la palabra. Más cerca de Aristófanes que de Sócrates, agudo y sutil juzgador, mezclaba el aguijón quevediano a la sonrisa molieresca. Sin maldad, sin veneno. Y la carcajada magnífica, pletórica, rompía el hilo del relato en el punto preciso, cuando la tensión dramática llegaba al cenit, porque sabía, como artista extremado, los recursos secretos del hablante para mover, suspender y conmover a sus oyentes.

¡Y qué poder fabulador! No mentía, no inventaba del aire. Sobre un fondo de verdad y personajes reales, tejía la tela impalpable de sus imaginaciones. Urdía, urdía sucesos con destreza tal, que aun sabiendo que a veces era más lo tabulado que lo acontecido, nadie se atrevía a desmentirlo, porque su parla mágica trocaba lo irreal en realidad.

Recuerdo esa noche memorable en que contó la famosa historia del "malevo", un malandrín que estuvo a punto de acuchillarlo por causa de una hermosa mujer. Imposible reconstruir la historia que fuera de sus labios pierde en la intensidad de la acción y en la riqueza de color. Sólo diré que después de una hora de oírlo, en medio de asombros y de risas —porque él dominaba el arte de las variaciones narrativas mejor que Bach la ciencia del contrapunto— y el instante en que todos íbamos a preguntarle quién era ese personaje increíble que lo quiso matar y al cual había hecho vivir, moverse, y alcanzar la estatura de un héroe balzaciano ante nuestros ojos; Pepe Mier muy grave, muy desenvuelto, importándole un ardite el hecho de que el personaje era el núcleo, el protagonista, la energía comunicante, la esencia misma de la historia con la cual nos había embrujado por más de una hora; como queriendo aligerarnos de la carga y la tensión del relato, lanzó esta frase incisiva:

—Todo es verdad, menos el "malevo".

Genialidades de magíster de la palabra que sólo a él se le admitía, porque en su caso valía más el historiador que la historia.

Amó a Bolivia y al hoyo entrañable con lealtad inquebrantable. Pudo emigrar, como muchos, en hora aciaga, pero resistió valerosamente hostilidades y desdenes:

—Esta es mi patria —expresaba—. Sufriré con ella.

Hay también una Bolivia del honor, del talento, de los valores espirituales. La encarnaba José Roberto Mier. Señor en la amistad y en la conducta. Jocundo animador de mundo y vida. Palabra sin final que ha terminado.

UNA HISTORIA MUY GRANDE PARA UN HISTORIADOR MUY PEQUEÑO

Charles W. Arnade, historiador norteamericano, ha compuesto un denso libro —"La Dramática Insurgencia de Bolivia"— que pretende demostrar cómo nació este país.

Lo respalda un aparato de investigación crítica y documental impresionante, si se aprecia el material bibliográfico utilizado: 300 libros; colecciones de 17 periódicos de la época; 27 archivos públicos y particulares consultados; más de 100 artículos de prensa; 16 ensayos inéditos. Los 9 capítulos de la obra adjuntan 730 notas marginales con cita de fuentes originales, lo que da un promedio de cerca de 4 notas bibliográficas por página, pues el volumen apenas excede las 200 páginas.

Creo que ni Gabriel René Moreno habrá leído, desmenuzado y ordenado tantas fichas y documentos como este leviatán del Norte que parece haber devorado exhaustivamente infolios, libros, cartas y papeles.

¿Es realmente un estudio histórico, un ensayo crítico, o un trabajo de sistematización puntillosa hoy conocida bajo el pomposo nombre de crítica metodológica o científica?

Es aventurado hablar de "crítica científica" —no la hubo, ciertamente, en tiempo alguno— cuando no se ha delimitado aun fronteras y diferencias entre el historicismo del siglo XIX encarnado por Ranke, Nietzsche, Dilthey, y la historiográfica del siglo XX representada por Croce, Spengler, Toynbee.

Leer mucho entendiendo poco, beber de las fuentes sin depurar sus aguas, enumerar en vez de interpretar, terminando en función de hormiga analítica lo que la disciplina histórica presupone como ensamble aquilino de síntesis reconstructiva del pasado, no confiere autoridad de investigador ni de juez.

Arnade no conoce el país, la historia, ni el espíritu de los bolivianos. Es el suyo un estudio alejandrino, estéril, según el juicio de Mumford, donde el saber se divorcia de la vida y la erudición encubre la falta de penetración interpretativa.

Palabras, palabras, palabras. En literatura se llama retórica. Cifras, datos, citas, documentos. En historia se denomina el andamiaje del aprendiz que teme venirse abajo.

Su libro es un libelo bajo la forma de trabajo histórico, que parte de planteamientos equívocos y remata en deplorables conclusiones. Atribuir a Olañeta aptitudes de genio americano y político, y a un "puñado de godos traidores" la creación de Bolivia, es redondo absurdo e ignorancia del proceso integral que determinó la autonomía del Alto Perú.

El autor se detiene en el borde mismo del drama sudamericano y como es natural no puede comprender cómo y por qué nació Bolivia. Su libro demuestra falta de probidad, escasa intuición, conocimiento libresco y no vivo del paisaje social y étnico de nuestra patria. Acumula incomprendimientos, desafecto, ligereza de juicio. No es digno de un verdadero historiador.

¿A qué escuela o tendencia investigatoria pertenece Arnade? No pertenece a la narrativa de Herodoto. Ni a la pragmática de Carlyle. Menos a la analítica-interpretativa de Mommsen. Tampoco a la determinista de Taine. No se presenta discípulo de Tito Livio ni de Tácito, pues oscurece el pasado en vez de idealizarlo. Es ajeno a la escuela genética fundada por Ranke, que se esfuerza por investigar las causas que produjeron los grandes hechos históricos. Del historicismo de Dilthey, del científicismo de Burckhardt, de la severidad reconstructiva de Goetz, del organicismo de Spengler, del materialismo histórico de Marx, de los grandes ciclos comparativos y la interpenetración de las culturas de Toynbee, ni rastro.

El autor parece más próximo a una que podría denominarse la escuela histórica pintoresca-enumerativa, que a base de anécdotas, pequeños sucesos, recuerdos, chismorreos y frases cogidas aisladamente de libros, cartas y documentos, aturde y confunde al lector con una densa cortina de referencias destinada a disimular la ignorancia y los caprichos interpretativos del juzgador.

En materia historiográfica no basta el documento. Es preciso cotejarlo con otros testimonios, saber leer, saber entender, dar punto y alcance al hecho referencial. El investigador medido parte de un ángulo intuitivo, demuestra agudeza crítica, prudencia en la selección de sus datos, y sobre todo aproximación comprensiva al tiempo y al medio estudiados. Sólo esa visión serena, imparcial, redondeada, devuelve enteros hombres y sucesos.

Vicente Donoso Torres define las cualidades del buen historiador: "sentido histórico para interpretar la psicología de cada pueblo; imparcialidad para descubrir y juzgar la verdad; moralidad para elogiar el bien y vituperar el mal; claridad e interés en la exposición que se refiere a la belleza del estilo".

Arnade sólo cumple con una de estas cualidades: la tercera.

Para ser grande, a su libro sobre Bolivia le faltan verdad, probidad, imparcialidad. Estudió mucho y entendió poco. Consultó fuentes que no supo interpretar. Destruyó la objetividad del investigador con la ligereza subjetiva del juzgador que respira ignorancia, desafecto y desprecio por altoperuanos y bolivianos.

Diré, pues, que es la suya la tendencia histórica del fraude emocional, del fantasismo disfrazado de crítica seudo científica.

Corresponde a nuestros historiadores desmontar la artificiosa exposición de este autor. Yo me limitaré a señalar algunos de sus yerros que atañen al buen nombre de Bolivia.

No se puede conocer un país ni entender a su pueblo encerrado en los cuatro muros de un archivo. Libros y papeles dicen algo mas no expresan todo. La ciencia histórica exige conocimientos precisos: época, medio, variedad de pueblos y costumbres, líneas de la economía y la cultura, causas remotas y móviles inmediatos que originan los sucesos, psicología de las gentes, y hasta calidad humana, penetración crítica en el juzgador.

El falso Alto Perú y la Bolivia miseranda que transcurren en el libro de Arnade, son fruto de su ignorancia y su extravío.

Este autor ve nacer a nuestra patria entre el polvo de las bibliotecas y el moho de los archivos, agobiada, desfigurada por intrigas y pasiones de personajes transitorios que no encarnan la general virtud del hombre boliviano.

Con Olañeta y Serrano o sin ellos, Bolivia habría sido Bolivia. Ese largo movimiento histórico, ese vasto proceso social que se desenvuelve en un marco de casi doscientos años, para culminar en 1825, no puede reducirse a una intriga de doctores. Es el resultado de causas complejas, factores contrapuestos, circunstancias propicias y desfavorables, ese cúmulo de hechos y de fuerzas que precipitan el nacimiento de las naciones.

Una filosofía instintiva de autonomía apunta ya en Gonzalo Pizarro, el Alzado de Charcas, que a pocos años de la Conquista del Perú paga con su vida el delito de rebelión contra la Corona. No es, todavía, criatura ni paladín de América, pero anuncia a quienes serán, hijos, dueños, defensores de la nueva morada.

Los doctores de Charcas terminan, no inician ni desarrollan el proceso libertario que arranca del siglo XVII.

Cuando Arnade sostiene (pág. 96) que "el espíritu de independencia fue creado durante la guerra —1809 a 1825— se equivoca. El huracán emancipador se incubó en los levantamientos mestizos de los siglos XVII y XVIII: Ibáñez en Potosí (1617); Gallardo en La Paz (1661); Calatayud en Cochabamba (1730); Vela de Córdova en Oruro (1739). Luego por las grandes sublevaciones indígenas: Tomás Katari (1780); Tupac-Katari y Bartolina Sisa (1781). Ese mismo año se levanta el mestizo Pagador en Oruro.

Otros movimientos menores de los cuales apenas queda memoria, revelan un estado general de fermentación y descontento. Finot expresa en este punto: "Los móviles de la gran revolución indígena de 1780 a 1781 fueron múltiples y complejos, aunque correspondían a la general inquietud que entonces agitaba al Alto Perú. Eran los preliminares de la revolución por la independencia". René Moreno, ídolo de Arnade, agrega: "La no muy lejana sublevación de Tupac Amaru y los Catari, sacudió los cimientos de la sociedad colonial en uno y otro Perú".

Todo el país ardió en el incendio libertario. No basta mencionar el 25 de mayo en Chuquisaca y el 16 de Julio en La Paz. Recuérdese el movimiento frustrado del 30 de marzo de 1809 que debió encabezar Clemente Diez de Medina. La tarea persistente y valiosa de las logias pre-independientes, estudiada por Beltrán Ávila y Abecia Baldivieso. Las revoluciones de 1810 en Cochabamba, Santa Cruz, y Potosí. Murillo, Arze, los Zudáñez, Monteagudo, Lanza, y otros caudillos encabezan estas múltiples y distintas expresiones del vasto movimiento emancipador, que no fue uno, sino más bien un pueblo de acciones y estallidos cuya multiplicidad de líneas y riqueza de enlaces y divergencias ofusca al investigador.

Tampoco ha estudiado Arnade la economía colonial, sus abusos e injusticias en el orden social, la pugna de clases e intereses, esa influencia determinante de los cambios políticos, bien analizada por nuestros estudiosos Peñaloza y Ovando Sanz.

Arnade tiene una idea fija, dominante: que la traición y la intriga fueron las madrinan cuando nacía Bolivia. De aquí sus conjeturas de novelador, su detallismo crítico, su anecdotario interminable, el método maligno y tenaz con que persigue los hechos negativos, buscando menosprecio para la época y los hombres que estudia.

Es, pues, un historiador a la antigua, lejos de aquella amplitud de visión y multiplicidad de enfoques que Christopher Dawson señala como características del moderno investigador: "La historia procura interpretar el pasado más como un proceso orgánico que como un mosaico de hechos aislados. Se interesa menos en la actividad superficial de políticos y diplomáticos, que en la acción permanente de las fuerzas sociales y económicas que determinan la vida de los pueblos".

Esto es lo que no ha visto el autor: el goticismo estructural de corrientes e influencias que se mueven dentro del campo histórico. La vida interna y nerviosa del verdadero Alto Perú, los factores sociológicos que determinan la dinámica del pasado, el proceso genético de la nacionalidad reprimida que ya existía antes de 1809 en aldeas, campos, ciudades, minas, en el pensamiento de los doctos, en la voluntad rebelde de criollos y mestizos, en el anhelo escondido de la masa india y hasta en el alma perpleja de muchos españoles que habiendo jurado fidelidad al Rey de España, sentían crecer por sus venas la llama ardiente de una patria libre.

Su libro es una acumulación de hechos mínimos y enredos máximos. No se ve el esquema orgánico, la majestad catedralicia del auténtico historiador. El sol crepuscular del Alto Perú quemó esos ojos yertos que no supieron ver, y esa mente enconada que no pudo comprender.

¡Salve, Bolivia eterna, más bella y perentoria cuanto menos entendida!

Las fatigas de Olañeta, Serrano y Urcullu pesan menos que Junín y Ayacucho en la creación de Bolivia. Largamente soñada, duramente peleada, obtenida con valor y sacrificio, la independencia del Alto Perú trasciende al nacimiento de la América del Sur republicana. Y es que por el fermento colonial, por nuestra génesis democrática y étnica, en lucha constante contra la adversidad, encabezando las fuerzas tensoras del espíritu, constituímos la clave psicológica del continente.

Gran verdad dijo un escritor argentino: "Cuando Bolívar funda Bolivia, no hace otra cosa que legalizar una realidad histórica existente mucho antes de la Colonia y hasta de la Conquista.

Aquello de la "doblez altoperuana", en que tanto se solaza el autor, es invento pérfido en mala hora difundido por Moreno. Traición, engaño, astucia, disimulo, perfidia, deslealtad, ingratitud son flores nocivas de la planta humana. Las hubo siempre. En todo pueblo y en toda época. Nadie más falaz que el griego del tiempo clásico. O el francés de los reinos merovingios. O el italiano del Renacimiento. O el inglés isabelino. O el alemán de la horda nazista. O los norteamericanos de la primera época. ¿Personajes inmaculados? Jamás los hubo, y el peso real de héroes, santos y grandes hombres, bascula entre virtudes y defectos.

El boliviano, sucesor en el tiempo del altoperuano, no es falso ni mendaz. ¿Por qué se nos enrostra, siempre, a Olañeta, Melgarejo, Daza, olvidando que dimos varones integérrimos como Linares, Frías, Campero?

Que hubieron, antes, y subsisten, todavía, algunos políticos de conducta censurable y otros ciudadanos resbaladizos y cambiantes, no basta para sondear la ética de una sociedad.

¡Nada de dos caras! Esto no es verdad. El boliviano doble es la excepción. El boliviano franco y leal, la regla. Fuerte en sus odios y en sus afectos, persistente en sus convicciones, arrojado en la lucha y en la prédica civil, fiel al líder cuando lo ve equivocado o en desgracia, es el nuestro un pueblo varonil.

Arnade bebe en las fuentes con increíble indiferencia: sean ellas legítimas, espurias o estén contaminadas. Los dos torrentes de los cuales mana toda su ciencia en torno a nuestra Independencia, son Moreno y el discutido Diario del tambor mayor Vargas.

Gabriel René Moreno, insigne escritor, no es fuente limpia para estudiar la emancipación. Racista, resentido, odiador, transmitió al estudioso yanqui sus errores de perspectiva y sus desvíos emocionales. Colonialista, detesta a la república desde su cuna. Desprecia al indio y al mestizo. Su célebre frase: "Ni una gota de sangre americana corre por mis venas" lo inhabilita para comprender y juzgar el drama del Alto Perú en función de patria nueva. Es el suyo un testimonio recusable.

Esto lo corroboran Alberto Gutiérrez, Roberto Prudencio y Gustavo Adolfo Otero, entre otros. Para el primero, Moreno "poseía, más que la imparcialidad del historiador, los amores y los odios del boliviano". Para el segundo, "junto a sus hondos análisis, ponía su pasión personal y aun muchas veces sus enconos". Para el tercero "tenía amargura combativa, tendencia hispanizante, aversión por el cholo y el aborígen. Plantea acusaciones de fiscal enardecido y furioso litigante".

El propio Arnade reconoce (pág. 98) que "Moreno fue, infortunadamente, un racista consagrado".

Confesión de parte. Si Moreno fue racista, encendido de odio y desprecio contra indios y mestizos, ¿cómo escribir la historia de Bolivia, formada en un 75% por mestizos y por indios, basando el testimonio crítico en su gran denostador?

Resulta, pues, el norteamericano, un mal discípulo de Moreno. Lo sigue en la inquisición bibliográfica, en amores y desafectos, en los errados enfoques sociológicos; no puede alcanzarlo en el vuelo de las ideas, en penetración analítica, en sondeo psicológico, ni en la belleza remansada del estilo.

Demostrada la parcialidad de Moreno, queda cegada una de las fuentes nutricias del historiador norteamericano.

Veamos la segunda, el famoso Diario del Tambor Mayor Vargas.

No se ha probado la autenticidad del manuscrito ni la existencia del guerrillero Vargas. Es incomprensible que un "historiador" acoja y respalde testimonios apócrifos. ¿Cómo se escribió el "Diario"? Por ese tiempo no estaba inventada la pluma-fuente. Si el guerrillero llevaba el tintero en el bolsillo, se le pudo volcar más de una vez. Si lo compuso a lápiz, es difícil que sus débiles trazos hubieran subsistido ciento cincuenta años. Pero aunque no fuera apócrifo el "Diario" de Vargas, tampoco es suficiente el testimonio de un oscuro sargento, que cuenta sucesos transcurridos en el área reducida de Ayopaya y en determinado tiempo, para juzgar una lucha inmensamente mayor, extensa, intensa, que duró 15 años y se desparramó por todo el territorio altooperuano, con numerosos caudillos, pueblos diversísimos y acciones incontables.

Esos héroes no escribieron sus proezas. Sin embargo Urcullu, Cortés, Sánchez de Velasco, Moreno, Paz, Arguedas, Finot y muchos otros exaltan la epopeya guerrillera. ¿Por qué Arnade desestima esas fuentes fidedignas y respetables, para dar todo crédito al supuesto "Diario" de un tamborero fantasmal?

Misterios de la crítica metodológica o pseudo científica.

Cegada la segunda fuente del lactante, quedan por examinar gruesos errores y evidentes injusticias.

En la página 230 sostiene Arnade que "Olañeta fue, a su propia manera un genio en política e intriga, deshonesto, y el más grande e importante de todos los líderes bolivianos". Por la página 249, nota 89 al capítulo 4, lo califica de "figura mediocre". En qué quedamos: ¿genialidad, mediocridad? Afirma que era "un inescrupuloso actor sin jota de convicción política o ética" (pág. 166); pero él mismo se desmiente recordando que Olañeta expresó a Sucre los móviles de su conducta al servir a los españoles, con la ética de subordinarlo todo a la discordia entre ellos y la autonomía del Alto Perú (pág. 178).

Unas veces Arnade ve a Olañeta como figura americana. Otras lo presenta pequeño, inmoral, tornadizo. Si identifica la creación de Bolivia con la vida de Olañeta —tal como él las presenta— resultaría que partero y criatura son muy poca cosa. Felizmente no es así.

¿Quién era Casimiro Olañeta?

Roberto Prudencio lo ve como "una personalidad desconcertante, el eterno descontento, que sirve a todos los revolucionarios y ataca a todos los gobiernos. Un Fouché criollo, inestable, escurridizo, que exige la pluma de un Stefan Zweig para poder interpretarlo". Arguedas lo denomina "fundador del radicalismo teórico". Para Vaca Guzmán su mayor mérito consiste "en su amor profundo por la libertad". Gustavo Adolfo Otero lo define: "figura proteica, multiforme, compleja. Gran tipo intelectual pero abúlico en política. Su personalidad demoníaca en la zona tempestuosa de la política, demuestra una quiebra entre las fuerzas morales y la conducción intelectual".

Olvidando que fueron la voluntad indeclinable de las provincias altoperuanas y la rectitud de Sucre que la interpretaba, las que vencieron la resistencia inicial de Bolívar, varios autores piensan que Olañeta fue el solo fundador de la nación. Extremo que ya la historia aclaró: Olañeta ayudó a crear; no creó, él solo, a Bolivia.

Esta figura sombría cruza nuestra historia entre rayos de reprobación y relámpagos de gloria.

Casimiro Olañeta pertenece a la raza trágica de los grandes infortunados. Escritor, político, polemista, orador de singulares aptitudes, no se le puede defender desde el ángulo moral. Pero en la inteligencia y en la acción fulgura, así, disperso, contradictorio, eficaz y vacilante a un tiempo, habilísimo intrigante, víctima de un genio adverso que lo induce a destrozar su propia obra y la de los demás.

Político y tribuno en Charcas, es nombrado Auditor de Guerra del Ejército Libertador de Bolívar por sus servicios heroicos y eminentes". Diputado, diplomático, ministro de Estado, líder en la Asamblea Constituyente de 1825, presidente de la Corte Suprema de Justicia, brilla donde actúa. Fue gran asesor y tenaz impugnador. Orientaba los debates de la opinión con pericia argumentativa. En sus folletos y panfletos políticos —que fueron muchos— se dibujan un razonador implacable y el estilista genial. Su "Defensa de Bolivia" contra la codicia de Gamarra, eslabonada en seis folletos, es un monumento dialéctico.

Leído con atención y entendido en la época borrascosa que le tocó vivir, Olañeta despierta admiración aun entre los más prevenidos.

¿Que fue falaz? El ha contestado: "Me llamáis inconsecuente; si los gobiernos no son consecuentes con los principios ¿cómo queréis que yo lo sea con ellos?"

Se dice que era ambicioso y tornadizo. Sin embargo de sus labios brota esta sentencia: "La revolución moral es la única feliz".

Afirmase que ha sido el gran disociador, pero sabía tocar las fibras de la unión como ninguno: "Cuando toquen de afuera la puerta de la familia, no haya más que un sentimiento, una opinión, un partido y una sola gloria: resistir la agresión".

Su patriotismo late en esta frase: "Viviremos independientes con honor o moriremos libres sin infamia". Luego el polemista electrizante se destapa y agotado el debate jurídico amenaza: "A la fuerza, fuerza, y al cañón, cañón".

No fue el acomodaticio permanente. Conoció también destierro y persecución. Habló de la patria recién creada con amorosa ternura y en imágenes poéticas. Dice de ella: "Bolivia, la última de las vírgenes de América".

Por fin el apóstrofe magnífico que lo pinta entero, afirmativo, creador: "Bolivianos somos, nombre tenemos, patria poseemos, leyes nos amparan, garantías nos protegen ¿y nos faltará valor para defender objetos tan caros?"

He traído el recuerdo de la mentalidad olañetina para que cada uno juzgue por sí. Acaso un día la historia rectifique su juicio acerbo y los errores turbios del político se compensen con los desvelos del patriota, los quebrantos del estadista y las fatigas del luchador.

Olañeta no es arquetipo para las generaciones. Es más bien el contra-tipo descubierto por la ciencia. La riqueza vibrátil de sus reacciones mentales, la tensión desmedida de su mundo emotivo, lo llevan sin tregua primero a la fe revolucionaria, luego a las dudas esterilizantes, por último a la negación que desembocará en nuevo combate. Siempre inconforme, criticando siempre, es el ángel negro de la contradicción. Niega y destruye, pero también, por raro que parezca, afirma la vida que crece, la nueva patria, la gente boliviana que como él pasa rápidamente del idealismo brusco a la decepción y al descontento, porque es corto el buen hacer y largo y constante el mal pasar de esta patria desventurada.

Es el tipo superior extraviado, diría Lazurski. Un numen nefasto preside su vida y su obra. Pero en sus escritos asoma un corazón noble traicionado por una inteligencia cavilosa y urdidora de conflictos.

La personalidad compleja y trágica de Casimiro Olañeta escapa al simplismo apreciativo del historiador norteamericano. Acaso sea ya hora de rehabilitar al gran chuquisaqueño.

Las contradicciones del libro son muchas. Citaré sólo algunas. Por la página 66 dice Arnade que "para los guerrilleros no importaba el motivo por el cual luchaban, sino sólo que fueran capaces de luchar"; en la página 68 menciona el concepto de patria, en boca de un guerrillero: "por la patria debemos defender y sacrificar nuestros intereses y nuestra vida". En otra parte sostiene (pág. 67): "Ninguno de los patriotas luchó por un Alto Perú independiente, sino sólo por ambición personal, aventura y botín"; luego se rectifica a sí mismo (pág. 68) al expresar: "el anhelo por la libertad fue predominante en sus mentes". Hace aparecer al guerrillero Lanza como desalmado e ingrato (pág. 70) porque hizo fusilar a su amigo Chinchilla; y en la página siguiente se desmiente anotando que Lanza no obró por ambición personal, sino "porque tenía instrucciones de los superiores de las Provincias Unidas". Estampa la insidia (pág. 67) de "que ningún guerrillero luchó por un Alto Perú independiente", pero en la página 94, refiriéndose a Padilla aclara rotundo: "Entrevió claramente la creación de un Alto Perú independiente". Por la página 73 anota despectivo: "Las guerrillas representaron un pequeño factor"; y en la página 84 se contradice al manifestar: "Goyeneche tuvo que permanecer en el Alto Perú debido a una seria amenaza de las guerrillas".

¿Cómo admitir contradicciones tan evidentes en un historiador?

Y entre tantos errores de bulto, este anacronismo delicioso de la página 152: "Arraya entró sin ser advertido en la habitación de Carratalá y lo forzó, estando en pijama, a marchar con él".

En 1824 sólo se conocía el camisón.

Otra de las obsesiones del autor es la subestimación de las guerrillas altoperuanas.

Ridiculiza a Lanza, ignora a doña Juana Azurduy de Padilla, aminora a Muñecas, recoge las difamaciones contra Méndez, no le impresiona la degollación de Warnes y Padilla en el campo de batalla. Para él sólo existen "el célebre Arenales" y el tamborero enredista de un diario apócrifo.

Arnade ve únicamente montoneras irresponsables donde hubieron, en realidad, acciones temerarias y abnegadas de patriotas.

¿Qué fueron las guerrillas? Que hablen voces autorizadas.

Para Roberto Prudencio "narrar aquella epopeya requiere la pluma de un Tito Livio". El argentino Ruiz y Ruiz expresa: "No se ha dado importancia real a esa lucha que duró 15 años, en la que fueron distraídos y diezmados los mejores ejércitos españoles. A ella se debe, en gran parte, que los Libertadores hayan podido cumplir sus destinos". Un día La Serna, combatiendo como general de España contra las republiquetas altoperuanas, asombrado y amargado por el coraje de los patriotas, exclama: "A estos hombres no los venceremos jamás..." Enrique Finot sentencia: "Fue una brega heroica, gloriosa y esforzada importante como factor coadyuvante al éxito final de la Revolución Emancipadora". Vásquez Machicado, Mesa y Gisbert dicen: "Mantenían una lucha tenaz y constante. Fue una gesta heroica". Arguedas dedica un extenso capítulo de su historia monumental de Bolivia a la que él califica como "la santa cruzada de las Republiquetas". Si no bastaran esos juicios de historiadores bolivianos, ahí va éste, de Mitre, prócer argentino: "Es ésta una de las guerras más extraordinarias por su genialidad, sangrientas represalias, y la más heroica por sus sacrificios oscuros y deliberados".

Las guerrillas duraron 15 años. Hubieron 102 caudillos conocidos de los cuales sólo 9 sobrevivieron, pereciendo en combate 93 sin dar ni pedir cuartel. ¿Qué mayor prueba de hombría?

Y cuando Juana Azurduy de Padilla, heroína estupenda que dió a la Patria su belleza y su dicha, ve perecer a su esposo el gran guerrillero Manuel Ascencio Padilla, su hogar deshecho, y se siente acosada por los enemigos que quieren victimarla, lanza estas palabras que la historia ha recogido para significar el sacrificio profundo, la tensión dramática de esos tiempos varoniles:

—"Hicimos rajar a los chapetones!"

En mi libro "Thunupa" he precisado el sentido y proyección de la lucha de los guerrilleros. Es innecesario volver al tema.

Arnade es tan inconsecuente consigo mismo, que después de reconocer —páginas 88 y 110— tres veces la importancia de las guerrillas, por la página 72 anota: "Las guerrillas no fueron las creadoras de Bolivia. Su independencia se debió, entre otros factores, a dos antagónicas pero importantes causas: resentimiento contra la Argentina y las posteriores intrigas de algunos leales".

Juicio falso y risible. Jamás el resentimiento y la intriga, por sí solos, decidieron revoluciones. Fueron muchas, complejas, convergentes, de raíz histórica, política, económica y social, las causas que determinaron la Independencia. El anhelo de libertad y autonomía política, la discriminación racial, los privilegios sociales, la explotación del indio y la subestimación del mestizo, los monopolios comerciales, los levantamientos mestizos y las sublevaciones indígenas, la prédica emancipadora de Charcas, la revolución de La Paz, el heroísmo de las guerrillas en 15 años de lucha, los ejércitos auxiliares argentinos apesar de sus yerros, la fuerza impulsora de la economía altoperuana y de la sociedad criolla, la genial intuición de Sucre, la comprensión longuividente de Bolívar, los trabajos políticos de Olañeta, Serrano Urcullu y otros, las batallas de Junín y Ayacucho, los ejércitos libertadores en la meseta andina; y sólo como factores secundarios el ulterior descontento contra las Provincias Unidas y la mudanza de quienes viendo perdida la causa real abrazaron la república naciente.

Así pudo decir Camacho, en admirable síntesis: "El derecho altoperuano nace del derecho revolucionario, es decir el derecho de soberanía que acaba de ganar tras una cruenta guerra".

Historiadores hay para quienes la emancipación fue una guerra civil, lo que explica —aunque no justifique en el plano ético— los cambios de bando. Arnade desconoce estos flujos y reflujos del carácter humano, sin comprender que para salvar la vida o frente a la indecisión del oscuro porvenir, no sólo en el Alto Perú, sino en todo pueblo y época, los hombres mudan de convicción como lo manda su inmediata necesidad.

Las guerrillas altoperuanas "amarraron" a los ejércitos españoles en el planalto andino. Si se mide la grandeza de los héroes por la santidad de su causa, la escasez de sus recursos y su coraje indomable, Bolivia puede enorgullecerse de los Padilla, los Lanza, Muñecas, Warnes,

Mercado, Arenales, Camargo, Zárate, Méndez, Betanzos, Rojas, Lira, Ravelo y noventa más caídos casi todos en el campo de batalla por un ideal de patria libre.

No fueron héroes homéricos ni generales napoleónicos. Algo menos y algo más: fueron el pueblo en armas, creador de su derecho, constructor de su destino. Y esas cabezas que cayeron segadas por el sable o la cuchilla virreinales, mandan todavía que no existe patria digna donde no hay instituciones libres, donde falta el coraje para defenderlas, donde se debilitan la conciencia civil y el espíritu de sacrificio para luchar contra los déspotas.

Otro grave error de Arnade: abrazar la causa de los difamadores de Murillo y exaltar la odiosa figura de Goyeneche.

Murillo no requiere defensa. El gran cholo paceño es ya eminencia representativa de América. Pero sería bien que el investigador "exhaustivo" del período de la Independencia, leyera la defensa del caudillo por Ismael Vásquez y el excelente libro que le ha dedicado Manuel Carrasco.

Lo que sí merece rectificación es aquel pretense Goyeneche caballero y magnánimo que intenta meternos de contrabando.

Por la página 243, habla de un "Goyeneche usualmente moderado". ¿Pero qué libros leyó, qué documentos consultó para lanzar juicio tan peregrino, cuando la historia de ayer y de hoy se compacta en calificar a este militar español como modelo de perfidia —recuérdese la intriga carlotina y la ruptura del armisticio en Guaqui— violento, cruel, sanguinario, que sólo ruinas y lágrimas dejó a su paso por el Alto Perú?

Basten dos testimonios. El general Paz, argentino, señala: "Ninguno de los generales españoles ha excedido en crueldad a Goyeneche". Urcullu, boliviano, cuenta que en Chuquisaca Goyeneche lanzó sus tropas al saqueo diciéndoles: "Sois dueños de vidas y haciendas".

El capítulo V falla desde el título: no hubo tal Grande Intriga.

El general Pedro Olañeta era una personalidad compleja, problemática. No fue víctima de las intrigas de su sobrino Casimiro como apunta Arnade, sino que éste aprovechó la ambición del tío para ahondar su separación del Virrey La Serna. Cosa distinta. El mismo autor reconoce —página 122— que fue el antagonismo contra La Serna, Valdez y Canterac, el que determinó la extraña conducta del general Olañeta. Este sentíase "virtual gobernante del Perú" (pág. 135) y confiaba que el Rey lo haría "Virrey del Perú" (pág. 132). Estas son las raíces psicológicas de su rebelión. Pedro Olañeta, carácter recio y adusto, no se dejaba manejar por nadie. Desunir a los españoles no era empresa genial ni original. Ya andaba el cisma en España y en el Alto Perú y tan removidos tenía los ánimos entre civiles y militares, que fue factor principal de la emancipación. Casimiro Olañeta no inventó la receta de la discordia: táctico consumado, se limitó a repetirla y atizarla.

La puerilidad crítica del autor se revela cuando en la página 239, por encontrar un error sostiene: "La absoluta inutilidad de la biografía de Lanza por Luís S. Crespo". Un error —o varios— no bastan para invalidar un libro ni un autor. A Mommsen se le demostraron equívocos sin que por ello hubiera dejado de ser el gran epigrafista y reconstructor del pasado romano.

A excepción de Moreno y Finot, Arnade ignora y menosprecia a los historiadores y escritores bolivianos anteriores a 1952. En cambio infla y lisonjea a los nacionalistas, a los que están en el poder. Esto se llama servilismo y adulación.

Revisando parte de su material bibliográfico se comprueba que es más lo hojeado que lo leído, y menos lo entendido que lo mencionado.

El fenómeno social gravitante —el económico— lo ignora por entero.

Desde el siglo XVIII existía una sociedad criolla, americana, sostenida por el flujo de una economía interna. Se apoyaba no sólo en las minas y el movimiento comercial, sino particularmente en el juego de los mercados internos de La Paz, Charcas, Potosí, Cochabamba,

Santa Cruz. Estos mercados internos, provinciales y comarcanos, intercomunicaban entre sí dando vida a sociedades afines que componían una verdadera nacionalidad aun dentro de la forma jurídica colonial, tanto por la fuerza de su estructura interna cuanto por sus proyecciones sociales. Esta economía surgente, de tipo abierto y dinámico, pugnando siempre por desenvolvimiento autónomo, fue la palanca que opuso el genio americano al despotismo mercantil de los peninsulares, de orden cerrado y monopolista.

Otero sostiene que la revolución americana, como hecho económico, "fue la lucha de las clases humildes contra la aristocracia y burguesía capitalistas. Así se pelea por la rebaja de tasas, alcabalas, diezmos y extinción de monopolios".

Todos querían moverse y manejarse por sí mismos. Existía en el sentimiento, en la voluntad, en el flujo económico interno de las provincias alto peruanas, una nacionalidad preformada, en función aglutinante de clases sociales nuevas e intereses económicos ascendentes, que resultó causa principalísima para la emancipación.

Sin el estudio previo de ese proceso económico-social, no se puede comprender la etapa de la pre-independencia. Esa génesis anímica, histórica y política, no la vió Arnade enredado en los silogismos coloniales. No fueron las intrigas de salón, sino la enérgica decisión de los pueblos la que impuso la joven República. Bolivia surgió al impulso de una filosofía de libertad, en pos de autonomía política, de independencia económica, de igualdad social, ideales que impusieron inmensos sacrificios de vidas, honras y haciendas, hasta darse por sí misma la esencia ideal, la forma nacional, de un modo larvado, antes que las espadas de los Libertadores hubieran traído al Potosí y al Illimani los fulgores del sol de Ayacucho.

Por la página 230 anota el autor que "La Creación de Bolivia fue un producto de 16 años de revolución, guerra e intrigas". No ha visto el fondo inmenso y patético, convulso y cambiante de esos movimientos libertarios en que ardía el continente. Los sacrificios humanos, las economías destruidas, los valores culturales abandonados. Valor, ferocidad, traiciones y deserciones a veces, pero con mayor frecuencia gestos admirables de lealtad y heroísmo, tanto de patriotas como de españoles. Cuando Arguedas habla de "las provincias mártires de Cinti, Camargo, Chichas y otras", sólo ha entrevisto un ángulo del dramático sacrificio alto peruano. Hubieron migraciones penosas, familias enteras desaparecieron, se inmolaron hombres y mujeres. La nueva sociedad americana que surge contra la vetusta sociedad colonial, tiene por madre las dificultades y por padre el dolor. Arnade no alcanza a desentrañar ni la psicología del alto peruano ni las verdaderas dimensiones sociológicas del mundo americano que nació en 1809. Por esto diré que su juicio es obtuso y no verídico.

Ranke enseña que " las fuentes históricas deben someterse a riguroso análisis antes de aceptar su testimonio". Arnade prescinde del consejo. El mira, copia, y se lava las manos. Por eso ignora el verdadero Alto Perú y la Bolivia entrañable. A fuerza de examinar documentos y soñar en intrigas doctorales, ha olvidado las dos fuentes primarias de la historia: el mundo como era, el hombre como es.

Tocante a su menosprecio de la Revolución Paceaña. Concede excesiva importancia a Michel, denigra a Murillo y sus compañeros, piensa que el movimiento del 16 de julio sólo era continuación de aquel otro del 25 de mayo.

La Revolución de La Paz y el pronunciamiento de Chuquisaca fueron distintos. Así lo reconocen Arguedas, Camacho, Crespo, Finot, Santa Cruz, Vásquez Machicado y otros historiadores, que conceden a la proclama de la Junta Tuitiva carácter de documento fundamental de la insurrección americana. Chuquisaca era el verbo, La Paz era la acción. Con precisa frase Casto Rojas apunta: "La revolución de La Paz fue la más franca, altiva y temeraria revolución separatista en nombre de la soberanía del pueblo"; califica luego a la proclama de la Junta Tuitiva como "el documento más grandioso que produjo la revolución americana, como pensamiento político y como acción revolucionaria". Escritores extranjeros comienzan ya a reconocer la influencia de la rebelión paceña en la emancipación continental.

Hubo, pues, un tesón kolla y una dialéctica quéchua coincidentes y convergentes en la epopeya de 1809. Y fueron estas marejadas de los movimientos populares y sus intrépidos caudillos, las que verdaderamente definieron la causa libertaria. Las intrigas abren los caminos de la libertad; pero solamente la sangre vertida, los cadáveres en el patíbulo, la tea del honor y el sacrificio hacen las patrias.

Tampoco fue Olañeta promotor de la campaña anti-bolivariana que se estrelló contra Sucre. La iniciaron peruanos y argentinos atribuyendo al Libertador propósitos dictatoriales y celosos de los ejércitos colombianos. Sucre expresaba al general Galindo en 1828: "De Lima han venido muchas cartas provocando aquí a los colombianos a una insurrección". Carlos Blanco Galindo da el cuadro exacto: "Santa Cruz, Olañeta y Blanco deseaban en Bolivia un gobierno netamente nacional, así se explica su actitud contra la política de Bolívar. Cuando Gamarra invade territorio boliviano en 1828 la guerra no era a Bolivia, fue contra las tropas colombianas y en apoyo del sentimiento casi unánime del pueblo boliviano por verlas alejadas de su territorio, pues habían sufrido vejámenes de ellas y su permanencia era onerosa al país".

Reconozcamos que Olañeta procedió con falsedad, fingiéndose amigo de Sucre y atizando los odios contra él, así como su censurable actitud en el motín que rompió el brazo de Ayacucho; pero aquí también el tribuno no generó los hechos: se limitó a explotarlos.

El antibolivarianismo, que estallaría en fulminante de ingratitud contra Sucre, es un fenómeno político, social y psicológico que cundió por el continente. Esa fuerza reactivada por ambiciones localistas y las intrigas de grupos y personas, fue mucho más temible y eficaz que los movimientos de Olañeta.

El capítulo IX "La Asamblea de Tránsfugas" es tan torpe como injusto. Descalificación en masa inadmisibles. Dice Arnade (pág. 215) que "sólo uno o dos merecían el honor de pertenecer a la Asamblea". Añade (pág. 229) que la magna Asamblea de 1825, "no fue una reunión de hombres de mente cívica, sino de oportunistas sin honestidad o convicción política".

Finot y Arguedas estiman que a la Constituyente de 1825 "fueron los hombres más conspicuos, probos, ilustrados y representativos". Prudencio agrega que eran "formidables dialécticos cuya palabra llena toda nuestra vida republicana en los primeros años". Otros historiadores exaltan las virtudes de quienes componían esa Asamblea. Tan extraviado anda el autor en este punto, que él mismo se desmiente con la sola lectura de las páginas 217 a 228, donde reseña los debates e intervenciones de los asambleístas Olañeta, Serrano, Gutiérrez, Moscoso, Mendizábal, Arellano, de la Borda, Montoya, Sanjinés y otros. Allí se ve justamente todo cuanto Arnade ha negado: hondo amor a la patria que nacía, convicción política de autonomía, sentimiento republicano, decisión por la libertad, reconocimiento a los sacrificios de la Independencia. Hubo, como era lógico, cierta confusión y desorientación, pero al cabo los asambleístas que conocían las raíces históricas, las fallas y abusos del sistema colonial, y anhelaban nuevas estructuras sociales y económicas bajo el molde republicano, para poder pensar y obrar por sí mismos, nos dieron patria libre y nación digna.

Hablar de transfugio e inmoralidad es un cargo gratuito, cuando se ignora las condiciones reales de vida, de ambiente, de época. ¿No fueron miles los norteamericanos que juraron primero lealtad al rey inglés y luego a la Unión? Y en la Guerra de Secesión ¿no cambiaron muchos de bandera?

Los próceres de 1825 no fueron "clase deshonestas", ni asamblea de "ex-godos". Todo este artificio apreciativo carece de base. Ni mejor ni peor que otros congresos que dieron nacimiento a otras naciones, la Asamblea de Chuquisaca fue la expresión política y social de la joven república surgente.

Este libro absurdo —porque no tiene veracidad, lógica, ni debida información— atribuye la creación de Bolivia a las intrigas de Olañeta y al supuesto transfugio de los asambleístas de 1825. Nada dice del sentimiento autonomista preexistente.

El 8 de enero de 1825, antes de conocer a Olañeta, el Mariscal Sucre escribía a Bolívar: "... pues tenemos que trabajar en un país (el Alto Perú) que no es del Perú ni parece que quiere ser sino de sí mismo". El general Heres expresa: "Los deseos de independencia absoluta manifestados por el Alto Perú, constituyeron objeto de profunda meditación del Libertador". Blanco Galindo, resumiendo lo dicho por diversos autores de la época y modernos, anota claramente: "El sentimiento unánime de los pueblos del Alto Perú era por constituirse en nación independiente, y este sentimiento, pulsado por Sucre, lo decidió a dictar el decreto de 9 de febrero de 1825, piedra angular de la nueva nación".

El propio Arnade —pozo de contradicciones— admite en págs. 188 y 190, que el decreto de Sucre es la pieza maestra de la Independencia de Bolivia, y que probablemente fue redactado solamente por el mismo héroe, como producto de su exclusivo juicio.

Abundan testimonio probatorios de esa voluntad inquebrantable de los altoperuanos por la libertad. Por ello resulta infamante, inaceptable, aquel juicio desdichado que el autor estampa en la pág. 230: "La creación de Bolivia es meritoria pero sus creadores inmediatos deben ser despreciados en vez de admirados". Creadores mediatos e inmediatos fueron los pueblos altoperuanos —indígenas, mestizos, guerrilleros, criollos, caudillos y doctores— luego Sucre, Bolívar, Olañeta. Sí vamos a la raíz de las cosas, el insulto de Arnade se proyecta a la nación entera. Aun con errores y defectos, admitiendo que algunos pudieron ser oportunistas, mirando al caso general y no a las excepciones negadoras, los patriotas de 1825 merecen bien de Bolivia y de la historia.

Hombres fueron, proclives a la duda, a la mudanza. Pero sacando fuerzas de su propia flaqueza, sobreponiéndose a la adversidad y a la confusión, intérpretes del anhelo colectivo, justificadores del sacrificio popular y del heroísmo de sus caudillos, ellos crearon esta nación admirable, aun en formación, dándole el sello de su sabiduría, la fuerza integradora de su espíritu civil, y esa tradición de estoicismo ciudadano por la cual luchamos todavía: un pueblo se mide por el tamaño de sus desventuras y la fortaleza con que sus hijos se sobreponen al infortunio y a los propios extravíos.

El libro es tan desordenado, sus omisiones y errores tantos, que se podría llenar un volumen de refutaciones críticas a su texto. Como éste es un ensayo, que apunta sólo a determinados equívocos de Arnade, prefiero dar beligerancia final a sus tres últimas líneas —pág. 230— en las cuales con ánimo maligno el historiador norteamericano expresa: "El sábado 6 de agosto de 1825, Bolivia comenzó su vida como una nación independiente: estaba en el umbral de una terrible y espantosa historia".

¿Qué historia no aparece terrible y espantosa si el investigador se limita a recoger basura, acumulando las tintas negras de la incomprensión?

Sea Bolívar, nuestro Padre, quien conteste al difamador con las poéticas palabras que se dirigía a Santander:

"—Esta República Boliviana tiene para mí un encanto particular. Primero su nombre y después todas sus ventajas, sin un escollo; parece mandada a mano. Cuanto más medito sobre la suerte de este país, tanto más me parece una pequeña maravilla".

DEL MAR BOLIVIANO Y SU RETORNO A LA MONTAÑA

I.- POLÉMICA PORTUARIA

Los universitarios me piden hablar, una vez más, de los temas sacros: el Mar, Abaroa, la Gesta del Topáter.

¡Dichoso el pueblo que sabe honrar la memoria de sus héroes y se afana por la solución de sus problemas, porque vencerá de la incertidumbre, y será el señor de su destino!

En tres conferencias cívicas, pronunciadas en esta misma tribuna, pude referirme al grave asunto de nuestra reintegración marítima: "La Marcha hacia el Mar" en 1951; "Mare Nostrum, Mare Sacrum " en 1960; "Dies Irae por la Patria en Desventura" cuando la cuestión del Lauca en 1961. Insistiré, no obstante, en algunos puntos fundamentales, porque nunca será suficiente la exposición del buen derecho boliviano y la justificación de su demanda restitutoria, hasta que cese la injusticia y nuestro Litoral sea arrebatado de las usurpadoras manos que lo guardan.

El Mar —se ha dicho ya— la gran herida de Bolivia. Si existe una escala de prioridades en orden a las necesidades vitales de este país, nada más necesario, nada más urgente que la prioridad marítima. La integración nacional, el desarrollo económico, la vertebración geográfica, esos nobles planes de tecnificación y educación masiva, la teoría de los valores espirituales aplicada a una viviente realidad ¿de qué servirán si no somos dueños de nuestra propia puerta sobre el manto oceánico?

Y no se pretenda compararnos con Suiza —descabellado paralelo— porque historia, política, economía y factores geográficos son diferentes. Suiza no es en Europa lo que Bolivia en América. Aunque hubieran ciertas semejanzas aparentes, el caso natural e histórico es distinto: Bolivia tuvo, quiere tener, tendrá su Mar! Esto es lo que da santidad a su derecho, alas a su esperanza, el título inmanente de antigua posesión, el anhelo legítimo de recuperar lo que le perteneció. Recordemos con gratitud el lema de Ihering, esa gran figura de la ciencia jurídica del siglo XIX, que escéptico de los conflictos entre las normas jurídicas, la teoría moral, y su aplicación al uso práctico de hombres y pueblos, aconseja: "Debes afirmar tu derecho luchando".

Luchará, pues, Bolivia por su costa perdida. Expondrá sus títulos de propiedad, hará conocer los antecedentes, históricos, políticos y económicos que determinaron la guerra injusta de 1879, difundirá los alcances del inicuo despojo perpetrado por Chile, denunciará el ominoso Tratado de 1904 impuesto a la sombra de los cañones, demostrará la imposibilidad de una vida plena y un desarrollo integral mientras permanezca prisionera detrás de la Cordillera.

Un solo argumento para demostrar la inmensidad del daño que nos causó Chile y los perjuicios que nos sigue ocasionando con la inaudita expoliación: el Boletín "I.P.E.", de orientación y consulta, inteligentemente dirigido por el joven periodista Gonzalo López Muñoz, consignó en su N° 18 de 5 de octubre pasado, la siguiente referencia sobre la que todos los bolivianos debieran reflexionar: "Los territorios bolivianos conquistados por Chile en la Guerra del Pacífico, produjeron en 1961, en minería, \$US. 285.404.302; en el mismo año, Bolivia proporcionó una producción minera total de \$US. 68.688.830". Mídase la diferencia: el país despojado produce como uno y el país ladrón como cuatro. Nos arrebataron con el salitre, con el cobre, con 66.000 kilómetros cuadrados de la provincia de Atacama, con 400 kilómetros lineales de costa, parte enorme de la mejor riqueza boliviana. Y si fijáramos en cifras exactas lo que Chile ha obtenido desde 1880 en riqueza usurpada, de los territorios que se incorporó por la fuerza, no podría pagar a Bolivia ni con toda su renta nacional de muchos años el precio del despojo inicuo, de la riqueza indebidamente dispuesta, de los graves perjuicios causados en el campo económico y social.

Lesión enorme —dirían los jurisperitos—. No se ha de reducir la demanda boliviana a pedir que nos devuelvan la integridad del Litoral que tuvimos en el Pacífico, sino también —cosa

importante— medirá la magnitud colosal de la riqueza defraudada, de los daños y perjuicios causados a la Nación andina. El Mar por restituir es una cosa; el despojo de Atacama otra que complementa la anterior. Y todas dos, en indivisible apreciación jurídica, constituyen un "corpus" integrado que debe servir como piedra angular del buen derecho boliviano:

—Que nos devuelvan lo que fue nuestro y nos compensen por los inmensos daños causados en más de ochenta años de sistemática explotación de las riquezas de Atacama.

Pero no basta que Bolivia exponga su causa y defienda su derecho. Es necesario, además, que reconozcamos nuestra propia responsabilidad por el desorden y las vacilaciones con que enfrentamos el problema marítimo.

Son tres las condiciones básicas para un retorno al Mar:

- 1°.- La unidad nacional.
- 2°.- Trabajo tenaz y responsable, una disciplina colectiva.
- 3°.- Espíritu de lucha y sacrificio.

Infortunadamente, en la actualidad, no se da ninguna de estas tres condiciones en plenitud, sino a través de formas y casos aislados. He aquí por qué nos presentamos al mundo débiles y divididos entre nosotros mismos, mientras Chile nos opone un frente nacional unido y homogéneo en la prédica y en la acción.

Esta es la desventaja que debemos superar: unirnos a toda costa, entendemos a cualquier precio, para que la voluntad de restitución marítima del pueblo boliviano fulgure no como expresión de un partido, de un grupo, de una generación, sino como la espada armoniosa de la Nación que se integra en un solo ideal de reconquista.

La energía de los bolivianos se va dispersando en la contienda interna, en el odio que esteriliza, en las envidias que envilecen, en las intrigas que debilitan. Y como si esto fuera poco las ambiciones de los líderes y las disputas de las camarillas nos tienen ya sobre el filo del abismo: nos envenenamos entre bolivianos, estamos dispuestos a la pelea y al desangre fraternales, olvidando al enemigo secular, al leopardo chileno que acecha en el valle del Azapa y en el Lauca.

No hemos llegado, todavía, a la plena madurez de nuestra causa ni a la posición verdaderamente nacional, sólida y compacta, una y vertical en la candente problemática marítima. No hemos acordado la magnitud del ideal reivindicatorio ni el sistema para convertirlo en realidad. Se han propuesto varios tipos de solución, se han discutido muchos enfoques, pero ni el Gobierno, ni el Parlamento, ni la Oposición coincidieron, hasta hoy, en un planteamiento de gran estilo, en un objetivo común, en un desarrollo eslabonado que fijen —para el presente y también para el futuro— una sola línea de pensamiento y de acción, una misma y continuada política portuaria.

¿Qué quiere Bolivia y cómo se propone conseguirlo?

Esto es lo primero que debemos exponer claramente, sin dubitaciones, sin discrepancias internas, para que América y el mundo sepan la verdad de nuestra causa, la legitimidad de nuestro derecho, la necesidad perentoria del retorno al Mar.

El planteamiento inicial debe ser éste: la restitución a Bolivia, en su integridad, de la provincia de Atacama y sus 400 kilómetros de costa con la debida compensación por 80 años de indebida sustracción de sus ingentes riquezas. La solución final la obtendrán los estadistas, los diplomáticos, los técnicos y los economistas; pero lo que se debe reclamar, como punto de partida es aquello que consigna Eduardo Diez de Medina en su libro "El Problema Continental", publicado en 1921 bajo el seudónimo de Prescott: "Nuestros cuatro puertos: Tocopilla, Mejillones, Cobija, Antofagasta; y nuestras siete caletas principales: Gatico, Guanillos, Michilla, Tames, Gualaguala, Cobre y Paquica".

Porque no se trata de salir al Mar en cualquiera forma y a cualquier precio: no! Esta es, justamente, la trampa que Chile ha tendido a Bolivia sutilmente en diversas ocasiones: la salida al

océano por un corredor, una caleta, un espacio reducido de territorio, lo que equivale a soberanía restringida y comercio en trance de asfixia. Se trata de algo mayor: una solución jurídica integral, una restitución de lo usurpado, un acuerdo de equidad que permita a los tres actores del drama del 79 —Bolivia, Chile, Perú— volver al equilibrio geopolítico en el Pacífico Sur.

Debemos, pues, decir con firmeza: salida al Mar estrecha, no; volver a nuestro Litoral, sí!

El dislocamiento de miras y criterios en la cuestión marítima causa grave daño a la causa boliviana. Existe, ciertamente, un ideal nacional para volver al Mar, pero no se conocen el método y la praxis para convertir ese ideal en realidad.

Lo primero que se ha de pedir a los gobernantes y a los gobernados es una definición en la política portuaria. El regreso al Mar no debe ser motivo de discordia y discrepancias entre bolivianos, sino al contrario: un instrumento unificante, de entendimiento interno, que nos permita plantear claramente a Chile, a las Américas y al Mundo la justicia de nuestra causa, la verdad de nuestra demanda, la necesidad biológica de lo que pedimos.

Unidad de principio y de acción para volver al Mar. Acordar y ejercer una política internacional dinámica, ofensiva, respaldada por la Nación entera. Esto es tan importante — o más — que los planes económicos y las medidas sociales.

Faltan 15 años para que se cumpla el centenario del inicuo despojo. ¿Y cuál será la política portuaria capaz de volver al Mar? Una que incida sobre los siguientes objetivos:

Bolivia debe pedir la revisión o acordar el desahucio del Tratado de 1904.

Hay que desviar nuestro comercio de exportación e importación, dar espaldas a todo puerto chileno propio o usurpado, y utilizar solamente los puertos del Perú.

Promover un movimiento continental de geopolítica sudamericana que contemple nuestra reintegración marítima como eje del equilibrio geográfico y económico del hemisferio sur. Salir por el Atlántico hasta que se pueda volver al Pacífico.

Que toda la economía boliviana trabaje y produzca preparándose para gravitar en el litoral futuro.

No somos guerristas, no creemos en la solución por las armas, pero siempre será bueno discutir con Chile y afianzar nuestro derecho teniendo la protección de las Fuerzas Armadas. O hacer como Israel, el pueblo en armas, donde niños, mujeres, ancianos, igual que jóvenes o gentes maduras saben pelear y defender lo suyo. Hay que insistir: Ejército alejado de las células políticas, de la consigna partidista, sólo al servicio de la Patria.

Formar una flota mercante boliviana que lleve el pabellón nacional por los mares del mundo, anticipando la hora de la reparación.

Atraer brazos, capitales, técnicas, equipos de Europa, del Asia, del África para formar la gran nación futura.

Imponer la moral, educar el carácter, formar hombres de verdad, ciudadanos responsables.

Y si no podemos ganar un puerto natural en el Pacífico, entonces internarse en el océano y edificar el puerto artificial. ¡Nada es imposible! Porque tendremos puerto: natural o artificial. Con acuerdo de los chilenos o por encima de los chilenos.

II.- UNA VISIÓN

No sé, en verdad, cuándo sucedió, cómo ocurrirá, si está acaeciendo ya, porque los viajes en el tiempo no son como las traslaciones en el espacio: vendrán, nadie sabe cuándo; serán, nadie sabe cómo.

Preguntad a los poetas y a los niños: ellos dirán si es cuento, fantasía, visión o realidad.

Y sucedió que en cierta época, los hombres viajaban ya a la Luna, a Marte, a Venus sin haber encontrado las maravillas esperadas, sino sólo vacíos espantables, peligros temibles, desolación. Entonces, como la técnica lo podía todo, resolvieron remodelar el mundo y levantaban puentes fabulosos de aéreas estructuras, colocaban en el espacio ciudades-sateloides, poblaban los mares con cubículos inusitados, los ingenieros construían capitales multiplanas para contener los pueblos siempre en pavoroso ascenso.

Por ese tiempo no existían los ejércitos, porque las armas destructoras eran tan potentes, que sólo una guardia internacional mantenía la paz e impedía que se destruyeran las naciones.

En el territorio del sur estaba agazapado el pueblo del Leopardo, tendido a lo largo de sus costas, siempre dispuesto al salto y al zarpazo. Al centro, en el corazón del continente, como encaramado entre montañas, yacía el pueblo del Cóndor, siempre nostálgico de su mar arrebatado, preparando silenciosamente su regreso a la líquida armonía.

Estalló la guerra un día cualquiera. Sin armas, sin ejércitos, sin destrucción mortífera. La ley internacional, respaldada por la fuerza, prohibía las acciones bélicas y la invasión de territorios. Tampoco subsistían la guerra fría ni las agresiones económicas. Pero la guerra existía como una forma de competencia, como manifestaciones contrarias de pueblo a pueblo, y no se resolvía por las balas y el número de muertos, sino más bien por la grandeza y constancia de los sacrificios colectivos, por el esplendor de las fuerzas morales que ponían en juego las naciones.

Ganaban los mejores, no los más fuertes.

Y cuando los hombres del pueblo del Cóndor pidieron:

— Queremos nuestro Mar!

Respondieron los del país del Leopardo:

— No devolveremos ni una gota!

Conforme al uso internacional de esa época, las Naciones Mayores, custodias de la paz del mundo, sentenciaron:

— Que demuestren su capacidad de sufrimiento, su grandeza moral, y el más digno será contentado.

Y los Cóndores y los Leopardos desarrollaron la contienda sin moverse de sus propios territorios, respaldando con actos ejemplares sus respectivas posiciones.

Dijeron los Cóndores:

—Venderemos nuestras minas para poder volver al océano.

Contestaron los Leopardos:

—Paralizarán nuestros ferrocarriles antes de que toquéis las aguas.

Y cada nación alegaba, a su manera, lo que juzgaba su derecho. La del Cóndor sosteniendo que el Mar le pertenecía por la naturaleza, por la historia, por derecho de antiguo poseedor, habiéndole sido arrebatado en época arcaica, cuando aun existía la conquista por la fuerza. La del Leopardo replicando que los hechos pasados debían olvidarse, porque en realidad, de hecho y de uso, de generación en generación, sólo ellos dominaban la mitad del litoral del Pacífico Sur.

Propusieron luego los Cóndores:

—Cerraremos las escuelas: ya nada se enseñará mientras no se restituya lo justo al desposeído.

Repusieron los Leopardos:

—Renunciaremos a las artes con tal de no ceder un palmo de nuestro actual territorio.

Las Naciones Mayores, entretanto, meditaban: ambos pueblos tienen igual espíritu de renuncia y sacrificio.

Dijeron después los del pueblo del Cóndor:

—Diez generaciones vestirán tipoy y sandalias si llegamos al océano.

Y adujeron los del pueblo del Leopardo:

—Soportaremos una lluvia de ceniza sin término para no entregarlo.

Los Cóndores manifestaron que abominarían del oro, de la plata, y otros metales preciados si se les permitía volver al Mar. Y los Leopardos expresaron que incendiarían su flota y sus máquinas voladoras para impedir ese retorno.

Las Naciones Mayores deliberaban: existe un equilibrio de desprendimientos. ¿Qué hacer? No podemos inclinar la victoria por ninguno.

Los Cóndores reanudaron la ofensiva ofreciendo:

—Que se prenda una hoguera, y el mejor de nuestros hombres se inmolará en ella por el ideal oceánico.

Contraatacaron los Leopardos:

—También el mejor de los nuestros se entregará las llamas en defensa de nuestra causa.

Y el pueblo del Cóndor quiso renunciar a las fiestas si le devolvían su perdido Litoral.

Y la nación del Leopardo arguyó que dejarían de bailar a condición de mantener intacto lo suyo.

Plantearon los Cóndores largas caminatas a pie descalzo a los santuarios, para cumplir su anhelo reparatorio.

Y los Leopardos amenazaron caminar entre espinos.

Perplejas, las Naciones Mayores vacilaban frente la tenacidad con que cada país defendía su causa.

Nadie quería ceder, y se extremaban, de ambos la dos, el tamaño de los sacrificios, la pugna de generosidades.

En el país del Cóndor dieron las gentes por no dormir: velaban, velaban esperando el día sagrado de la vuelta al Mar.

En el suelo del Leopardo la muchedumbre vigilaba, vigilaba, no fuera que por un descuido se les arrebatara lo que antes habían usurpado.

Las Naciones Mayores seguían indecisas. Entretanto crecían el resentimiento, el odio, el temor, el ansia de supremacía en las dos comunidades litigantes. Porque unos querían recuperar aquello que les había pertenecido, y otros se negaban a restituir lo despojado. Al centro, la Cordillera inmutable ponía sus torres de nieve, altas y puras, entre los enconados. Y muchos pedían, airados, que se volviera al tiempo antiguo, cuando los pueblos dirimían por el fuego y por la sangre sus disputas.

Pero vino inmediata la advertencia de las Naciones Mayores:

—La nación que inicie el ataque y derrame sangre contraria, será borrada de la faz del mundo: desaparecerá.

Finalmente los Cóndores dijeron:

—He aquí: cuanto poseemos para obtener el Mar. Nos privaremos de todo, viviremos en casas humildes, de greda serán nuestros cántaros, los trajes de tipoy, las joyas de las mujeres y los bienes de los hombres para comprar nuestro acceso al ámbito marino.

Mas los Leopardos rechazaron la demanda:

—No vendemos ni devolvemos el Mar.

Y la vieja pugna regresaba al punto muerto de los equilibrios: no había solución.

Entonces un viejo Amauta, hundido en las montañas, que nada sabía de átomos ni de cohetes espaciales, dijo a los Cóndores estas palabras veraces:

—El camino está equivocado. No es ofreciendo, no es comparando como se ha de vencer. En los grandes tiempos, las palabras deben callar para que obren los pumas de la acción. Ni las Naciones Mayores ni el Leopardo comprenden vuestro lenguaje. Reconcentraos, haceos fuertes, volved al estilo secular y cuando llegue la hora salid a la búsqueda del Mar...

Y el pueblo del Cóndor meditó largamente en las palabras del amauta. Y hombres, mujeres, ancianos, niños, jóvenes comunicaron su dolor y su inquietud: un nuevo anhelo, una vida nueva circularon por sus venas. Y cuando sintieron que las voces del destino entrañable subían por una sola espiga de verdad y abnegación, comunicaron al mundo:

—Si el Mar no viene a la Montaña, la Montaña se moverá hacia el Mar.

A su turno los Leopardos advirtieron:

—Si bajáis a la costa habrá pelea, aunque las Naciones Mayores nos borren de la faz del planeta.

— Pero el pueblo del Cóndor desoyó la amenaza. Y un Día de Días, sin aguardar voces de mando ni músicas marciales, abandonando sus llanos, sus valles, las ciudades y los campos, alejándose de los Castillos de Nieve y la inmensa pesadumbre de montañas, la nación de los Cóndores comenzó a moverse rumbo al Mar. Habían jóvenes de anchos pechos y mirada varonil. Bellas muchachas de caderas soberbias y ojos de vicuña. Ancianos de barbas fluviales y paso tranquilo. Niños angelicales y traviesos. Hombres maduros y mujeres sapientes que cuidaban por mayores y menores. Y estaban todos: los campesinos con sus palas y sus chontas, los mineros de cascos rojos y altas botas, los fabriles de fuertes manos, los ferroviarios de mirada de halcón, los empleados y los técnicos, los profesionales y los intelectuales, políticos e independientes, los petroleros y los agricultores, artistas y escritores, sacerdotes, militares, las cholas de los mercados, los vendedores ambulantes, maestros y profesoras, los próceres de alta frente, los líderes tumultuosos, los sindicatos y las élites, los periodistas de prensa y de radio. Y encabezando la inmensa procesión, los estudiantes entonaban coros triunfales y repetían los versos y las prosas de los idealistas que anticiparon el Día Sagrado con sus cantos de esperanza.

Era la hora del destino. Del pueblo en marcha.

Las multitudes del pueblo Cóndor crecían sin cesar: primero cientos, luego miles, centenares de miles, tal vez millones. Nadie sabe si dormían, si se alimentaban ni cómo podían sostenerse. Avanzaban, avanzaban, siempre rumbo al mar. Ninguno se detenía cuando alguno caía porque la fuerza que impulsaba a todos era mayor que la debilidad de cualquiera. Y proseguían el desfile poblando las sierras y los valles con el vocerío de su júbilo triunfal.

A su paso los cactus florecían con tintes violentos; las khantutas estallaban en mágicos rubíes; Pacha, la tierra madre, se estremecía de ternura y de coraje; las rocas se agitaban con músicas internas como queriendo hablar; y la Puya Raimondi dió una flor que parecía un sol.

¡Tantos y conmovidos, cuántos los esforzados! No se les podía contar: llenaban los caminos. Eran la Nación en movimiento de justicia. Una cruzada de verdad intrépida. El pueblo

sediento de restitución. Era la marcha titánica del Ande que crece y se enciende, se aclara y se funde en la Busca del Mar!

Y una música extraña, poderosa, seguía a la muchedumbre de los Cóndores, como esos coros de Haendel y de Bach, que reuniendo en una sola explosión de belleza la voluntad concertada de muchos abren camino a las estrellas. A la manera de esas sinfonías congeladas en las nieves de los Andes, que el pulmón vibrante de los vientos despierta y desparrama por la ruda majestad de la meseta. O como esos versos de Franz Tamayo que hacen llorar a las piedras y caminar a las estatuas.

Cuando los binóculos de los centinelas avisaron a los Leopardos que unos puntos negros descolgándose de la Cordillera anunciaban la invasión, los de la costa se aprestaron a repeler a los Cóndores.

—¡No disparen! —fue la orden de su Jefe—. Que comiencen ellos y así serán culpables de vertir sangre humana.

Dos horas después la muchedumbre interminable del pueblo del Cóndor desfilaba frente al ejército azorado del pueblo del Leopardo. Viendo a los que llegaban sin armas, extenuados por la extensa caminata, entonando todavía cánticos de júbilo, las gentes de la costa se desconcertaron.

—No podemos disparar —dijeron los Leopardos— sería un genocidio. Y pidieron instrucciones a su capital lejana.

Las multitudes montañosas siguieron avanzando rumbo al océano. Unos de pies sangrantes, otros con las ropas desgarradas, muchos desfallecientes, algunos acosados por el hambre y por la sed, pero cuando avistaron la cresta de la espuma en las olas del confín, un flujo eléctrico revivificó los corazones:

-¡El Mar, el Mar, el Mar! El Mar amado, soñado, de la ausencia desgarradora y las nostalgias melancólicas. El mar perdido de los abuelos, el mar recuperado para los hijos y los nietos. El ideal que se vuelve realidad, la recompensa de un largo padecer. El Mar santificado por la angustia de las generaciones enclaustradas, por el dolor de la partida, por la alegría del retorno, por la misteriosa primavera del espíritu que sucede a un largo sufrimiento.

Entonces la muchedumbre y los Jefes del pueblo del Cóndor, calmado el primer deslumbramiento, dijeron:

—Aquí nos quedamos. Fundaremos morada y puerto permanentes.

Pero los del pueblo del Leopardo movilizaron sus ejércitos para expulsar a los forasteros del litoral que acababan de ocupar.

—Han conocido el Mar —dijeron— ahora que vuelvan a sus montañas. Y si no que se repongan, que se armen y hagan pelea, porque los expulsaremos de las playas.

El pueblo del Cóndor contestó con altivez:

—Nadie podrá quitarnos el Mar recuperado por nuestra Fe. Aquí estamos y aquí estaremos para siempre!

Y se dispusieron a la defensa y al combate, enardecidos por la cercanía del ídolo marino.

Pero las Naciones Mayores hicieron sentir su decisión:

—Los Cóndores han expuesto su existencia nacional, paralizaron su economía, perdieron muchas vidas, soportaron estoicamente penurias y dolores por realizar su ideal restitutorio. El espíritu ha vencido, una vez más, a la fuerza. Queden allí, para siempre, en el Mar que les pertenece. Los Leopardos retrocederán que aun tienen muchas playas para subsistir.

Y a los Leopardos les limaron las garras para que no volvieran a apoderarse de lo ajeno. Y a los Cóndores les fortalecieron las alas para que pudieran internarse largamente en el océano.

Y así terminó, terminará, o puede terminar la injusta clausura del Pueblo Cóndor, por la voluntad irresistible de la comunidad entera. Porque cuando todos marchan y empujan en una sola dirección, poniendo en juego las fuerzas tensoras del carácter, las reservas diamantinas del alma, en un mismo ideal ansioso de inmediata realidad, la historia y la naturaleza retiran sus horizontes flexibles y pueden suceder las cosas más increíbles dentro de los marcos más extraños.

Porque está escrito: si el Mar no viene a la Montaña, la Montaña puede moverse hacia el Mar. Y los sueños del poeta son anticipaciones del tiempo que aun no ha sido. Y también la fábula, en su lengua de oro, trae una clave de revelaciones, porque el hombre es criatura de sus actos, y la Nación la constructora del destino.

¡Todo es posible! Hasta que de un cuento, de una visión, brote la verdad futura.

III.- ABAROA Y SU MENSAJE

Abaroa. El Topáter. La frase genial. ¿Cómo se proyectan en el alma boliviana?

Abaroa es la figura ejemplar, esclarecedora de la virtud nativa. El punto cimero para una pedagogía histórica. Es la enseñanza que ilumina. Es el deber que manda. Es el valor que impele y fortalece. Es la palabra sin término que ordena para siempre: a rescatar el Mar prisionero en manos de Caín!

¿Y cuál será, para los bolivianos de hoy, para estas juventudes que buscan su camino en medio de una reyerta continuada, el sentido del sacrificio de Abaroa?

Se ha visto sólo el frontis de las grandes acciones viriles y no los flancos de sombra donde duermen los altos designios. Abaroa no es el mimado de la fortuna, el predestinado de la gloria, mas el héroe súbito, hechura de sí mismo, que se encumbra y se aniquila en un instante. Tres seres en uno: el héroe, el ciudadano, el hombre. Todo valiente puede alzarse al heroísmo. Todo patriota se enaltecerá en el cumplimiento de su deber. Pero no todos son capaces del sublime desprendimiento de la dicha y de la vida. Ese oscuro ciudadano que al ver la Patria invadida se apresta a defenderla, que rechaza con altivez rendirse, y que sucumbe valerosamente despertando admiración en los propios enemigos, es el prototipo de la virtud más alta: "areté" —decían los griegos— el espíritu selecto, el ideal caballeresco que desembocan en heroísmo guerrero. Grandeza moral, entrega desinteresada, sublime abnegación —agregaremos nosotros, almas cristianas, sacudidas por el doble fervor de la piedad y el sacrificio.

La ética trascendental y el civismo magistral convergen al vocablo magno: sacrificio, dación sincera, el mayor rasgo de nobleza humana, porque renunciando a todos los atributos y goces del vivir, el hombre como se acrece y dignifica en la llama purificadora de su conciencia moral.

Esta es la lección viva de Abaroa: no basta vivir, hay que vivir con dignidad. No es suficiente amar y servir a la Patria, es preciso amarla con desinterés y servirla con abnegación. Y si el morir debe llegar a todos, que cada cual engrandezca su propio perecer porque es de hombres y cristianos afrontar sin cobardía lo que venga.

Y el mensaje interior del Hombre de Calama, más allá del gesto épico, de las seis palabras inmortales, de la famosa interjección, es uno de verdad y admonición:

—La Patria no perdura, la Patria no se engrandece, la Patria no puede ser dichosa en el odio y en el desorden, en la mentira y en la corrupción, en la violencia y en el fraude.

¿Cómo honrar a nuestros Héroes si no estamos a la altura de su herencia de honor? ¿Qué revolución nacional será fecunda si mantiene a los bolivianos divididos y enconados? Pueden llegar el progreso real, el desarrollo orgánico, un bienestar estable, en medio del descontento y las injurias? Y algo más grave todavía: ¿cómo podremos recuperar el Litoral perdido, si no podemos entendernos en esta patria mediterránea que seguimos mutilando y destrozando con pugnas intestinas?

Abaroa será, pues, el cauterio en la herida: aunque duela, o precisamente porque duele, el sentido trascendente de su mensaje cívico manda poner orden en la casa de los bolivianos, apaciguar los enconos, acercar las conciencias, buscar soluciones nacionales por encima de las rencillas domésticas, salir del compadreo partidista para alzarnos al plano superior de la Nación unida y fuerte, donde nadie se sienta perseguido ni humillado.

Es cosa sorprendente que en los programas políticos ni en los planes de gobierno, nadie se detenga a examinar ese vacío creciente que se viene produciendo en el alma nacional: la quiebra de los valores éticos, la indiferencia frente a la inmoralidad reinante, el debilitamiento progresivo de la conciencia moral, cuando no hay grupo, sociedad, ni nación que puedan subsistir si desconocen los valores del espíritu.

Aquí repetiré lo que vengo recordando desde las campañas cívicas de 1948: Bolivia requiere, antes que el cambio político, y los planes de la economía y de la técnica, una revolución moral que mejore las instituciones y ennoblezca a los hombres. Sólo así podremos superar el grueso materialismo de los apetitos, el peligro de la disolución civil.

¿No tenemos, acaso, el ejemplo actual a la vista? De Gaulle visita México y la juventud lo aclama porque ha visto en él al gran conductor reanimador de la Francia ilustre. ¿Y cómo ha levantado De Gaulle a Francia? Erigiendo la nueva República Francesa sobre basamentos graníticos de verdad, de rectitud, de grandeza moral. Primero el hombre francés: honesto, responsable, emprendedor, vertical en su deber y en sus anhelos. Después la sociedad francesa: reanimada, ordenada y sostenida por el esfuerzo conjunto de sus células humanas. Cualesquier que sean los errores y deficiencias en el caso galo, la Francia degaullista es un ejemplo de virtud e intrepidez para el mundo: se levantó de la anarquía política, del caos económico, de la inmoralidad burocrática, a la consistencia interna y al prestigio universal, porque supo partir del ángulo exacto desde el cual se recuperan y se engrandecen las patrias: el ángulo moral.

Si en Bolivia, en vez de pelear desesperadamente por el poder político y la partija de los cargos y prebendas, los partidos se ocuparan de formar buenos ciudadanos, podríamos soñar en un resurgimiento nacional. Hay que regresar a una sana escala de valores. La meta de los jóvenes no debe ser el cargo público, la situación de favor, sino la profesión honrada, la ocupación independiente, los ascensos que se ganan con esfuerzo y capacidad.

Y ésta es, también, lección que debemos a Eduardo Abaroa, el hacedor de patria, el que la sigue haciendo todavía: no nacimos bolivianos para usufructuarla, sino para honrarla y servirla sin desmayos. Por hombres se hacen las patrias, por hombres de verdad: enteros, insobornables, esforzados. Y las ayudas exteriores y los empeños internos —llámense planes, dólares, técnicos o equipos— poco podrán realizar si falla el concurso humano o se deterioran leyes y costumbres.

Si Bolivia aspira a superar su desconcierto actual, tiene que partir del hombre boliviano. No es que la sociedad jurídicamente justa y económicamente ordenada haga mejor al ciudadano; es el buen ciudadano el que construye la sociedad justa y ordenada.

El Hombre del Topáter está allí, en la desolación del desierto atacameño, y está también aquí, entre nosotros, haciendo siembra de varonía, escuela de verdad. Recordándonos que el patriotismo es un ímpetu misterioso, un magisterio sagrado, una búsqueda llameante de mejores destinos. Caído pero no vencido, como lo ha visto la escultura de Luján. Transfigurando la derrota en victoria. Y el índice altanero que apunta al mar lejano, enseña para siempre:

—Preparar al hombre boliviano para que sea capaz de recuperar su salida marítima. Porque nunca grandes ideales se lograron sin altos sacrificios.

En la cruda y centelleante política moderna, en la vasta y desunida América del Sur, estamos solos. Todos nos escuchan, alguno tiende la mano, pero nadie hará nada si no somos capaces de alzarnos a la altura de una nueva audacia. En el duro, tenso y tempestuoso mundo de los bolivianos sólo deben contar el esfuerzo propio y la interior decisión.

El Mar no ha de volver por clamoreos y reclamos. Tendremos que salir a su encuentro. Sólo una alianza entre bolivianos podrá llevarnos de la injusticia de hoy a la justicia de mañana.

El ideal de reintegración marítima exige una mística de tensión y sacrificio: la que hubo en las campañas de la Independencia, en el Pacífico, en el Acre, en el Chaco, en abril de 1952. La que va desapareciendo, porque la disputa por el poder y los agravios fratricidas están desterrando del corazón boliviano la generosidad, madre de todo heroísmo, la noción de trabajo ordenado y responsable, el sentimiento de abnegación y desprendimiento para servir a la República, que aprendimos de nuestros abuelos y nuestros padres y que ahora casi no existen ya.

¿Por qué esta severa requisitoria? Porque si no reconocemos nuestra debilidad actual, si no superamos nuestros yerros, si no somos capaces de regeneración moral en los ciudadanos y de eficacia productiva en el Estado, no podremos alcanzar a metas más altas y lejanas.

Debemos creer en Bolivia, en la fuerza resurrectora de su conciencia nacional, en el ímpetu renovador de sus juventudes, en la savia saludable de los nuevos partidos y los futuros conductores. Bolivia tiene el derecho de exigirnos a todos, a los que nos vamos a ir, a los que actúan, y a los que vendrán, un mínimo de honradez y de coraje para afrontar la verdad: honor insigne el de llamarse boliviano, pero nadie lo merecerá de veras en tanto no haya rendido tributo de constancia y sacrificio a la Patria Eterna que se gana con la virtud civil y se defiende y acrecienta por el deber de cada día.

Que el regreso al Mar sea, para los bolivianos, espuela de fuego, consigna de futuro. Esa fuerza irresistible que nos devolverá al respeto y a la gravitación continentales. Ese poder oculto y misterioso que hará el milagro de unirnos en la desgracia para acercarnos mayormente en la ventura y la prosperidad.

Pero no bastan el alto ideal nacional ni la necesidad inmediata para conducir a un pueblo a metas superiores. Si no actuamos dentro de un plano de realidades, el esfuerzo colectivo no pasará del buen deseo.

Tenemos la mitad de la población que tiene Chile: cuatro millones de habitantes contra ocho. Este factor demográfico conspira contra el fortalecimiento boliviano, y debemos compensarlo a toda prisa, sea promoviendo grandes corrientes inmigratorias o elevando los índices de natalidad. Hay que poblar las fronteras, ligar con carreteras modernas nuestro dislocado territorio, integrar las economías provinciales. Liquidemos el analfabetismo y que termine la anarquía en los campos. Que minas y petróleos superen la consigna y el desorden políticos por la necesidad económica. Bolivia debe tecnificar su agricultura, fundar nuevas industrias y proteger a las ya establecidas, estimular el comercio, promover por todos los medios la atracción de capitales, el desarrollo de fuentes productivas, el cumplimiento de la fe pública y del contrato privado. Y sobre todo el imperio de la ley, el respeto a la dignidad humana, una burocracia eficiente, una administración responsable que nos restituyan la confianza en las instituciones democráticas.

No pidamos mucho a la OEA, a Naciones Unidas, a entidades internacionales: son organismos de buena voluntad cuya inoperancia práctica se ha demostrado ya. La fuerza vital, el impulso mayor, deben ser, necesariamente, bolivianos. Tendremos mar, si somos capaces de disciplinarnos, de trabajar, de unidad y sacrificio en la tarea de conjunto.

Bolivia no es ya una espera estéril en su ideal marítimo. Ni se ha de contentar con la exposición de su derecho. Mientras la conciencia de América siga durmiendo, Bolivia seguirá luchando por la justicia de su causa.

Divididos entre nosotros mismos, barajando fórmulas de solución diversas, no llegaremos nunca al océano. Unidos en torno a un solo planteamiento marítimo, sí. Diré, pues, que el primer paso, la necesidad perentoria, el espíritu impulsor de una política internacional de gran estilo que parta del Ande para irradiar a todo el continente, exigiendo puerto boliviano y equilibrio geopolítico en el hemisferio sur, debe asentarse en un principio de unidad, en un método de acción.

Un gobierno verdaderamente nacional asistido por todos y que a todos represente. La familia boliviana reconciliada en el mutuo respeto. Un solo ideal, un solo planteamiento de restitución marítima. La mística de superación, el espíritu de sacrificio. La regeneración moral. El trabajo disciplinado y responsable. Verdad en las ideas, austeridad en la conducta. Que la dispersión de energías se resuelva en una sabia concentración de voluntades. La patria en el hecho más que en el labio. Estas son las premisas para instaurar una política portuaria.

Y éstas palabras finales a la muchedumbre juvenil:

—No desconfiar, no desesperar. Un pueblo es siempre más grande que el tamaño de su desventura. Aunque las apariencias exteriores conspiran contra ella, la Patria se engrandece y se perpetúa por la voluntad de ascenso de sus hijos. ¿Bolivia cien años cautiva y solitaria? ¡No! "Los tiempos crueles despiertan el Arcángel adormecido". Se acerca la hora de la reparación y la justicia. ¡Nada es imposible! Sea ésta la divisa de los bolivianos, hasta que llegue el momento de emprender esa marcha final y victoriosa que nos lleve al decoro de una Patria reintegrada en todos los atributos de su soberanía.

¡El Mar Boliviano volverá, o saldremos a buscarlo! Así lo mandan los manes de Cabrera y de Abaroa.

La Paz, 23 de Marzo de 1964.

(Conferencia en el Paraninfo Universitario de San Andrés, a invitación de la FUL, con motivo de la Semana del Mar).

BOLIVAR MIXTIFICADO

POR JOHN MASTERS

La Paz 1° de abril de 1964
Señor Thomas Dozier
Director de "Life en Español"
Nueva York.

Estimado señor Director:

En el último número de su revista, con fecha 17 de febrero, aparece la primera parte de un relato del escritor inglés John Masters intitulado "Cartas de un Yanqui en Campaña con Simón Bolívar".

No es un estudio histórico. Tampoco una novela. Es más bien —como advierte Life— una evocación del prócer por un novelista. ¡Pero qué evocación! John Masters ignora Sudamérica, los pueblos del continente, su historia y tiene un concepto equívoco de la figura del Libertador. Es, el suyo, un Bolívar mixtificado para uso de lectores crédulos y mal informados.

Examinemos algunos de sus muchos errores y falsedades.

En su primera carta al padre, el yanqui imaginario dice: "... hace días que marchamos con el agua a la cintura". Exageración tartarinesca. Los ejércitos bolivarianos cruzaron ríos, vencieron pantanos, incidentalmente pudieron meterse al agua pero soportar días seguidos el líquido en la cintura, es demasiado.

Más allá agrega: "Los cocodrilos nos lanzan dentelladas a los pies..." En Sudamérica no hay cocodrilos, sino caimanes, animales de menor tamaño. No dan dentelladas y cuando cogen un pie humano no lo sueltan más.

Sigue el maravilloso explorador: "... el cielo está lleno de pájaros de vivos colores y llueve sin cesar". No sé de parte alguna, en el planeta, donde los pájaros salgan a ostentar colores en plena lluvia. Tampoco es creíble que en las llanuras o "sabanas" de Venezuela el cielo se cubra de volátiles vistosos propios de las selvas.

Juzga a los soldados del Libertador así: "... estos salvajes semidesnudos que comen carne cruda y se portan y huelen más como bestias que como seres humanos". En cualquiera guerra los soldados pueden comer, a veces, carne cruda. Tocante a lo de "salvajes y bestias" recomendamos a Masters un paseo por las tragedias de Shakespeare y por las luchas de sajones y normandos: encontrará las mismas bestias y peores salvajes.

Para evocar a Bolívar parece que el novelista se hubiera documentado en los enemigos del Libertador: en Vargas Vila, el calumniador como le llama Lecuna; en Riva Agüero, el enconado, que bajo el pseudónimo de P. Prouvenena publicó en París, en 1858, el mayor libelo de injurias y calumnias contra el héroe; en Rafael Sañudo, el pastense resentido autor de otro libro infamante; o en los embustes de los aventureros Ducoudrey Holstein y George Hippisley, que no pudiendo hacer carrera honorable en su ejército, se convirtieron en feroces adversarios de don Simón. Parece que John Masters ha leído los pocos volúmenes contra Bolívar, y no los centenares escritos en su favor. Por supuesto que ignora el admirable "Catálogo de Errores y Calumnias en la Historia de Bolívar", por Vicente Lecuna, en tres tomos, The Colonial Press, New York, 1956. Allí se desvanecen, documentadamente, todos los infundios y dislates esparcidos sobre la egregia figura del Libertador.

Bolívar tuvo defectos y flaquezas, como cualquier ser humano. Los admitimos, pero es necesario reconocer que sus virtudes excedían a sus yerros. Más volvamos al relato de Masters.

El voluntario yanqui dice: "Lo tengo (a Bolívar) por un actor que ensaya posturas napoleónicas montado en un caballo blanco". Lo del caballo blanco es leyenda. Casi todas sus campañas las hizo en mulas patifinas o en caballos diferentes. El Libertador no quiso imitar a nadie, ni siquiera al corso genial.

Más allá agrega: "Dudo de su tenacidad". Bolívar fue alma de excepcional grandeza y tenacidad. Este punto no requiere rectificación: lo echa por tierra la vida toda del Libertador.

Prosigue Masters o el voluntario yanqui: "Hay algo del pisaverde en él". En la adolescencia, en la primera juventud, Bolívar pudo tener la afectación del petimetre, en Londres, en París, o recién llegado a Caracas; pero atribuirlo al general en jefe del ejército que dio la Independencia a la Nueva Granada, es decir al ya próximo vencedor de Boyacá, es un desatino.

El mayor despropósito del novelador Masters, que linda en la falsedad y en la injuria, es éste: "Bolívar es capaz de llegar a cualquier extremo para satisfacer su lujuria, aun al de dejar de planear campañas y aplazar batallas". Esta afirmación perversa es inadmisibles. Bolívar fue gran amador, seductor de mujeres, tuvo amores tempestuosos y variados, pero de aquí al lujurioso o enfermo del sexo que termina en satiriasis hay un abismo. Jamás se ha dicho que el Libertador antepusiera el placer al deber; ni menos que fuera capaz de abandonar un combate por entregarse a Eros. Esta gruesa calumnia debe ser rechazada.

Tampoco es evidente que Bolívar hubiera "entregado a los españoles a otro general patriota Miranda, por despecho". Bolívar tomó parte en la captura de Miranda pero no lo entregó él a los españoles. Cabe recordar que el médico militar James Mary O'Conway, que luchaba al lado de los patriotas, dijo de Miranda que era un "traidor luciferino", en carta a su padre de 11 de julio de 1812. Lecuna ha aclarado debidamente el punto.

El inefable protagonista continúa: "Los mosquitos son aquí tan grandes como gorriones". Estos mosquitos no existen en Sudamérica. Si fueran, realmente, del tamaño de gorriones, ya no serían mosquitos sino supermoscones.

Más allá desliza el ignorante —protagonista o novelista— esta frase desdichada que ojalá nunca hubiera proferido, refiriéndose al ejército del Libertador: "Somos una banda de salvajes y mercenarios, encabezados por un pícaro lujurioso". Repito: esto es perversidad e idiotez en una sola espiga. Aparte de aventureros y seres primitivos, también hubo personas conscientes, gentes cultas, patriotas abnegados en los ejércitos de la Independencia. Lo de "pícaro lujurioso" es una ofensa que rechazamos con energía: aquí escritor o traductor ignoran el idioma español. Pícaro, en su primera acepción es bajo, ruin, doloso; luego astuto, descarado o malicioso. Pícaro es decir maleante, hombre sin honra y sin vergüenza. Bolívar fue exactamente lo contrario: hombre pundonoroso, de rectitud vertical, un señor en el pensar y en la conducta, que vivió —se desvivió— por amor a la gloria y a la buena fama. El primer caballero de la América del Sur.

Llamar a Bolívar "pícaro lujurioso", sería como calificar a Washington de "ladronzuelo mentiroso", epítetos ciertamente fuera de lugar.

¿Es así cómo Life y John Masters quieren acercarse al hemisferio sur?

Siguen los despropósitos.

Añade el relato de Masters: "... y tenemos los Andes frente a nosotros. Subimos lentamente por una espesa selva...". Absurdo. En los páramos andinos no hay selvas ni árboles.

Más allá afirma: "... y a veces dormíamos de pie como los caballos". Majadería.

Agrega Masters: "...una francesa llamada Fanny du Villars". No era francesa. Era venezolana, prima de Bolívar, que residía en Francia.

Por otro pasaje anota: "... condiciones superiores de mando que Miranda no poseía". Falso. Miranda fue un gran guerrero con excepcionales dotes de mando; así lo demostró en Europa superando a Dumouriez. El medio sudamericano, bullente y complejo, anuló sus cualidades de conductor militar educado en las escuelas académicas. Era guerrero, no guerrillero, y esto lo perdió.

Yerra, asimismo, cuando expresa que Bolívar "con su espléndida vitalidad animal conquista todos los corazones". No es así. Fue con el fuego de su palabra, con la poderosa irradiación de su espíritu, con el magnetismo de su personalidad, cómo el Libertador encantaba a las gentes. Vencía el hombre, no el animal físico.

Anota el protagonista: "Los llaneros que nunca habían visto una montaña, se desmayaban de miedo". Los llaneros de Páez eran varones de pelo en pecho: no conocían el miedo.

Cuando manifiesta que atravesando el páramo de Pisba, Bolívar "dando bofetadas" exhortaba a sus hombres, desconoce la cálida relación del héroe con sus soldados. El Libertador nunca castigó con sus propias manos a un soldado; más bien los cuidaba y aconsejaba despertando adoración en sus gentes.

Más allá expresa: "Allá arriba, en el paso, dejamos armas, municiones, herramientas y raciones". ¡Atiza! Un ejército que abandona armamento y equipo para vencer una montaña... Esto sólo podía ocurrírsele al novelista Masters. Bolívar vigilaba el armamento tanto como a los

hombres; nunca abandonó equipos y alimentos porque sabía que constituían el nervio de sus huestes.

Pienso que lectores con mayor tiempo encontrarán más dislates en el primer artículo de John Masters. He querido subrayar algunos.

No comprendo por qué "Life en Español" publica estos infundios que ni ilustran al lector ni contribuyen a fortalecer la hermandad americana. El respeto a la grandeza moral de los próceres, a su calidad humana, a la verdad histórica, debieran ser norma para revistas como la suya. Introducir esta mala mercadería al amparo de una poderosa organización industrial y publicitaria, es ofensa y daño para la cultura sudamericana.

En nuestras veinte naciones, y especialmente en los países bolivarianos, existen muchos escritores sapientes y brillantes, que habrían podido componer un relato en torno a la figura del Libertador muy superior en veracidad y acierto. Daré algunos pocos nombres entre otros: Germán Arciniegas, Mariano Picón Salas, Arturo Uslar Pietri, Jorge Basadre, Roberto Prudencio, Jaime Torres Bodet, Jorge Carrera Andrade, H. A. Murena, Guillermo Francovich, Gilberto Freyre, Luís Alberto Sánchez, Hernando Téllez, Jorge Luís Borges, Guillermo Morón, Alberto Zum-Felde, etc.

¿Por qué se fue a buscar a un británico para hablar de Sudamérica y de su héroe? Misterios de la confraternidad continental.

Una franca palabra de censura a su revista y al novelista Masters, por la irreverente y desafortunada evocación de Bolívar y su tiempo.

Con torpezas tales, no se entenderán jamás el Norte con el Sur. Y para qué hablar de hermandad continental.

Saludo a Ud. muy atentamente.

Fernando Diez de Medina

© Rolando Diez de Medina, 2005
La Paz - Bolivia

[Inicio](#)